

0196^C

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

FACULTAD DE PSICOLOGÍA

14

EL ABORTO: PRE-PATERNIDAD EN LA PAREJA

T E S I S
QUE PARA OBTENER EL TITULO DE:
MAESTRO EN PSICOLOGÍA CLÍNICA
P R E S E N T A
LEONOR NATALIA DE LILLE FUENTES

MÉXICO, D. F.

2002

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Con gratitud a mis diversas
herencias genealógicas, que
no son tan pocas, ni tan
lógicas tampoco

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

I N D I C E

	Página
I. INTRODUCCION.....	1
II. DE LA PAREJA. INTRODUCCION.....	13
III. IDENTIFICACION.....	44
IV. FEMINEIDAD.....	68
V. MASCULINIDAD.....	83
VI. PRE-PATERNIDAD: NO NARCISISMO. CASTRACION.....	98
VII. EL HIJO.....	116
VIII. EL ABORTO.....	133
IX. CONCLUSIONES.....	168
X. BIBLIOGRAFIA.....	190

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

I. INTRODUCCION

I.1 Planteamientos generales

El aborto, fenómeno tan íntimamente correlacionado con la vida y también con la muerte, aparece inserto en la historia de la humanidad con diferentes enfoques y juicios de valor. Desde haber sido en la antigüedad un acto aceptado consensualmente, ha llegado a transformarse, en la actualidad, en una especie de tabú censurable e incluso penado por la ley, al menos en ciertos países, como es el caso del nuestro. En otros, aparece como una especie de pancarta de "liberación femenina", o bien de fenómeno legalizado y aceptado. Su importancia social concierne -visto de cualquier manera- a estructuras legales y asimismo a estructuras de sanidad, educativas y culturales en general. Puede decirse que, si bien se trata de un evento social -en muchas ocasiones controvertible- el enfoque que se seguirá en este trabajo será el psicoanalítico. Hasta hoy este enfoque ha sido poco estudiado y analizado, no obstante de tratarse de un asunto que concierne tanto a la sociedad misma como a los sujetos involucrados directa y personalmente. Es pues su importancia transindividual lo que me incita a profundizar en él.

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

Tradicionalmente, el aborto es y ha sido considerado asunto básicamente de la mujer, en donde el hombre, situación curiosa y sugerente, aparece excluido. Ausente en general, no se lo incluye como partícipe en la situación previa y posterior al aborto. Tal unilateralidad sugiere el investigar posibles por qué y cómo de esta aparente ausencia.

Pienso que tanto el hombre como la mujer comparten, a través del embarazo, una paternidad, o tal vez mejor, una pre-paternidad. Ambos son copartícipes de un embarazo, que si bien no será llevado hasta su fin, ciertamente fue iniciado simultáneamente a ese esbozo de paternidad. Los medios para intentar dilucidar tanto esa pre-paternidad, como la incógnita de la no inclusión del hombre, de primera instancia tan ¿absurda?, estarán sustentados en base a algunos aspectos de la teoría psicoanalítica y de la ideología (o de lo que ésta imprime sobre los sujetos).

En cuanto a la pareja, esa configuración formada por un hombre y por una mujer, ha llegado a serlo después de una serie de vicisitudes que remonta a cada miembro incluso a antes de su nacimiento. Ellos, él y ella, inmersos en una estructura cultural que los antecede, habrán de someter su deseo, a su vez, al fenómeno de Edipo. El telón, por así decir, estará formado desde el marco teórico psicoanalítico, y se revisarán temas como el de la identificación, tanto en la mujer como en el hombre; el narcisismo; la castración como

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

estructura estructurante; el Edipo en la estructura triangular familiar y, por último, el duelo como interrogante. Aún cuando tanto la paternidad y el hijo no llegan a estar, en su ausencia, serán igualmente incluidos. Es así como se intentará revisar y comentar sobre los posibles ecos que el aborto pueda dejar escuchar en cada uno de los miembros de la pareja y en ésta misma, así como sus elaboraciones posibles y las resignificaciones y huellas que este proceso pueda imprimir, reprimir o reimprimir en la historia de los sujetos a estudiar -tratando de cuestionar qué tanto la ideología imprime preconcepciones ocultas.

Las conclusiones de este trabajo estarán basadas tanto en aspectos teóricos como en mi propia postura asumida a fin de cuentas.

Para finalizar esta sección, sólo un señalamiento más, en relación al tema mismo de la investigación: considere que en nuestro país el aborto ha sido utilizado como un método o un recurso de control de la natalidad; como una especie de anticonceptivo. Véanse si no las cifras oficiales que sobrepasan al millón anual de abortos, registro numérico del que sí llegamos a saber. En muchos de estos casos, el costo ha sido demasiado elevado y seguramente del todo innecesario, además de inadecuado, ya que el aborto, justamente no es ni debiera aparecer como un método anticonceptivo. Por otra parte, a niveles individuales, al parecer el aborto

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

puede traer consigo (aunque por supuesto no necesariamente), efectos culpígenos y destructivos, acaso como resonancia a valores "heredados" de algunas culturas específicas y frente a los cuales los sujetos, muchas veces se someten pasiva y ciegamente, padeciendo trastornos que posiblemente pudieran prevenirse y hasta modificarse, de haber un mayor acceso a una educación sexual, a la concientización de la propia historia de "sujetos sujetados", sí, pero también de sujetos capaces de cuestionar, de analizar y de transformar la historia individual y colectiva; capaces de prever y de modificar tanto la paternidad, como la pre-paternidad.

El problema del aborto, sin duda, tiene una profunda importancia individual y grupalmente, y concierne por ello a la sociedad normativizante, a la cultura que consensualmente hereda a las generaciones valores o anti-valores. Así, parece por una parte mitificar fenómenos tales como la maternidad y la paternidad (en nuestra actual cultura), y en cambio, por otra parte, parece tachar al aborto, apareciendo estos fenómenos valorativos como encargos de una clase dominante. Tal vez por esto mismo la carga recae más fuerte e inamoviblemente sobre la clase desposeída y dominada. Los primeros, en última instancia, tienen acceso tanto a la posibilidad económica de mantener más hijos, y/o al aborto (clandestino o no) más higiénico y seguro éste. La segunda clase, la de los desposeídos, lo padecen en condiciones precarias y hasta

peligrosas las más de las veces. Queda claro, desde mi comprensión, que en cualquier caso, el aborto es un último recurso al que se podrá recurrir, no como anticonceptivo, sólo como recurso necesario y en dado caso, para todas las clases socioeconómicas. Idealmente, claro, sería preferible que no fuera necesario recurrir a él. Dicho en forma distinta, dada la existencia indudable del fenómeno, dado las valoraciones tradicionales transmitidas, entiendo que lo que le queda al aborto -muchas veces al menos- es censura, culpa, mitificación. Mitificación en negativo y esto, puede fácilmente imprimir huellas superyoicas que, en definitiva, sólo ayudarán a que las cosas no varíen. Así pues, si el aborto no fuera utilizado como anticonceptivo, si se lo estudiara más y desde múltiples perspectivas interdisciplinarias, algo cambiaría. El psicoanálisis por su parte es la disciplina que puede dar cuenta de sus significados posibles (dependiendo de las series complementarias de los involucrados, como Freud nos enseña). Si asimismo los sujetos también pueden ser ayudados a hacer conscientes los fantasmas heredados, seguramente que la especie de antivalor impuesto al aborto, podría transformarse, por una parte en fenómeno de estudio, y por la otra, en una alternativa menos cargada y cargante para las parejas (o disparejas) que decidan abortar en un momento dado.

Si bien es verdad que un aborto puede realizarse en multiplicidad de situaciones diferentes, la selección a se-

guir en esta tesis será la del aborto "provocado", y éste, en la pareja establecida como tal, tanto durante el embarazo, como durante y después del aborto decidido y producido por ellos.

I.2 Referencia "autobibliográfica"

Podría decirse que este trabajo cuenta con una brevísima historia, ya que previamente escribí algo sobre el mismo tema. El aborto desde un punto de vista psicoanalítico, (19) fue el nombre de mi tesis de licenciatura (UNAM, 1978). Entonces prometía que esperaba continuar interesada en el mismo objeto de estudio, deseosa de poder llegar a obtener "variaciones sobre el mismo tema" y ya con más datos, más conocimientos. Decía también, entonces, que el aborto en la mujer se esconde y desdibuja en su cuerpo, antes fecundado y preñado por otro cuerpo: por el de un hombre. Ahora que vuelvo a pensar sobre esta aproximación, añadiría una metáfora geográfica, espacial; esto es, que si el cuerpo es como un mapa con diversas regiones, el aborto, en ese espacio de mujer, es o puede ser como un punto o una línea que se pinta y después de despinta (y que quizá, en algunos casos, no en todos, pudiera abrir otras zonas subterráneas -acaso sinuosas- no visibles). Y en ese terreno de inscripciones diversas -pálimpsesto, papiro, piel que cubre y recubre- allí, en el cuerpo, podríamos decir que se escribe un embarazo y un abor

to, pero, ¿se inscribe y se des-escribe concreta y simbólicamente, orgánica y psicológicamente sólo en el cuerpo de la mujer? ¿Y en el hombre? ¿Es que para él más que pre-paternidad hay post-paternidad? Decía también, en la tesis anterior, que si bien se expelía al hijo (ahora corregiría, al pre-hijo), aquello "sólo queda como sombra que imprime un sello en la memoria de quien pudo haber sido su madre, su padre"... La memoria, "potencia del alma, por medio de la cual se retiene y recuerda lo pasado" (dice el Diccionario de la Lengua), reprime y comprime, borra; en fin, puede hacer tantas cosas la memoria, que incluso puede reproducir vívidamente lo que pasó entonces y allá, en el aquí y ahora; como también puede sufrir de amnesias brutales... Los pre-hijos, en fin, se abortan. Y ¿los hijos? ¿Es que se hacen, producen y/o reproducen con desconocimiento, reconocimiento, o bien con conocimiento? (Para qué o para quién, son ya preguntas mayores, muy mayores...).

Ahora, en 1981, y desde la contrapartida de estas preguntas, unas cuantas más, al cabo que surgen concomitantemente por asociación -tomadas de otros. ¿Por qué se aborta? ¿Por "temores de castración", por decisión consciente", por "libertad alcanzada", por "derecho que la ley otorga o por transgresión a ésta"?; ¿por decisión compartida? ¿porque aún no es el momento de tener hijos? Se dice que por todas estas razones. Pero se dicen tantas cosas... Algunos psico

analistas hasta han dicho que es un "duelo patológico difícilmente elaborable"... Y pregunto aún más, ¿se tratará de un "síntoma multideterminado"?, como señalaba yo misma no ha ce tanto. Y si así fuera, sería transacción ¿de qué deseo? ¿de quién?

En cuanto al tema seleccionado del trabajo escolar, será el del aborto "provocado" y la pre-paternidad en la pareja: estudio bibliográfico. Responde a mis propias inquietudes y también responde al requisito que, para obtener el grado o el título de Maestra en psicología, se requiere. Yo lo requiero y me sujeto a la "demanda". Conforme al punto referente a desde dónde se define, puedo anticipar que será desde diccionarios distintos, hasta textos con lenguajes diferentes pero articulados entre sí. Personalmente, lo haré desde un amplio desconocimiento que espero reconozca e incluso llegue a conocer, al menos parcialmente, para luego volver a desconocer. (Podría sonar esto a simple juego de palabras, pero me doy cuenta que, además de esta posibilidad, responde a lo que me ha sucedido a lo largo de mi experiencia escolar y también no escolar).

En este prólogo y recurriendo por ahora sólo a un texto, esto es, al Diccionario de la Lengua Española, apuntaré algunas palabras y algunos conceptos con sus respectivas definiciones, las cuales utilizaré a lo largo de este ensayo-trabajo y que como cadena asociativa anotaré a continua

ción. Después, con la ayuda de otros textos y en otros contextos, intentaré reformular, cuestionar, sin la pretensión finalmente de aprehender el fenómeno del aborto en la pareja en una definición; con la intención sí, de sondear y también de ir aprendiendo simultáneamente.

Podemos encontrar en el Diccionario de la Lengua Española que aborto es la "Acción de abortar.- cosa abortada." Abortar: "Parir antes del tiempo en que el feto puede vivir.- Producir o echar de sí alguna cosa sumamente imperfecta, extraordinaria, monstruosa o abominable." Parir: "Expeler en tiempo oportuno, la hembra de cualquier especie vivípara, el feto que tenía concebido." - "Salir a luz lo que estaba oculto o ignorado." Hembra: "Animal del sexo femenino." Hablando de corchetes, broches, tornillos, rejas, llaves y otras cosas semejantes, "pieza que tiene un hueco".

I.4 Hipótesis

Este trabajo estará basado centralmente en la hipótesis siguiente:

El aborto es un fenómeno compartido dado que:

- a) Previo a él hubo un coito, un embarazo y una paternidad. (La paternidad, tanto de la madre como del padre, no llega a cristalizarse o a forma-

lizarse debido al aborto. Pre-paternidad en este sentido, se refiere exclusivamente al engendramiento del pre-hijo, embrión o feto y, por tanto, al pre-hijo).

- b) Así, la pre-paternidad resulta un estado de la pareja. Ambos partícipes podrán elaborar la pérdida a partir de los significados que puedan tener tanto "el hijo", como el aborto, para la mujer y para el hombre, para ambos.

Podría decir que esta hipótesis de trabajo está más bien inserta, desde la teoría psicoanalítica, dentro de los niveles de procesos secundarios. Afirmo esto porque al haber una decisión frente al aborto, implica una toma de conciencia, posiblemente no una elaboración propiamente, pero sí una opción tomada y una resolución para que ésta se lleve a cabo. Y si bien puede estarse de acuerdo con lo que el Dr. Santiago Ramírez afirma de que "la conducta se encuentra motivada, consciente o inconscientemente", entiendo que el aborto en sí mismo (en un momento dado y para ciertas parejas), puede ser un fenómeno que no les resulte conflictivo, dado que conscientemente así lo han decidido. Con todo, no dejo de reconocer -y con ello de estar de acuerdo con que- "los motivos generadores de conducta son fundamentalmente infantiles y se encuentran anclados en el pasado. En el curso de la vida infantil se estructuran modelos, los cuales cons-

tituyen fórmulas transactivas particularmente en su época, operativas y económicas. En el curso de la evolución se estructuran sistemas defensivos que, con frecuencia, tratan de encubrir el modelo fundamental, el cual sin embargo emergerá ante cualquier situación de peligro que ponga en movimiento el modelo más estable y primitivo". (26; pp. 13-14)

Ahora bien, y ampliando un poco más y más específicamente, Laplanche y Pontalis señalan que dentro de la disciplina del psicoanálisis, es posible distinguir tres niveles, esto es como método de investigación, como método terapéutico y como un conjunto de teorías psicológicas y psicopatológicas. Y los cito a continuación directamente a ellos por medio de su Diccionario:

- "A) Un método de investigación, el psicoanálisis, que consiste esencialmente en evidenciar la significación inconsciente de las palabras, actos, producciones imaginarias (sueños, fantasías, delirios) de un individuo. Este método se basa principalmente en las asociaciones libres del sujeto que garantizan la validez de la interpretación. La interpretación psicoanalítica puede extenderse también a producciones humanas para las que no se dispone de asociaciones libres.
- B) Un método psicoterapéutico basado en esta investigación y caracterizado por la interpretación controlada de la resistencia, de la transferencia y del deseo. En este

sentido se utiliza la palabra psicoanálisis como sinónimo de cura psicoanalítica.

- C) Un conjunto de teorías psicológicas y psicopatológicas en las que se sistematizan los datos aportados por el método psicoanalítico de investigación y de tratamiento", (16; p. 328)

Si bien el psicoanálisis es una psicoterapia, "en sentido más estricto, a menudo se opone a las diversas formas de psicoterapia, por diversas razones, especialmente: la función primordial que en él desempeña la interpretación del conflicto inconsciente y el análisis de la transferencia que tiende a su resolución" (Idem; p. 329).

Partiendo pues de la disciplina del psicoanálisis, disciplina científica construida por una teoría sobre el funcionamiento normal y patológico del aparato psíquico, con un método y una técnica específicos, desde este marco referencial es que intentaré profundizar, indagar, sobre el fenómeno del aborto provocado y lo que éste me parece ser, articulado con algunos conceptos psicoanalíticos unos, y otros, es pero que analíticos a secas. Es claro que tratándose de una investigación bibliográfica, el aspecto de cura no será tocado o incluido.

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

II. DE LA PAREJA

INTRODUCCION

"Lo que es absolutamente exigible a un psicoanalista es que haya experimentado qué quiere decir hablar, qué sombras decisivas ocultan las palabras, qué presen-
tan ellas del sujeto que atravie-
sa su trama."

S. Leclair,
Matan a un niño

Deseo iniciar este capítulo partiendo de una introducción, con el fin de aclarar y declarar los momentos por los que he ido aprendiendo y también aprehendiendo durante el proceso de elaboración de este trabajo. Pienso que incluir estos tres "tiempos", me permite revalorar el trabajo de la tesis como un auténtico aprendizaje desde la experiencia, como un compromiso personal y no ya como un mero trámite.

Decía que han sido tres los momentos (¿presentación, nudo y desenlace?) básicos de esta experiencia clínica: el de sentir, el de pensar y el de recapitular. El primer momento fue cuando escuché y miré a los miembros de una pareja a través de una serie de entrevistas. En un segundo tiempo, intenté comprenderlos desde la teoría, a través de la lectu-

TESIS CON
FOLIA DE ORIGEN

ra de los textos que forman la bibliografía de este trabajo y también muy importante, desde la palabra hablada, comentarios y esclarecimientos que recibía del director o supervisor. Por último ahora, en este tercer momento, procuro devolver a través del texto, lo que los diversos textos y también contextos han dejado en mí. Sea pues esto, un pretexto a este capítulo "nodal" o de nudo, que me permita enlazar teoría y "práctica", pensamiento y sentimiento, trama de momentos que, sin ser psicoanalista, he podido captar en entrevistas.

(NOTA: Deseo señalar que las entrevistas que realicé fueron como un ensayo -no terapéutico- que incluyo sólo como experiencia. Al final de ellas, se me hizo claro que habría que tener un seguimiento más prolongado y profundo de las parejas para poder llegar a conclusiones sustentables. Por otra parte, todo el proceso de la transferencia -central en la práctica psicoanalítica- realmente no puede llegar a darse propiamente en las entrevistas como una neurosis de transferencia. Estos y tal vez algunos otros obstáculos centrales (como la ausencia de demanda por parte de los entrevistados a quienes vi) me hicieron decidir no incluir clínicamente su material, que en definitiva hubiera sido demasiado parcial, fragmentado. Por otra parte, se que podría no hacer mención alguna de esta parte de mi ex

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

perencia, pero sospecho que en sí es como un primer intento clínico, que si bien no llegaron a arrojar datos o conclusiones para este trabajo de tesis, sí me dieron la posibilidad de estar de cerca y sobre la práctica misma con dos parejas, que a su vez me ayudaron a comprender el cómo y el por qué de ciertas especificidades de la metodología teórica y práctica del psicoanálisis que no pueden ser constituidos o llevados fuera de su encuadre o su contexto, so pena de desvirtuar los resultados o bien de obtener datos, pero no psicoanalíticos arrojados sólo por y en la praxis específica del psicoanálisis).

"Sentir" o presentación

Exponer algo sobre alguien es haber escuchado una historia, es también haber mirado (entrevisto) y palpado intimidades. Es primero oír -o bien es final- sin que la teoría pueda decir nada en ese instante, ya que ésta es abstracta y conceptual; instrumento que por lo pronto permanece entre paréntesis. La teoría intentará dar cuenta de la historia y del discurso de los sujetos y de sus vicisitudes en otro contexto, tanto menos íntimo. Pero la teoría -sentía- no puede decir cómo escuchar un timbre de voz, o cómo mirar unos ojos cargados de lágrimas que se detienen en el límite de las cuencas sin llegar a extenderse, húmedas, por un ros-

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

tro. ¿Puede decir de las sonrisas?; o ¿del cuerpo que preña do rebasa su propia historia con esta otra historia que se va gestando, aunque sea por corto tiempo, con y de otro cuerpo -el de un hombre- en ese cuerpo de mujer? Pienso que no. Sentía estar frente al desconocimiento de una pareja y frente a sus intimidades. Sabía que asimismo, estaba indirectamente frente a lo que había estado antes que ellos: historias previas y generacionales, códigos -cultura que los marcó y enmarcó a ellos, a mi, a nosotros. Edipo que no habla pero que se manifiesta; dos que hacen tres y que a su vez revisten otras triangulaciones. ¿Era esto índice de la transferencia recíproca o contratransferencia? El cuarto, el otro, el falo, por allá debía andar, más allá. Pero, en definitiva, me daba cuenta que sólo sentía, sin estar realmente en una situación psicoanalítica.

"Pensar" o nudo

El material clínico, dice Oscar Masotta, "es por naturaleza fragmentario y lagunar. Una frase puede ser descompuerta en los más diversos niveles de asociación en diversos puntos, mientras que el contenido de la frase entera, por ejemplo, conduce a un grupo de ideas latentes, cada una de las palabras que forman la frase puede llevar a otras, todo ello se sabe, mientras que lo mismo -y simultáneamente- puede ocurrir con los fragmentos fónicos de las palabras de las frases". (A. Masotta, Introducción a la lectura de J. La-

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

can). (21)

Pero, ¿qué es comunicar?... Juan B. Fages, en su libro Para comprender a Lacan, señala que "comunicar equivale a situarse en algún lugar entre dos silencios (el de la locura y el de la experiencia mística) y, a la vez, en algún lugar entre uno mismo y sus interlocutores. La comunicación es un juego de las diferencias, una individualización de esas diferencias". (7)

Y la pareja que estaba frente a mí me comunicaba aspectos de su experiencia actual, de su infancia y de sus padres, de sus familiares. Hablaban de cómo habían crecido; de sus temores y anhelos, de sus vivencias frente al aborto, de sus expectativas. Iba yo escuchando y anotando, y sus historias se iban enlazando, y la articulación con la teoría me remitía a conceptos y también a interrogantes: ¿qué es un sujeto, cómo se constituye como tal, con su sexualidad y sus defensas? Y la teoría, ¿podía aplicarla yo a la comunicación que estaba recibiendo? Me sentía en una especie de cadena asociativa múltiple: la del discurso escuchado, la de la articulación en torno al aborto en la pareja (no en general, sino la de éstas en particular); la de los conceptos en que iba pensando necesariamente. ¿Podría generalizarse algo posteriormente?

Poco a poco se me iba haciendo más claro que el problema era cada vez más complejo, remitiendo a cuestiones fun

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

damentales y estructurantes, si no directamente con el aborto, sí con el sujeto en particular. Un sujeto nace, después hablará. Todos los días, desde hace milenios, viene ocurriendo esto y seguramente que continuará sucediendo lo mismo en el futuro, tal vez ¿indefinidamente? Nace un sujeto como ente que ocupa un lugar en el espacio, en un tiempo determinado y dentro de condiciones absolutamente específicas y no repetibles. Allí empieza a existir una diferencia fundamental: esto ocurre entre el ente-sujeto humano y el resto de los entes nacientes. Es lo irrepetible e incanjeable lo que lo marca con sello de exclusividad. Pero ésta es sólo una de las marcas que lo señalan de por vida: tanto su vida, como su muerte, son incanjeables. Su unicidad resulta apasionante. Pero, ¿qué significa esto para este ser?; ¿qué significa "individualizar las diferencias"?

Siendo parte de la especie humana, vivirá, habrá de crecer, tal vez se reproducirá y morirá. En sí, repite un ciclo vital de vida y muerte. Pedazo de carne, habrá de ser incluido en una cultura que lo sujete, que le imprima un ser sujeto distinto de los demás y ligado a ellos en una estructura intersubjetiva que lo antecede y lo trasciende. Hablará y luego callará para siempre. Algunos quedarán un tiempo en la memoria de otros, que a su vez, intercambiarán en calidad de anécdota -de historia ya pasada- a sus sucesores. Cadena de generaciones en la vida y de por muerte.

Será hombre o bien será mujer, llegará a asumirlo y a la vez sólo lo logrará si sus progenitores tienen una promesa para él, promesa de dejarlo tener; si ellos tienen un deseo de que él o ella, a su vez, sea un ser deseante que en un momento dado pueda enunciar sus elecciones de pareja, de hijos o de no hijos, de vida o muerte, y pueda con ello, diferenciarse, historizarse, resignificarse.

Concluí que para entender a la pareja habríamos que revisar algunos conceptos. Y bien, el primero a revisar aquí será el complejo "Edipo"... Edipo, ¿qué significa? Es mito y es historia presente que marca lugares en la triangulación familiar; es diferencia generacional y es norma que si bien priva y sujeta, también permite. Es palabra no dicha que desde la acción marca y enmarca; es estructura cuya ausencia desborda y desenmarca. Es concepto que da cuenta del sujeto hablante y deseante. Es pues estructura que Freud fue construyendo desde la teoría, al ir descubriendo desde la práctica psicoanalítica lo que sus pacientes, sin saberlo, le manifestaban sintomáticamente. Ahora iré pues con Freud.

II.1 El Edipo en Freud

Antes de intentar adentrarme (más ¿o menos?) al Edipo freudiano, puedo pensar, desde la teoría, que el sujeto humano está inserto tanto en la historia individual, como en la so-

cial; que el niño, es fruto y producto de un hombre y una mujer que, formando una familia, constituyen una intersubjetividad; así como otra intersubjetividad previa los constituyó a estos padres actuales y, sobra decir, constituirá a los que en el futuro lo lleguen a ser -al menos hoy por hoy. Luego, y en un futuro, nadie lo sabe... Sabemos sí, que hay un padre, una madre y un hijo alrededor de los cuales gira la historia y problemática del sujeto. Hay pues tres objetos y tres sujetos que se relacionan entre sí (relación de objeto), y quienes además se interconectan entre sí (sujeto-objeto) y con su medio (cultura, estructura, código normativo). El complejo designa, pues, la situación del niño en el triángulo transubjetivo.

Allí es donde se entreteje, móvil, la relación del sujeto con sus objetos y con el mundo -el principio de realidad y el de placer, opuestos y conflictuados, que confluyen en este sujeto que nace y que luego hablará y de quien sus padres (o sustitutos) hablarán de "él" y "yo", irá diferenciándose de "tú" (al menos en el mejor de los casos).

Veamos: Freud, desde 1910, postula por primera vez el término complejo de Edipo y dirá que es la palabra clave que descubre y estructura al sujeto historiado. Ya antes, en 1905, en sus Tres ensayos (refiere Hornstein), establece dos premisas centrales para el concepto de Edipo: esto es, la de la estructura de la sexualidad infantil, y la de su de

sarrollo en fases. En esos momentos ubicaba la situación edípica en la fase genital -lo cual, sabemos, modificó después- y la elección de objeto posterior, decía, dependía de esa relación. La barrera contra el incesto queda marcada y marcando desde ya al sujeto humano; represión constitutiva y constituyente. El propio Freud lo descubrió en su persona: impulsos reprimidos hacia su madre y hostiles hacia su padre. Y en este autoanálisis que retroactivamente daba sentido a sus impulsos y deseos, daba cuenta también de lo que, regla universal, ocurría en todos los sujetos en el tránsito de lo biológico a lo cultural. Su importancia fundante y central haría que Freud continuara construyendo, sobre esa base angular, el concepto de todo el complejo de Edipo y su relación intrínseca con la sexualidad, la identificación, y en última y primera instancia, con la individualización del sujeto humano en la sociedad humana. Y la sexualidad se irá construyendo siempre y cuando haya lugares diferenciados; siempre y cuando puedan individualizarse las diferencias.

Pero regresemos a Freud, bajo la guía clarificadora de Hornstein: "En los historiales (Dora, Juanito, El hombre de las ratas) se encuentra el concepto del conflicto edípico en estado práctico, siendo utilizado por Freud constantemente, tanto en su forma positiva, como invertida". (12; p. 149) No voy a repasar todos los textos de Freud que Hornstein reseña y señala en el seguimiento del Edipo freudiano, sino

que, bajo su guisa, sólo mencionaré, por una parte, Totem y Tabú, El Yo y el Ello, y, por la otra, algunos de los ensayos sobre la femineidad. Se me ocurre que los conceptos centrales aparecen ya en Totem y Tabú; esto es, la prohibición (del incesto y también del parricidio), la culpa por los actos y/o deseos, y la identificación con aquel primer padre tiránico destruido a través de la alianza de los hermanos, después sustituido o representado por el animal totémico y por último idealizado o bien recordado como modelo, objeto-auxiliar o adversario integrado como "otro". Ya lo dijo Freud (entre 1920 y 1921): al prohibir el incesto se ordenaba también a los deseos incestuosos o edípicos, esto es, se ordenaba su represión, al menos su no-acción. Pero reprimir no es hacer desaparecer, hay una huella, un lugar que ha quedado en el inconsciente, ¿o ésta ha quedado así, inconsciente? Condenar, prohibir el incesto es guardar un orden de roles y lugares en el deseo individual y en lo social, es hacer cumplir ese orden de y para la cultura. De no seguirse lo que la prohibición ordena, devendrá el castigo en castración y en caos. Y es que de haber existido un parricidio original, seguro existió una castración, también original, ¿"pecado" igualmente original? Luego quedaría en y para la posteridad una representación y, a través de ella, la persistencia de la prohibición por una parte, y el temor de la castración por la otra; ya no actuada la última, ni dicha la primera, sino ambas asimiladas como herencias específicamen-

te humanas e invisibles. (Aunque Freud me parece que sitúa a la castración como algo que, si bien es temido en la psique, aparece también como algo que el niño siente y resiente en su cuerpo, en su pene de carne; aparece con cargas sexuales edípicas y está consecuentemente temeroso por ello. Así, la niña aparecerá envidiosa de lo que no tiene, y el niño, dice, porque ha visto que la niña no tiene pene, aparecerá temeroso. Con esto, otorgará realidad concreta a la castración, aparentemente no sólo el niño, sino también Freud. El niño renunciará a sus deseos edípicos, resguardando su pene y Freud a su posición teórica). En los primeros tiempos de la vida del niño, sabemos que su madre o su sustituto, es su primer objeto amoroso e incestuoso; es ella quien con sus cuidados define las zonas erógenas, las marca, y el reprimir todo esto será el resultado de "severísimas prohibiciones", como señala Freud. El padre, pues, será el que prohibirá los deseos incestuosos del hijo, pero también será el modelo con quien el hijo se identificará. Y con esto, podríamos decir que estamos ya -a vuelo de pájaro o de paloma- con El Yo y el Ello y con la segunda tópica de Freud, por allá por 1923. Dice Hornstein que aquí "Freud diferencia la identificación primaria (anterior a toda carga de objeto, que se realiza mediante el modelo de incorporación oral y es previa a la diferenciación Yo-no Yo) de la secundaria". (12) Y continuando más adelante dice que Freud "describe el Edipo en es-

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

te artículo, siguiendo lo planteado en Psicología de las Masas de la siguiente manera: el niño carga libidinosamente a la madre y se apodera del padre por identificación (de los padres, añade después Freud), y al intensificarse los deseos sexuales, el padre es vivido como rival y se estructura el Edipo con la ambivalencia consiguiente hacia el padre. El es a la par obstáculo en su amor hacia la madre y modelo a imitar, o sea que la identificación es doble, negativa por rivalidad y positiva por imitación. El niño pasa de los celos a la admiración e identificación. En una resolución normal del Edipo positivo, se abandona la carga de objeto materno y se intensifica la identificación con el padre. El Edipo siempre se presenta completo y las identificaciones y cargas de objeto reflejarán la desigualdad de las disposiciones sexuales" (Idem, pp. 156-157).

Heredero de la disolución del Edipo -ya con las identificaciones resultantes- es el Ideal del Yo o Superyó, dirá Freud. Y con esto, el sujeto tiene la visa, por así decir, para entrar e insertarse en la cultura. Pero, ¿y la niña?, ¿la ha olvidado Freud? Tal vez a medias, quién sabe si al recordarla o al hacerla más presente, la dejó acaso igual, a medias. Lo que sí sucede es que la niña, igual al niño, se diferencia de él, nos dirá Freud, hasta la fase fálica. Y bueno, es que hay una predominancia fálica, hay, afirma Freud, un solo órgano genital para todos: el pene; y bien, en dicha fase, la alternativa -para el niño- es tener pene o

estar castrado. El niño sí lo tiene y se masturba con él hasta que, temiendo perderlo (infancia no es destino sino anatomía primero y luego atino, contingencias tal vez), cesa en sus deseos incestuosos. La niña, no teniéndolo, masturba su órgano análogo -el clítoris- y, ante la evidencia de su castración, comienza una doble entrada para ella: a su Edipo y a la envidia fálica. Pero, escuchemos de viva voz a Freud: "La niña advierte el pene de su hermano, o de su compañero de juegos, llamativamente visible y de grandes proporciones, lo reconoce al punto como símil superior de su propio órgano, pequeño, inconspicuo y desde ese momento cae víctima de la envidia fálica" (Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia sexual anatómica) (9).

(Si acaso pienso en misogenia es por pura "casualidad". Luego la confirmo, como por ejemplo, cuando se lee, por citar sólo alguna de las diversas ocasiones para tener semejante impresión de opinión: "La niña hace responsable a la madre de su carencia de pene y no le perdona tal desventaja") (Idem; p. 3171). (Esto, es sólo algo que queda entre paréntesis doble porque se dice que la relectura de Freud puede hacerse desde una perspectiva diferente con resultados diferentes. Pero ese no es mi caso). La niña, frente a la evidencia de su castración, igualada entonces a su madre, inicia pues su Edipo, y hace transformaciones más o menos exitosas (de zona erógena, esto es, del clítoris a la vagina, y de ob-

jeto: de la madre al padre). "Renuncia a su deseo de pene, advierte Freud, poniendo en ese lugar el deseo de un niño y con este propósito toma al padre como objeto amoroso. La madre se convierte en objeto de sus celos: la niña se ha convertido en pequeña mujer" (Algunas consecuencias). "Recién con esta transferencia del deseo (vuelvo con Hornstein) entra la niña en el complejo de Edipo, se intensifica su hostilidad hacia la madre permaneciendo la niña en el Edipo indefinidamente, y sólo incompletamente lo supera, es por esta razón que son en ella menos claros los efectos culturales de la destrucción del Edipo" (12; p. 166).

Finalmente, parece y aparece que asumir la femineidad para la niña es aceptar la castración; es sustituir el deseo del pene por el deseo de hijo, equivalente simbólico que el padre no podrá darle, y con esta decepción la niña se irá alejando del Edipo y regresando a la madre para identificarse; aguardará. Posiblemente algún día llegue a tener ese hijo-deseo, o tal vez llegue a sustituirlo por algún otro deseo.

Pero antes de finalizar esta parte, veamos otro texto, el de Hugo Bleichmar, y así, posiblemente se "cubra" algún otro hueco. Bleichmar nos indica que el Edipo en Freud abarca tres períodos o conceptualizaciones. En el primero aparecen, dice, los deseos amorosos del niño al progenitor del sexo opuesto y el hostil hacia el progenitor del mismo

sexo, "deseo hostil que culmina en el de la muerte". (3; p. 8) Aquí el Edipo aparece semejante en el niño y la niña, o más bien, es aquí cuando la sexualidad se organiza en el seno mismo de esta estructura. Se forma aquí la represión de la censura a los sentimientos incestuosos y hostiles. En el segundo periodo, además de que se constituye el inconsciente del sujeto, "se integra parte de toda su arquitectónica. El sujeto se constituye como tal en el seno de la situación edípica, porque si el superyó y el carácter se forman a consecuencia de lo que pasa en ella, esta situación entonces aparece como condición estructurante del sujeto". (Idem; p. 14) Hay pues aquí un interjuego entre los afectos ambivalentes del chico hacia ambos padres y sus impulsos libidinales son los que se ponen en juego, y se van estructurando, y la sexualidad misma del sujeto también se va organizando por tanto.

En el tercer periodo, aparece determinante cómo el Edipo no es igual para el niño que para la niña. Freud convierte aquí a la castración, dice Bleichmar, en el centro del Edipo. El niño sale del Edipo justo por la amenaza de castración, diría Freud, mientras que la niña entra por la castración. "El Edipo freudiano está centrado alrededor de la satisfacción de la pulsión y el lacaniano en realidad alrededor de la satisfacción del narcisismo" (Idem; p. 28), señala Bleichmar.

Con todo esto, podemos pensar que el Edipo ha intervenido en aspectos tales como la posterior elección de objeto del sujeto, dependiendo ésta de su identidad (identificación sexual); en la constitución misma de la persona, su represión y sus deseos. Y es que también esta estructura instituye la necesaria represión para que el sujeto se incluya dentro de lo que se puede denominar como ley, como lo hace Lacan y sus seguidores, o cultura, con prohibiciones y también con posibilidades. Así, puede decirse que Lacan amplía el concepto del Edipo para situar al sujeto en el universo simbólico o campo de esa Ley, y también en la del deseo. Se ve allí lo que le pasa al hijo, pero también a la madre y al padre. Más sobre esto trataremos de ver enseguida con textos lacanianos.

Y hasta aquí pues con el Edipo freudiano, no pretendiendo, huelga decirlo, más que un somero vistazo desde aquí y hasta ahora. Cerraré pues este inciso, con palabras del propio Freud, las primeras provenientes de su ensayo sobre la Femineidad y las últimas, de Análisis terminable e interminable: "Es fundamental entender el primer vínculo de la niña con su madre para poder comprender a la mujer", porque, "la represión, como tantas veces se ha mostrado, determina el logro de la femineidad de una mujer"... (9).

II.3 El Edipo en Lacan

Veamos cómo la fase fálica y la castración son fundamentales para entender la terminación del complejo de Edipo para el niño, y el inicio de éste para la niña. Pero recordaremos que estas vicisitudes, marcas o huellas ocurren con y a través del lenguaje -sistema central de diferencias y de oposiciones. También vemos cómo la sexualidad es algo que se va construyendo y que, por tanto, el lenguaje dice de la sexualidad -o mejor, cómo a través de éste, aquélla se va diciendo, insinuando, leyendo.

J. Lacan, dice Anika Rifflet Lemaire, "insistirá en el hecho de que los simbolismos sociocultural y lingüístico se imponen con sus estructuras, como órdenes ya constituidos, antes de la introducción en ellos del sujeto 'infans'. La introducción del 'infans' en el orden simbólico lo modelará según estructuras propias de tal orden: el sujeto será modelado por el Edipo y por las estructuras del lenguaje. Ahora bien, el orden simbólico del lenguaje o de la organización social es un orden de signos interdependientes" (27; p. 34). "En el Edipo, el niño pasa de una relación inmediata y sin distancia con su madre, a una relación mediata, debido a su inserción en el orden simbólico de la familia. La institución familiar distingue padres e hijos, les da un nombre y un puesto de sujetos singulares. En el Edipo, el padre re-

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

presenta el papel de la Ley simbólica que establece el triángulo familiar, actualizando bajo su dominio la prohibición de la unión o la disolución con la madre. Una falla grave del Edipo encadena al niño a la relación inmediata, lo priva de su subjetividad y lo incapacita para realizar la sustitución simbólica inherente al lenguaje"... "Así, pues, el ingreso en el orden simbólico constituye el requisito de la singularidad" (Idem; p. 36).

El sujeto requiere un lugar específico y un "yo" gramatical que le permita nombrarse distinguiéndolo de los otros y distinguiéndose él mismo: "El yo se cristalizará en el conflicto edipiano, subsecuente, reproduciendo, en su comercio, la relación dual (con la madre) y la agresividad, vuelta aquí hacia el intruso: el padre, a modo de concurrencia. Del resultado de este conflicto nacerá la triada del otro, del yo y del objeto. El Edipo designa una reorganización identificatoria del sujeto, una identificación secundaria por la introyección de la imagen del progenitor del mismo sexo. No obstante, esta identificación sólo es posible si la primera de estas identificaciones se ha realizado efectivamente estructurando el sujeto como si rivalizara consigo mismo". (Idem; p. 137) Y la madre, dice Freud, es el primer objeto amoroso y "el primer objeto sobre el que se concentra el deseo sexual del hombre es siempre de naturaleza incestuosa y solamente a fuerza de severísimas prohibiciones es como se

consigue reprimir esta inclinación infantil" (Introducción al psicoanálisis, 9, 1916). Pero vayamos a otro texto.

Siguiendo a Bleichmar, podemos comprender que "el Edipo en Lacan es la descripción de una estructura intersubjetiva de interdependencia. Es estructura, como una organización caracterizada por posiciones o lugares vacantes que pueden ser ocupados por distintos personajes". (3; p. 21) Así, el hijo resulta estar determinado en función del deseo de la madre; la madre determinada por el lugar que ocupa tanto el padre como ella en relación al hijo; y el padre a su vez, en relación al hijo y a la madre -por el sitio que ocupa real y simbólicamente-: él es quien castra, pero a su vez está castrado, incompleto. Parentesco, roles, lugares y funciones vienen a plantearse y replantearse o resignificarse cuando un hombre y una mujer, al formar pareja, tienen un hijo. Pero todo esto es inconsciente, dado que los deseos incestuosos y hostiles constituyen el núcleo de lo reprimido. Pero sigamos con Lacan, a través de la lectura más accesible que hace de él Bleichmar.

"El Edipo lacaniano" -dice Bleichmar en sus lecciones de Introducción a las Perversiones- "es la descripción de una estructura y los efectos de representación que esta estructura produce en los que la integran. Lo que determina la posición de los personajes es algo que circula y en el Edipo lo que circula es el falo" (Idem; p. 35). (Falo, sig-

nificante de una falta, significante del deseo).

Hay un niño real que necesitado, indefenso, precisa para sobrevivir, de alguien que lo alimente y lo cuide. El está incompleto. Hay generalmente una mujer que se encargará de este papel y, en última instancia, esto es lo que la torna madre a ella: el hijo es quien la ubica como madre. Pero esta madre real, con carencias propias, busca colmarse y completarse a través de ese hijo-falo. Ella es, en ese primer momento de la relación dual, la que dicta y marca la ley del deseo. El padre aparece ausente o desdibujado en este primer tiempo. El niño es el falo y la madre lo tiene a través de él. Dice Bleichmar sobre esto: "En la concepción lacaniana el elemento externo -la madre- es por un lado el Otro -el lugar del código- y además el otro, o sea la imagen con la cual el chico se va a identificar. A su vez, esa madre depende de un orden simbólico que la determina" (Idem; p. 36).

Antes hubo una niña, ahora mujer y pre-madre, que previamente, al asumirse como castrada, incompleta, le fue "prometido" que más adelante tendría un hijo (niño/falo) y que así sería como mamá. Papá le prohibió el incesto, pero también le otorgó el proyecto de llegar a tener un hijo de ella misma y de algún otro hombre, que se lo daría. Así, ella sería primero mujer y luego madre. Y es que a través del deslizamiento de una ecuación simbólica -heces = rega-

lo = pene = niño = falo- cree recibir el "don"; espera recibirlo y luego... seguir buscando. Búsqueda del objeto del deseo -irremediabilmente perdido, dice Lacan- pero que falante, empuja y presiona para seguir en busca de otros objetos. "¿Acaso el deseo, como nos lo señala Lacan, no es invicto, no seguiría actuando, animando, por encima mismo y más allá de su satisfacción?", como pregunta afirmando Noé Jitrik, en su artículo literario aparecido en el periódico Uno más Uno, abril 1980.

Bleichmar aclara la situación del hijo como posible falo de esa madre en ese primer tiempo de unidad narcisista del Edipo lacaniano. Y dice: "El chico puede quedar ubicado o no como el falo para la madre, y no hay que tomar el primer tiempo del Edipo lacaniano como algo obligatorio bajo la forma con que comúnmente aparece descrito" (3; p. 35). Y hasta aquí con el primer tiempo del Edipo lacaniano.

Aparece un segundo tiempo: cuando el niño deja de ser el falo y la madre deja de tenerlo. Ahora es el padre quien priva a la madre y al hijo a través de la prohibición del incesto. (El padre representa la ley.) El niño entra al Edipo con una rivalidad casi fraternal con el padre, pero progresivamente, el padre real aparece sobredeterminado por el padre simbólico, portador del falo; y es a éste que se refiere toda la dialéctica de la agresividad y de la identificación.

Finalmente, en el tercer tiempo del Edipo, el padre es el que tiene el falo, pero no lo es y éste se reinstaura en la cultura.

Bleichmar dice que "el Edipo (estructura en la cual se da el complejo, o sea éste como algo que alguien vive subjetivamente), consiste en superar el falo como aquello que se es, para arribar al falo como aquello que se tiene, o en un sentido más riguroso, consiste en separar el falo de sus representaciones, entre ellas el pene en primer lugar" (Idem; p. 31).

Por su parte, Hornstein sintetiza sobre el Edipo lo siguiente: Lacan, dice, "igual que Freud, asigna al complejo de Edipo un lugar fundamental en su sistema teórico. El sujeto es modelado por el Edipo" (12; p. 193). Frente a esto habrá una alternativa: someterse a esta organización o bien enfermar.

Pero el niño, nada sabe de esto. Después que nace, absolutamente indefenso, requiere pues de la presencia de una madre (o de un sustituto) para poder sobrevivir. Esa madre será su primer objeto y, a través de ella, no sólo se irá nutriendo físicamente, sino también psíquicamente. Irá viviendo y también siendo vivido.

Existe esa primera relación dual íntima necesaria entre madre e hijo, sin la cual, no habría un sujeto posterior

mente. Este es el primer circuito que permitirá -si todo marcha bien- el ingreso a un gran circuito social (si bien nunca a la totalidad de éste).

En ese primer momento no hay diferencia entre el yo del niño y el no yo (su madre). Ella también lo ayudará (en el mejor de los casos) a que se reconozca en su mismidad, en su yoidad. Ella será espejo y continente.

Por su parte, D. W. Winnicott, en su libro Realidad y Juego nos habla de esta fase del espejo y nos dice que: "en el desarrollo emocional individual el precursor del espejo es el rostro de la madre. Después esto se convierte en un proceso bilateral y el autoenriquecimiento alterna con el descubrimiento del significado en el mundo de las cosas vistas" (31; p. 149). Y desde Lacan, ese momento de la fase del espejo, es un momento jubiloso: el del niño mirándose y reconociéndose anticipadamente en la totalidad de su cuerpo -antes vivido como fragmentario. Se ve en el espejo por medio de la madre. Momento anticipado a su unidad posterior en que al mirar el rostro de la madre "se ve a sí mismo", es ta vez lo sugiere Winnicott. Pero, añade el mismo autor, "muchos bebés tienen una larga experiencia de no recibir de vuelta lo que dan. Miran y no se ven a sí mismos... Si el rostro de la madre no responde, un espejo sería entonces algo que se mira, no algo dentro de lo cual se mira" (Idem; p. 149) Desde cualquiera de estos enfoques, esta es una fase

fundamental que inicia la dialéctica de las identificaciones y de la subjetividad espejular; pasaje en el cual es indispensable la presencia del Padre, representante de la Ley, que prohíba y prometa, como ha quedado señalado. El padre dicta la ley, representándola, y la madre mediatiza su palabra. De no hacerlo, el hijo quedará prendido a ella fatalmente. Por el momento, dejo hasta aquí los tres tiempos edípicos.

Tratando de resumir -y valgan las repeticiones- vemos que el complejo de Edipo, desde la conceptualización de Freud, abarca tres periodos: uno, en donde aparecen deseos amorosos y hostiles del niño hacia sus progenitores (en su forma positiva, teniendo deseos sexuales hacia el padre del sexo opuesto y deseos hostiles hacia el padre del mismo sexo; y en su forma negativa, justo a la inversa). Dos: el periodo en donde se constituye el inconsciente y al sujeto propiamente dicho, con la internalización del superyó y con su identificación. Y tres: el periodo de la sexualización y la asunción de ésta a partir de la castración, con la amenaza de ésta en el niño y envidia del pene en la niña.

Desde Freud, el complejo interviene determinando

pues, el tipo de elección de objeto del sujeto, su identificación y la determinación de su deseo. En Lacan, el Edipo es la descripción de esa estructura intersubjetiva y de los efectos de representación que esa estructura produce en los que la integran.

Así, vimos cómo Lacan señala tres tiempos en el Edipo en donde articula un nuevo elemento integrador y clave: el falo. En el primer tiempo, el niño desea ser todo para la madre, desea ser el complemento de su carencia, desea ser el falo en concreto para esa madre (ser lo que completa y colma). Si el niño es el falo para esa madre que dicta y marca la Ley del deseo, es ella quien tiene el falo.

En un segundo tiempo, el niño deja de ser el falo, la madre deja de tenerlo y el padre es ahora quien lo tiene y quien priva tanto al niño como a la madre. El padre como representante de la Ley, priva al niño del objeto de su deseo y también priva a la madre del objeto fálico: "No yace-rás con tu madre y no reintegrarás a tu producto". En el tercer tiempo, el de la identificación del hijo con el padre, si éste es reconocido por la madre como autor de la ley, el sujeto tendrá acceso al nombre -del padre- o "metáfora paternal", esto es, al orden simbólico. El padre, re-instaura el falo como objeto deseado por la madre y él no es el falo.

En breve, tener o no tener es pues la cuestión y no,

ser o creer ser -que no es la solución. Y la pareja tal vez intenta emparejar sus faltas. Seguiremos viendo y trataremos ahora de seguir en el discurso de la pareja la triangulación y de corroborar así, qué tanto el Edipo ha sido determinante o no en ellos y para ellos en su situación familiar. Sabemos que esto nos remitirá también a temas como el de la castración y el de la identificación, los cuales serán tratados en secciones subsecuentes. Por lo pronto, queda claro que hay diferencias, sin duda, no sólo entre tener y ser sino fundamentalmente entre mujer y hombre, entre madre, padre e hijo y el contexto social -estructura mayúscula. Asimismo, pudiéramos concluir que al haber un aborto (al menos en esos momentos), la triangulación familiar no llegará a estructurarse, y así, la mujer no llega a colmarse con el hijo-falo y el hombre no llega a representar la Ley por su parte.

II.4 La pareja

"Pareja", dice el Diccionario de la Academia, es el "conjunto de dos personas o cosas que tienen alguna correlación o semejanza" (6). "La", es un artículo determinado que fija, pues, los términos de una cosa. En ese contexto y dentro del que aquí se expondrá, "la pareja", de primera instancia, es el conjunto de dos personas determinadas, de un hombre y

una mujer, que tienen una correlación entre sí. (Para los fines de este trabajo, el aborto será el fenómeno que los correlacione, lo cual se abordará después.)

Tenemos en este primer momento a un hombre y a una mujer, a una pareja. Pero yendo más despacio y recurriendo a otros textos, quisiera llegar hasta el de Michel Foucault intitulado: Historia de la Sexualidad. Deteniendo la mirada justo en la primera página, leemos lo que el autor narra que ha pasado en esa historia, señalando el cambio que se produjo del siglo XVII al XIX, en la época victoriana. Y Foucault nos dice que en esta etapa, "la sexualidad es cuidadosamente encerrada. Se muda. La familia conyugal la confisca. Y la absorbe por entero en la seriedad de la función reproductora. En torno al sexo, silencio. Dicta la ley la pareja legítima y procreadora. Se impone como modelo, hace valer la norma, detenta la verdad, retiene el derecho de hablar..." (8; p. 9). (Sólo quisiera subrayar una frase de tres palabras: "(la pareja legítima (y) procreadora..." Esa es una manera de enfocar a la pareja, aunque sabemos que hay otras, del todo opuestas).

Desde la literatura antigua y contemporánea, podemos ver cómo el origen del mundo y de las parejas siempre nos ha intrigado, y así, desde los mitos y los cuentos hallamos repuestas diferentes que intentan dar cuenta de esto. Querer encontrar los orígenes -polo del nacimiento- es desear encon

trar la piedra filosofal (¿cientifical?) de la inmortalidad -el otro polo de la misma búsqueda. Siendo que el acceso que los humanos podemos tener de nosotros mismos y de nuestra historia y génesis es limitado, habremos de contentarnos frente al encuentro con los mitos: metáforas que nos cuentan y que nos hablan de la vida y de la muerte; de los primeros pobladores que habitando la tierra, cohabitaron en ella y, una vez que dejaron su prole, hubieron de perecer.

Sólamente haré breve mención de un mito, como muestra somera y deliciosa en torno a los orígenes humanos. Se trata de las antiguas leyendas anónimas del Quiché, posteriormente recopiladas en el Popol-Vuh. En este libro de historias prehispánicas, se cuenta de las preguntas que los mayas se hacían sobre el origen de la primera pareja de seres creados por los dioses y de la respuesta que se daban y que aún ahora se repiten entre sí, y que dice como sigue:

"Entonces no había ni gente, ni animales, ni árboles, ni piedras, ni nada. Todo era un erial desolado y sin límites... En el silencio de las tinieblas vivían los dioses que se dicen: Tepeu, Gueumatz y Hurakán, cuyos nombres guardan los secretos de la creación, de la existencia y de la muerte, de la tierra y de los seres que la habitaban". Reunidos allí los dioses, "pensaron cómo harían brotar la luz, la cual recibiría alimento de eternidad. La luz se hizo en-

tonces en el seno de lo increado. Contemplaron así la naturaleza original de la vida que está en la entraña de lo desconocido. Los dioses propicios, vieron luego la existencia de los seres que iban a nacer" (25; p. 20). Y resultó que los dioses, según sigue contando la leyenda, tuvieron problemas al crear a la especie humana, única especie que hablaría y que debía decir los nombres de los dioses: "para que sepáis quién os creó y quién os sostiene" (p. 22), les decían los dioses poderosos a sus criaturas. Estaban deseosos de hacer de ellas seres "dóciles", agradecidos, "con conciencia de lo que dijeran"; con sentimientos. En fin, querían los dioses crear gentes "de carne, huesos e inteligencia" (Idem; p. 33).

Después de varios intentos no satisfactorios, los dioses crearon primero a algunos hombres y después a algunas mujeres: y "durmieron a los machos y mientras dormían crearon a las hembras" (Idem; p. 37). Ese fue el principio de las gentes y de la estirpe; y éste, uno de los mitos que si bien no habla de una pareja original, cuenta sí de varias, conocedoras de quienes las habían creado; esto es, de unos padres originarios que reglaban o normaban a su descendencia.

Pareciera que desde siempre, desde los dioses, los padres requieren de una prole de carne, hueso e inteligencia que hable. Posiblemente el hombre duerma y en esa medida,

se desentienda conscientemente de su descendencia, mientras que la mujer alberga al fruto de ambos. Posiblemente también lo sexual, como refiere Freud, "entraña todo aquello relacionado con las diferencias que separan los sexos; mas esta definición resultaría tan imprecisa como excesivamente incomprensiva. Tomando como punto central el acto sexual en sí mismo, podría calificarse de sexual todo lo referente a la intención de procurarse un goce por medio del cuerpo y, en particular, de los órganos genitales del sexo opuesto, o sea todo aquello que tiende a conseguir la unión de los genitales y la realización del acto sexual"... "En cambio, considerando la procreación como el nódulo de la sexualidad, se corre el peligro de excluir del concepto definido una gran cantidad de actos, tales como la masturbación o el mismo beso, que, presentando un indudable carácter sexual, no tienen la procreación como fin". (Nuevas lecciones, 9, p. 2311)

Siendo la pareja "un conjunto de dos personas o cosas", tal como dice el diccionario, se ve que estoy haciendo referencia a la pareja formada por un hombre y por una mujer; únicos posibles creadores de una prole de carne, y con ella, con la carne, con la posibilidad de tener acceso al goce y de pensar y hablar sobre él -e incluso, bajo ciertas condiciones, de renunciar a él-. Y esta pareja, buscando tal vez ese goce, o acaso sin buscarlo (sin que importe el que lo ha

yan o no encontrado, al menos sin que importe en este momento de descripción); esta pareja virtual podrá tener como fin la procreación, la "seria función reproductora", como vimos que dice Foucault, pero bien puede ocurrir que no sea así y que, a pesar de ello, haya un embarazo.

III. IDENTIFICACION

"Romperé los espejos, haré trizas mi imagen -que cada mañana rehace piadosamente mi cómplice, mi delator"... "Y entre espejos impávidos un rostro me repite a mi rostro, un rostro que enmascara a mi rostro".

Octavio Paz,
Libertad bajo palabra

Al hablar sobre la identificación trataré de hacerlo primero desde el lenguaje aprobado consensualmente, esto es, desde el Diccionario de la Real Academia, y después, desde el campo del psicoanálisis, ciñéndome para ello a dos autores centrales, siendo uno de ambos Freud, naturalmente, y el otro Lacan o bien alguno de sus estudiosos. Finalmente, y con mayor brevedad, se verá a M. Klein y alguno de sus seguidores.

Tentativamente el recorrido a seguir para este capítulo podría ser extenso y exhaustivo, pero detendré la mirada sólo en algunos puntos, en aquellos que me resultan más esclarecedores. Y bien, recorriendo el Diccionario de la Academia Española, puede encontrarse la siguiente definición sobre identificación: "Acción de identificar", esto es, "hacer que dos o más cosas que en realidad son distintas, apa-

rezcan y se consideren como una misma./ Identificarse uno con otro. Llegar a tener las mismas creencias, propósitos, deseos, etc., que él" (6).

Esta definición tan breve, resulta altamente substan-
cial: por una parte remite a una apariencia ilusoria y por
 la otra, a un proceso de llegar a tener lo que el otro tiene.
 Es pues claro que ambas acepciones engarzan tanto con la con-
ceptualización que Freud hace sobre este proceso psíquico,
 como la que Lacan retomará posteriormente. Obvio es que el
 diccionario no menciona -ni es su meta, ni su labor- sino la
 síntesis de un proceso, por lo demás bastante complejo y fun-
damental. Con todo, el diccionario atestigua y da cuenta,
 por así decirlo, justo de lo que nos ubica como humanos, es-
 to es que, a través de la palabra y de su transmisión, nos
 marcará tanto para ser como para llegar a tener, especialmen-
 te deseos. Así, la lengua, el código es lo que nos marca y
 enmarca. Pero recurramos a Freud para directamente averi-
 guar más sobre este mecanismo de la identificación.

Entre los años de 1920 y 1921 Freud inicia su ensayo
 sobre la Psicología de las masas y análisis del yo, justo
 con las siguientes palabras: "la oposición, dice, entre psi-
 cología individual y psicología social o colectiva... pierde
 gran parte de su significación en cuanto la sometemos a más
 detenido examen... En la vida anímica individual aparece in-
tegrado siempre, efectivamente, 'el otro', como modelo, ob-

TESIS CON
 FALTA DE ORIGEN

jeto, auxiliar o adversario y de este modo, la psicología individual es al mismo tiempo y desde un principio, psicología social, en un sentido amplio, pero plenamente justificado" (9; p. 2563). (El subrayado es mío). A partir de estas ideas clave, Freud va articulando conceptos que darán cuenta del sujeto humano individual y de su constitución como tal, y que también dará cuenta de él como sujeto cultural.

Más adelante, en el mismo ensayo, Freud nos dice que la identificación "es conocida en psicoanálisis como la manifestación más temprana de un enlace afectivo a otra persona, y desempeña un importante papel en la prehistoria del complejo de Edipo"... "La identificación aspira a conformar el propio yo análogamente al otro tomado como modelo" (Idem; p. 2585). Se ve que la identificación cumple la función de construir al pequeño: recién llegado al mundo, no es; pero buscará o buscarán que vaya siendo y haciéndose como los "otros". Y ciertamente no se trata de una simple imitación, sino de un ir apropiándose de cualidades y rasgos, de estructuras psíquicas, como las tienen y como luego son los otros (primero la madre y el padre, y después otras figuras-modelo encarnadas en educadores, líderes, etc.; figuras éstas que irán tornándose cada vez en más impersonales, nos aclara y comenta Freud). Podríamos decir que este proceso es, primero, ser como los modelos; tenerlos, perderlos, renunciar a ellos y finalmente, sustituirlos. Esto implica que el peque

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

ño habrá cargado libidinalmente primero a su madre, apoderándose de ella como objeto amoroso a través de la oralidad: en lace afectivo que será el modelo matriz de posteriores lazos en el devenir del sujeto. Sabemos que madre e hijo forman una unidad y de allí que si ella es, y desea y busca, él también vaya siendo. Luego él habrá de perder en el destete ese primer objeto y separándose, diferenciándose, podrá identificarse con ella, y esto, secundariamente, será una forma compensatoria e interiorizada frente a tal pérdida; especie de ecuación equilibradora y estructurante.

Es a este periodo de la vida del niño al que se le adjudica el narcisismo fundamental primario y el pequeño, suma de perfecciones, se identificará, si se lo brindan sus padres, con esa imagen de sí de "¡His majesty the baby!" Y es la madre en particular quien se lo adjudica y transmite; es ella (o su sustituto) quien lo narcisiza, y sólo por esto es que la criatura podrá tomarlo y hacerlo propio (si es que tiene la buena fortuna de tal destino). De no darse las condiciones edípicas para que esto se realice, muchos serán los pesares y patologías que podrán después caer sobre él. Y con esto en mente, podríamos pensar que al perderse esa complementariedad primera que la madre forma con su hijo (pero habiéndola construido previamente), este objeto amoroso-madre pasará a convertirse en auxiliar del hijo, por el proceso de identificación logrado y/o en proceso. Siguiendo la

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

terminología de Freud, vemos cómo el yo de la madre (y siempre en el mejor de los casos), es pues objeto y auxiliar del yo del niño.

Simultáneamente y al parecer sin mayores conflictos, el niño (término genérico tanto para el varoncito, como para la pequeña niña) tomará a su padre como objeto y modelo y querrá ser como él, incluso querrá sustituirlo, marcándose mucho más esta situación en el varón. La fortificación de estos deseos, que en definitiva implican rivalidad y celos y el deseo último de quedarse con la madre sólo para sí, representarán efectos ya de las diferencias de sexo actuadas, o mejor, actualizadas, tanto por los padres (ambos), como por los hijos (también ambos). Es entonces cuando para el pequeño, el padre se convierte en su rival y la identificación, por tanto, cobra un matiz hostil. Podemos decir que esto ha sido un primer viraje rotundo que va de ser, a querer tener (especie de diada dialéctica que posiblemente no implique un ordenamiento consecutivo, o sea que primero aparezca uno y después el otro, sino un ordenamiento de simultaneidad, que trae consigo rivalidad y adversariedad, pero también identificación sexual y promesa futura).

Aquí empieza la lucha ambivalente, sello o marca que al parecer no desaparecerá posteriormente, sino que se vivirá con una mayor o una menor capacidad de integración, dependiendo de la historia de cada sujeto y de sus defensas. El niño

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

tendrá pues amor y odio por sus padres. En el niño varón predominará la ternura por la madre y la ambivalencia hacia el padre, y será a la inversa para la niña: Edipo simple para ambos niños. Y este momento crucial se resolverá (en el mejor de los casos) a través del abandono de carga del primer objeto amoroso, para así sustituirlo por una identificación secundaria con el padre del mismo sexo. Si esta identificación queda intensificada (en el caso del niño), el pequeño podrá conservar la relación cariñosa con su madre y con ello, logrará fortificar su propia masculinidad. En cuanto a la niña, ella tendrá que abandonar la carga hacia su padre e identificarse de nuevo con su madre, y accediendo a estas renunciaciones, accederá también a la castración, esperando el "don" del padre en el hijo prometido. Edipo pues es esa estructura que marca lugares, diferencias (sexuales y generacionales) y herencias: la del superyó. Y esto todo, con semejante textualidad, quedará reprimido para siempre y sólo podrán verse efectos en lo sucesivo cuyo significado tendrá que construirse a partir de la teoría psicoanalítica.

Es en El yo y el ello, donde Freud nos dirá, dando cuenta del Edipo, que "en el naufragio del complejo de Edipo se combinan de tal modo sus cuatro tendencias" (esto es, el Edipo normal, positivo, invertido y el negativo), "que dan nacimiento a una identificación con el padre y una identificación con la madre. La identificación con el padre (en el

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

caso del niño), conservará, como se señaló, al objeto materno del complejo positivo y sustituirá simultáneamente al objeto paterno del complejo invertido. Lo mismo sucederá mutatis mutandis, con la identificación con la madre" (9; p. 2713).

Podríamos pensar que un primer círculo o circuito de relaciones libidinales intersubjetivas empezó a formarse de ese primer enlace afectivo; que se fue ampliando y fortaleciendo al incluir en él a otros (objetos-modelo-auxiliar-adversario) y que su posible integración o formación estructural implicó una lucha de afectos encontrados, una renuncia sustantiva y una incorporación obligada de normas, centralmente la de la prohibición del incesto, lo cual nos remite a la formación del inconsciente. Este primer formato específicamente humano, podemos seguir pensando, terminará su cierre con una promesa: la de ser como los modelos (esto es, ser mujer o bien ser hombre), siempre y cuando se renuncie a hacer y a tener lo que ellos tienen, a sus objetos, sus metas y su vida, en última instancia. Esta base fundante y "sexuante" ha marcado pues, diferencias de lugares y de generaciones: Yo hijo o hija, Tú madre, El padre, Ellos... Y es el poder nombrar y ser nombrado lo que permite al sujeto parecerse en su ser a los otros; pero al mismo tiempo, le posibilita diferenciarse de ellos y, consecuentemente, tener acceso a la propia búsqueda de objetos y satisfactores, a su vida y a su muerte. Es como si ese primer circuito, cerrándose, se

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

abriera a manera de espiral en perenne movimiento, y haciéndolo, facultara al sujeto humano a posteriores identificaciones. El producto total irá integrando o construyendo a ese sujeto individual, en sujeto social: portador a su vez del germen de la cultura y de los "ideales". Sin duda que las vicisitudes posibles podrán ser múltiples, pero el meollo del yo, ya se habrá gestado: núcleo de identificaciones y transformaciones, de pérdidas y sustituciones tanto a niveles de objetos, como de instancias psíquicas del sujeto, de debilidades y fortalezas; de humanización intersubjetiva en definitiva.

El sujeto humano, cargado de un narcisismo que representa la idealización de su yo, cargado asimismo con las identificaciones que ha logrado constituir y que a su vez lo constituyen, tiene ahora una instancia psíquica, otra más, que reúne estas fuentes de ideales múltiples en un punto convergente, en el Ideal del yo. Esta instancia, dirá Freud en la Introducción al Narcisismo, es el sustituto del narcisismo perdido de la infancia y servirá para valorar y comparar los logros realizados por el sujeto con su ideal. Si bien en El yo y el Ello, Freud equipara a esta instancia con el superyó, se ha pensado que la primera tiende más hacia los aspectos positivos y amorosos (aunque si el ideal del sujeto está más allá de sus posibilidades de realización, llegará a convertirse en una especie de tiránico enemigo que le exige

rá al yo lo que éste no podrá alcanzar, creando finalmente sentimientos de inferioridad). En cuanto a la segunda instancia, la del superyó, es más tendiente a prohibir, censurar y oprimir moralísticamente y en definitiva a promover los sentimientos de culpa, despiadadamente. De cualquier manera, hemos visto que el sujeto, al construir su yo análogo al del otro (tomado como modelo ideal de ser), ha tenido que interiorizar normas, ambivalencias y también críticas dichas en voz alta por sus padres. Esto implica que el narcisismo primario del niño, como yo ideal de completud y perfecciones y de omnipotencias, irá teniendo que acceder a las limitaciones que los otros le imponen y frente a los cuales, el sujeto irá normando y ordenando su psiquismo. "El Ideal del yo constituye un modelo al que el sujeto intenta ajustarse", como nos dicen Laplanche y Pontalis en su Diccionario (16; p. 186).

Por su parte Lacan acentuará que el ideal del yo, mediatizado por la palabra del otro, y por la ley, hará de esta instancia una instancia simbólica conformada por las normas y por las prohibiciones paternas. Resulta así que el ideal se formará sobre la base de exigencias verbalizables que le indican al niño cómo debe ser, qué hacer y qué no, desde la perspectiva no sólo de los padres (quienes siendo representantes y portadores culturales de los otros, están igualmente sometidos a esas mismas normas que están más allá

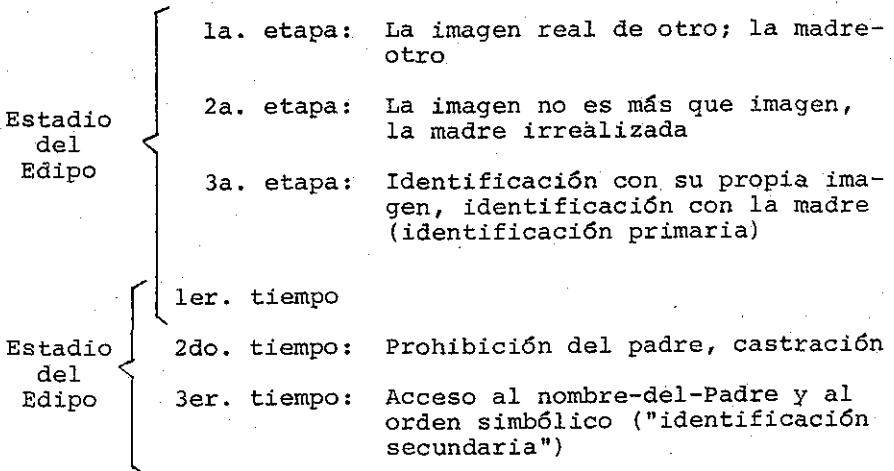
de ellos, dentro de un sistema simbólico que los antecede y los sobrepasa); sino también y fundamentalmente desde el sistema simbólico mismo. Resulta pues, que el ideal del yo, como advierte Lacan, está ligado a la normatividad cultural y a la imagen del padre.

Directamente, Anika Rifflet nos dice, en su libro Lacan, que: "El sujeto no se constituye en su singularidad sino a través de su inserción en el orden simbólico que gobierna el mundo de los hombres, ya se trate del lenguaje o del simbolismo sociocultural"... "El hecho de que el sujeto ocupe de nuevo el lugar que desde siempre, desde antes de su nacimiento, le está asignado en el circuito simbólico del intercambio, es su condición de ser 'singular'" (27; p. 116).

Ahora bien, el lenguaje como orden simbólico, nos dice la misma autora, "tiene una facultad particular: la de operar distinciones esenciales a la identificación del sujeto por él mismo". El lenguaje constituye, mediatizando, "al sujeto singular, distinto del mundo en el cual está inserto y de los 'otros' con los cuales podría confundirse" (Idem; p. 116). Esto es que la individualidad se distinguirá por medio del discurso y en el discurso, el cual a su vez distingue el "uno mismo" del "otro". Dicho de manera diferente y con aquel dicho mencionado, el de que "siendo todos de barro, no es lo mismo bacín que jarro", ahora añadiré: ni aquel que se lo empine. Ciertamente que dicho así, esto nos remi

te más bien a contenientes y contenidos y no a miradas, pero no las excluye. Y que nos sirva sólo de enlace el juego asociativo que el lenguaje permite (¿provoca?), para adentrarnos a otra fase, la del espejo; a las imágenes reflejadas en él, y a las miradas que en él se miran y que viéndose, van dejando ilusiones que, por lo demás, se quedan. (Acaso también esto mismo sea, aunque diferente, una forma de contener contenidos. En fin, dejaré este comentario, para intentar ir aproximándome a Lacan y a su teoría. Con esta meta, recurriré de primera instancia a Fages).

Jean-Baptiste Fages, en su libro Para comprender a Lacan, esquematiza el trayecto desde el Espejo hasta el Edipo como él mismo dice, y éste es su esquema:



Volveré con este esquema de una manera tal vez no di

recta, pero lo incluyo ahora porque pienso que es claro y abreviado y puede seguir abriendo el camino para llegar directamente a Lacan, en algunos momentos.

Vemos que para Lacan, la fase del espejo es justamente la etapa en que el sujeto se constituye como humano y que acontece de los 6 a los 18 meses del año. Este, necesitado de un otro para su sobrevivencia y su constitución, inmaduro y dependiente, de pronto descubre una imagen en el espejo: primero confunde la imagen con la realidad, después adquiere la noción de imagen y con ello comprende lo anterior y por último, nos dice A. R. Lemaire, se da cuenta que el reflejo es la imagen y que ésta es la de él -distinta a la de la madre que lo sostiene. Se confunde pues con su imagen, aliándose imaginariamente él mismo con un doble.

Al identificar la imagen de su cuerpo, se identifica con ella, veamos, "jubiloso", integrando una totalidad funcional y motriz anticipada que aún no posee. Pero quien lo sostiene, la madre, sí posee esa totalidad motriz y corporal y su mirada le permite creer al niño que él también posee ese esquema corporal total o de unidad imaginaria. Pero, oigamos directamente a Lacan y veamos cómo entiende él al Estadio de Espejo: "Como una identificación en el sentido pleno que el análisis da a este término: a saber, la transformación producida en el sujeto cuando asume una imagen, cuya predestinación a este efecto de fase está suficientemente in

dicada por el uso en la teoría, del término antiguo imago". Y más adelante señala lacónicamente que "el estadio del espejo es un drama cuyo empuje se precipita de la insuficiencia a la anticipación, y que para el sujeto, presa de la ilusión de la identificación espacial, maquina las fantasías que se sucederán desde una imagen fragmentada del cuerpo hasta una forma que llamaremos ortopédica de su totalidad y a la armadura por fin asumida de una identidad enajenante, que va a marcar con su estructura rígida todo su desarrollo mental" (pp. 12 y 15 de los Escritos I; 4). (El subrayado es mío. Aprovechando este paréntesis, citaré la definición que de "imago" dan Laplanche y Pontalis. Es, dicen, "el prototipo inconsciente de personajes que orientan electivamente la forma en que el sujeto aprehende a los demás; se elabora a partir de las primeras relaciones intersubjetivas reales y fantasmáticas con el ambiente familiar" (16; p. 198).

Hemos podido ver con más claridad que la identificación es "ilusión" y es "enajenante", y que constituye al yo, además, lo aliena y lo escinde anticipadamente y para siempre. El niño, finalmente, se identifica con el deseo de la madre, esto es, con el falo, para colmarla, pero se engaña y lo desconoce. Creyendo serlo, reprime su carencia, su falta en ser, pero sustitutivamente buscará que su deseo se realice con nuevas identificaciones posteriores, sostenes de sus deseos.

Por su parte, Anika Rifflet-Lemaire señala que: "Se puede concebir con J. Lacan la fase del espejo como una verdadera encrucijada estructural, puesto que determina en primer lugar el formalismo del yo que es el de una formación erótica del individuo, con una imagen que lo aliena y el de un transitivismo identificatorio dirigido hacia otro; en segundo lugar, el formalismo de los objetos del deseo cuya elección se refiere siempre al objeto del deseo del otro; en tercer lugar, la agresividad consecutiva del ser humano que debe ganar su puesto sobre el otro e imponerse a él a riesgo de ser él mismo aniquilado" (27; p. 284). (Agresividad, averiguamos, es el correlato del narcisismo). El niño rivaliza con su doble especular: Narciso del otro lado del espejo; completud incompleta).

El niño al identificarse con su imagen lo hace a través de la especularidad y al constituirse, se constituye en referencia al otro y a su deseo y por tanto, se identifica con el semejante -carente él mismo de una completud, como todos los otros, pero él, indefenso entonces y del todo dependiente es mirado y sellado enajenadamente. Vemos que B. L. Hornstein, en su libro Teoría de las ideologías y psicoanálisis, dice textual y ampliamente, sobre esta fase que: "Es preformadora del yo permitiendo el ingreso a lo imaginario al adquirir el yo en esta fase una totalidad funcional de sí mismo; es el paso previo a la dialéctica de la identifica-

ción con el otro... La libido materna debe investir al yo especular para transformarlo en yo-Ideal (objeto del narcisismo primario). Posteriormente debe cesar el yo en su empresa mítica de idealización, en la que se sirve de la madre como de un espejo capaz de reflejar el Yo-Ideal (en tanto que ideal narcisista de todo poder), y lanzarse en cambio al proceso identificatorio utilizando la imagen del padre para producir un superyó capaz de asignar un Ideal del yo (que requiere una fuente externa al narcisismo).

Para Lacan, debido a esta relación erótica a través de la cual el sujeto se fija a una imagen que lo aliena, el Yo está condenado a ser un sistema "opaco de desconocimiento" (desconocimiento de sí a través del reconocimiento del otro), marcado por todas las ambigüedades provenientes de su origen imaginario, y tendiendo en consecuencia a la estructura de un síntoma. Debe descartarse la concepción del Yo como centro sintético y unificador de experiencias, desarrollado a partir del sistema perceptivo. A partir de esta referencia imaginaria de sí mismo, el niño se orienta en una serie de identificaciones, al comienzo dentro del registro de lo imaginario para luego pasar al registro simbólico que conduce a la formación del Ideal del Yo. Intentando una correlación con Freud diremos que la fase del espejo corresponde al pasaje del autoerotismo al narcisismo (12; pp. 199 y 200).

Es pues el paso de una relación imaginaria y dual,

narcisizante, lo que permitirá al infante el acceso al pasaje simbólico y con ello, a lo que Lacan llama la metáfora paterna o Nombre-del-Padre, que asigna a cada sujeto un lugar determinado, con sus ideales y sus posibles satisfacciones al marcar el deseo. Todo esto culminará en el Edipo (lo cual nos remite aquí al esquema de Fages que quedó pendiente. Retornamos pues a él).

Vimos cómo J. B. Fages hacía converger el tercer momento de la fase del espejo con el primero del Edipo. Brevemente señalaré qué entendemos que puede implicar este formato: que si el niño se identifica con su madre es porque desea satisfacerla. Y el niño, dice Lacan, "se identifica con el objeto imaginario del deseo de la madre (deseo de su deseo) en cuanto que ella lo simboliza en el falo" (14; Escritos II; p. 240). Cree de esta manera, que es él quien la satisface y así, él es el falo imaginario que complementa o completa su carencia. Pero si es la madre quien dicta la ley del deseo en ese primer tiempo del Edipo, por tanto es ella quien "tiene" el falo.* En un segundo momento, también mítico, el padre interviene como privador tanto para la madre, como para el hijo y ambos tienen pues que renunciar a

*Recordemos que el falo es el significante primordial, fuente y falta, como señala Leclaire, que da el sentido al deseo y designa aquello que el otro desea; es insignia del padre y de la Ley.

la ilusión de ser y/o tener el falo. La interdicción paterna cuestiona así al objeto de deseo de la madre. No puede quedar en el hijo, no debiera, porque si así fuera, entonces éste y aquella quedarían para siempre atrapados simbiótica y patológicamente en una relación dual imaginaria: él como objeto -fálico e incestuoso para la madre; y para sí mismo: psicotizado, y entonces quedaría inerte, sin un deseo propio y movilizador.

Ahora bien, si el proceso ha podido ser normado, la madre podrá funcionar erogeneizando al hijo y mediatizando el mensaje del padre. Accediendo a éste, permitirá que la ley cobre vigencia; momento pues fundante y fundamental. Así, el niño renunciará a la omnipotencia de su deseo, dejando con ello de identificarse con ser el falo de la madre y accediendo al Nombre-del-Padre, " nombra su deseo pero a costa de alienarlo. El falo (su deseo) como atributo simbólico signifiante, se constituye en el signifiante clave que funda las primeras cadenas inconscientes haciendo que las representaciones ulteriormente asociadas sean reprimidas" (Hornstein nos dice. 12; p. 205).

Finalmente, en el tercer tiempo, en el del acceso a la metáfora paterna, si el niño ha aceptado la Ley del padre, se "identifica con rasgos de éste, al que reconoce como portador del falo. Así se prepara la declinación del Edipo, en

la que el niño acepta la castración simbólica que efectúa el padre al separarlo -spaltung- de la madre. Al aceptar la castración, acepta no tener el derecho que su padre tiene con su madre, pero gana la seguridad de tenerlo cuando sea adulto con su propio objeto de goce. La niña acepta no tener el mismo derecho que su padre (falo) y que su madre, quien aún siendo adulta, no lo tiene" (Idem; p. 207). Ella, nos dice la teoría, esperará tener un hijo, sustituto de ese no tener y así colmarse imaginariamente.

Niña y niño, ambos, ingresando al orden simbólico, ingresan al orden del lenguaje, en donde el Otro es el lugar del inconsciente (y éste, como el discurso del Otro). Desde allí, aunque lo desconozcan, podrán llegar a saber que la última verdad de todos y cada uno de los sujetos es su carencia y su falta en ser. Nadie, finalmente, posee al falo, ni de hecho ni de derecho salvo como soporte o como función y por ello, retorna a la cultura. El falo, circulando entre mujeres y hombres, señala la carencia general siendo, como lo indica Lacan en sus Escritos I, "ese punto de falta que indica en el sujeto" (14; p. 362). Vemos así que el sujeto sólo tiene el deseo, mismo que podrá formular a través de la demanda alineada, mediatizada por el lenguaje, lo cual lo lanzará a una búsqueda incesante de objetos, como dijéramos antes. Pero al parecer nunca alcanzará a realizar su deseo, aunque (o debido a ello) continuará buscando vez tras vez.

Esta búsqueda lo alejará, lo separará cada vez más de su primer objeto de su deseo, y con las identificaciones logradas justo con el progenitor de su mismo sexo, el niño habrá de abandonar el Edipo. Recapitulando, podemos decir que al identificarse secundariamente el niño con el padre, esto es, cuando el niño se identifica con su rival por introyección de la imago del pariente de igual sexo, aquí la función del Ideal del Yo es doble: asegura una normatividad libidinosa y una cultural, como nos dice A. R. Lemaire. Habiendo sido privado del deseo materno y ya con este Ideal del yo introyectado, el niño podrá tener la posibilidad de alcanzar un objeto sustitutivo del objeto de la madre y luego, en un futuro, podrá ejercer a su vez, la posición paterna propia, o bien podrá renunciar o no aceptar ésta.

En cuanto a la niña, asumiendo que no posee el falo (encontrándose entonces, de acuerdo a Freud, con tres posibles destinos: el del alejamiento de la sexualidad, el de la homosexualidad, o bien, el de la femineidad propiamente -y es a esta última posibilidad a la que estamos haciendo referencia acá-; asumiendo pues su castración, será introducida al Edipo y a la simbolización del "don". Esto es, que frente al hecho prevaleciente de su deseo por el pene que no tiene, con todo, lo desea; pero como nunca lo llegará a tener, lo recibirá del padre bajo la forma de un sustituto: el niño.

Regreso a Freud y a M. Klein después, para cerrar es

te capítulo. Sospecho que el yo para el primero es menos fantasmático que para Lacan; es más ese precipitado de identificaciones que desde luego, incluye al "otro" modelo diverso como hemos visto, que construye aquí en la tierra y no allá en el más allá, o detrás del oscuro espejo. El mismo advierte por otra parte, que "una vez internalizada la instancia paterna, formando el superyó, queda todavía por resolver la tarea de desprender a éste de aquellas personas cuyo representante psíquico fue primitivamente. A través de tan notable curso evolutivo, el agente empleado para restringir la sexualidad infantil es precisamente aquel interés genital narcisista que se concentra en la preservación del pene" (Sobre la sexualidad femenina, 9; p. 3080). Si bien la cita nos sugiere introducirnos en los siguientes subcapítulos de este trabajo (que serán el de la femineidad y el de la masculinidad respectivamente), antes quisiera incluir como señalara al inicio de este capítulo otra mirada conceptual, la de Melaine Klein y de sus seguidores, en torno a un concepto, el de la identificación proyectiva. Si miramos el Diccionario de Laplanche y Pontalis encontramos la siguiente definición sintética: "Término introducido por Melanie Klein para designar un mecanismo que se traduce por fantasmas" (fantasma, señalan los mismos autores, es la "escenificación imaginaria en la que se halla presente el sujeto que representa, en forma más o menos deformada por los procesos defensivos,

la realización de un deseo y, en último término, de un deseo inconsciente"). Fantasmas, pues, "en los que el sujeto introduce su propia persona (his self), en su totalidad o en parte, en el interior del objeto para dañarlo, poseerlo y controlarlo" (13, pp. 196 y 141). Esta es una "forma particular de identificación que establece el prototipo de una relación de objeto agresiva" (señala la propia M. Klein y la citan a su vez Laplanche y Pontalis). Y esta mirada enfatiza, pienso, las incorporaciones de objetos y las relaciones con estos, fundamental forma también de humanizar. En definitiva, el bebé, con un yo inmaduro "está expuesto desde el nacimiento a la ansiedad provocada por la innata polaridad de los instintos -el conflicto inmediato entre instinto de vida e instinto de muerte", nos dice H. Segal en Introducción a la obra de M. Klein (30; p. 30). Cuando ocurre esto, el yo se escinde y proyecta fuera su parte que contiene el instinto de muerte, poniéndolo en el objeto externo original: el pecho". "Al mismo tiempo, se establece una relación con el objeto ideal. Así como se proyecta afuera el instinto de muerte, para evitar la ansiedad que surge de contenerlo, así también se proyecta la libido, a fin de crear un objeto que satisfaga el impulso instintivo del yo a conservar la vida", continúa diciendo la misma autora. "De la proyección original del instinto de muerte (perseguidores afuera), surge la identificación proyectiva. En la identificación proyectiva

se escinden y apartan partes del yo y objetos internos y se los proyecta en el objeto externo, que queda entonces poseído y controlado por las partes proyectadas e identificado con ellas". "El objetivo del bebé es tratar de adquirir y guardar dentro de sí al objeto ideal, e identificarse con éste, que es para él quien le da vida y lo protege, y mantener fuera el objeto malo y las partes del yo que contienen el instinto de muerte.

La ansiedad predominante de la posición esquizoparanoide es que el objeto y objetos persecutorios se introducirán en el yo y avasallarán y aniquilarán tanto el objeto ideal como el yo" (Idem; pp. 31 y 32).

Si hay entonces escisión entre objetos buenos y malos y entre el yo que ama y que odia, se necesitará una integración posterior que aparecerá en la posición depresiva; pero la escisión "es lo que permite al Yo emerger del caos y ordenar sus experiencias" (Idem; p. 39). Cuando las experiencias malas predominan sobre las buenas, esto produce una perturbación y surge defensivamente la identificación proyectiva patológica, esto es, el "proyectar fragmentación en el objeto, desintegrándolo a su vez en partes diminutas" (Idem; p. 59). Para salir de la posición esquizoparanoide, se necesita, de acuerdo a esta posición teórica, que las experiencias buenas predominen sobre las malas con el fin de poder reparar al objeto u objetos destruidos, llegándose así a la

posición depresiva, que es "cuando los procesos integradores (lo bueno, lo malo, lo introyectado y lo proyectado) se hacen más estables y continuos. Y así, surge una nueva fase de desarrollo, la de la posición depresiva, en donde los objetos son integrados" (Idem; p. 72). Con este enfrentamiento integral, el bebé se enfrenta entonces con los conflictos vinculados con su propia ambivalencia, termina diciendo Hanna Segal.

Y finalmente, dentro de este capítulo, un párrafo sintético de León Grinberg, quien señala que "el concepto de identificación es central y básico para la comprensión del desarrollo y organización de la personalidad. Interviene como proceso fundamental en la formación del yo, del superyó y del Ideal del yo, del carácter y la identidad, siendo a la vez una constante en el continuo interjuego de la relación entre el sujeto y los objetos. No es una categoría de conducta; es un mecanismo inconsciente que produce modificaciones perdurables en el sujeto" (Teorías de la identificación, 11; pp. 7 y 8).

Sean pues estas convergencias o diferencias simbólicas que funcionan sobre la base de la teoría psicoanalítica, las que me permitan seguir adelante. Y ahora sí concluiré el capítulo -intentando tomar una posición teórica hoy por hoy- con palabras de O. Masotta al referirse a la identificación y al falo como el deseo generalizado. Y dice: "Ser el

falo, aunque fuera un poco flaco, ¿no reside ahí la identificación última al significante del deseo? Identificación al falo: para el neurótico se trata de serlo, y es necesario que el hombre llegue a descubrir que no lo es y que acepte tenerlo y no tenerlo" (21). Ser y tener hemos observado, son los verbos centrales que aparecen en este complicado proceso de identificación; verbos que han venido articulando -desde mi entender- la conceptualización, pero también la construcción misma del sujeto humano, para que lo sea. Imagen que, como señala el epígrafe del presente capítulo, "piadosamente" -verbaliza el poeta Paz- cada mañana se le hace, deshace y rehace y, con todo, no acabará de tenerse, acaso porque el inconsciente mostrará efectos, reproducirá imágenes que el verbo, la palabra, dirá y silenciará sobre el ser de la mujer y del hombre.

IV. FEMINEIDAD

"Lo ha visto, sabe que no lo tiene y quiere tenerlo"... (La niña después:) "comienza a compartir el desprecio del hombre por un sexo que es defectuoso..."

Sigmund Freud,
Algunas consecuencias
psíquicas de la diferencia
sexual anatómica

Femineidad, dice el Diccionario de la Real Academia: "calidad de femíneo./ Calidad de ciertos bienes, de ser pertenecientes a la mujer". (Mujer: "persona del sexo femenino./ La que ha llegado a la edad de la pubertad./ La casada con relación al marido") (6). Podemos pensar que este término de femineidad, desde el código de la lengua, nos remite a algo indefinido e inespecífico como pueden ser los "bienes pertenecientes a la mujer". ¿Cuáles podrán ser éstos y cómo se relacionan con la anatomía como base y con aspectos psíquicos y hasta ideológicos supraestructurales? Por otra parte, y siguiendo con el Diccionario, el término mujer aparece tanto menos inespecífico, y de hecho se la señala a ésta, en relación al hombre y marido. En cuanto al adjetivo "femenino", es llamativo observar que éste rebasa ya el campo de lo perteneciente a la mujer (y así, este término puede aplicarse

también a los hombres y, por cierto, no siempre a las mujeres). Al parecer desde el habla se marca una relación, a veces de diferencia y otras de confluencia, entre ser mujer y ser femenina. Y en esta misma línea de pensamiento, posiblemente se podría añadir otra relación más, la de ser madre. La problemática de esta relación de tres polos es justamente el temario y temerario proyecto presente a conceptualizar en forma tentativa, lejos de pretender más que una lectura interpretativa. Mujer, femineidad y maternidad, son pues los conceptos nucleares de este capítulo.

(Trataré de hallar respuestas a partir de algunos textos, especialmente de Freud y menos, pero sí incluidos, acotaré opiniones de Melanie Klein, Lacan, Leclaire y otros). Recurriendo primero a Freud (además de encontrarlo personalmente con actitudes francamente misóginas), entiendo que partiendo primero de la anatomía que marca diferencias, el seguimiento conceptual que él realiza, pasa luego a la bisexualidad, a la castración y la consecuente envidia de la mujer por el hombre; a la femineidad y finalmente, a la maternidad. Y bien, biológicamente: "lo ha visto, sabe que no lo tiene y quiere tenerlo". Al decir de Sigmund Freud, esto ocurre en la fase fálica de la niña: antes y hasta esos momentos, sólo hay un órgano sexual tanto para la niña como para el niño, esto es, el pene. Pero, él mismo afirma: "todos los individuos humanos, en virtud de su disposición bisexual y de la

herencia en mosaico, combinan en sí características tanto femeninas como masculinas, de modo que la masculinidad y la femineidad puras no pasan de ser construcciones teóricas de contenido incierto". Hasta aquí el planteamiento resulta (desde mi comprensión) neutral y esclarecedor; pero un poco después, la situación empieza a cambiar. Escuchemos si no: la niña "comienza a compartir el desprecio del hombre por un sexo que es defectuoso" (Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia sexual anatómica). ¿No es esto quedarse en lo anatómico, pero además para sobrevalorar el pene y desvalorizar los genitales de la mujer? Pienso que sí y... "desde el principio (la niña) envidia al varón por el órgano que posee... Reconoce el hecho de su castración y con ello también la superioridad del hombre y su propia inferioridad" (9, Compendio del psicoanálisis, p. 3404. No hay duda, pues. Y un poco más adelante encontramos que: "el anhelo de poseer un pene es inextinguible" (Idem; p. 3410), al igual que el "desprecio".

¿Qué pensar sobre estas afirmaciones tan radicalmente contundentes? Melania Klein pensaba al respecto que lo que la niña "principalmente desea no es poseer un pene propio como atributo de masculinidad, sino incorporar el pene de su padre como objeto de gratificación" (13, El psicoanálisis de niños, p. 209). Así, para esta autora, la situación problemática no pasa por una envidia anatómica, sino por un deseo

de gratificación de los impulsos y de los deseos edípicos positivos de la niña (mismos que serán frustrados y que tendrán que aguardar hasta que sean sustitutivamente gratificados por otro, o bien no lo sean). Y todo esto lo subraya con énfasis diciendo que: "Más aún, creo que este deseo no es un resultado de su complejo de castración, sino la expresión más fundamental de sus tendencias edípicas y por consiguiente, ella cae bajo el dominio de sus impulsos edípicos no indirectamente, como resultado de sus dominantes componentes instintivos femeninos" (13, Idem, p. 209). Así respondió M. Klein (entre otras respuestas que dio a Freud y a nosotros después).

Lacan, por su parte, y partiendo de una relectura de Freud -y desde los niveles que él llama "simbólico" y "real"- habla también de la castración, pero entendida ésta como incompletud, como falta en ser (tanto en la mujer, como en el hombre). Aclara así, que desde lo real, a la mujer no le falta nada. En sus Lecciones, en el año de 1957, decía al hablar sobre las diferencias que se dan en la niña y en el niño en la relación con sus padres (lo cual los marcará desde temprano hasta toda su vida), decía que: "para la niña el trayecto es relativamente simple. Ella parte de la falta de falo de la madre, para desembocar en el niño como sustituto de falo". (Evidentemente que en esto sigue textualmente a Freud con su ecuación simbólica). Y continúa Lacan: "Encuen

tra el pene real más allá del niño, allí donde está, en el padre, que puede dar el niño. Renunciando a ello en el plano de la pertenencia, lo recibe como don del padre... Aquí el objeto de la satisfacción es objeto de amor" (14). A través de este enfoque, puede decirse que Lacan enfatiza y privilegia el "don" como objeto amoroso, mientras que Freud "la envidia del pene", y Melanie Klein, por su parte, privilegia un enfoque sobre la "gratificación y los instintos femeninos". Estas lecturas interpretativas, aún con sus diferencias, buscan dar cuenta de las vicisitudes que va experimentando la niña, las cuales le van marcando una serie de especificidades distintas a las del niño. Edipo, consecuentemente, es distinto para ella que para él, así como las relaciones y vínculos primeros que ambos sexos mantienen con sus primeros modelos, tanto de identificación como de erogenización y, no menos importante, de expectativas sociales proyectadas al futuro -generalmente reproducidas de generación en generación bajo el control de las clases dominantes. Y para cerrar esta parte, a continuación incluiré una última opinión, la de S. Leclaire, cuyo enfoque me parece bien interesante y de lo más esclarecedor. El privilegia "la castración" y la "identidad sexual" (que aquella produce sobre esta última). En Beatriz, o sobre el amor (nombre de uno de los capítulos de su libro Matan a un niño), Leclaire habla así: "la castración designa en esencia la separación entre la unidad funcio

nal del sistema inconsciente (el representante inconsciente o significante en el sentido lacaniano) y el falo (fuente y falta), que sólo se puede evocar contradictoriamente como significante fuera del texto y objeto sin imagen" (18; p. 32). El mismo refiere más adelante que: "el falo sólo se encuentra en el amor, pero la relación con la castración es una elaboración constante en la vida psíquica: tal relación determina la verdadera relación sexual del sujeto, puesto que la castración no puede reducirse a los datos exclusivos de la anatomía. Y, sin embargo, la anatomía se revela como determinante, puesto que interviene en el proceso que organiza en forma diferente para el hombre y la mujer con la castración" (Idem; p. 33). Para este autor, la determinación sexual es un hecho del discurso y éste, marca una identidad específica a la mujer, distinta de la identidad sexual del hombre (un poco más adelante se volverá a este punto y de nuevo a Leclair naturalmente).

Vuelvo ahora con Freud y con él al asunto de la femineidad. Veamos cómo para él, niña y niño son semejantes hasta la fase fálica, pero que aquí empiezan a marcarse diferencias radicales básicamente a partir de la diferencia anatómica. Al parecer, para que la pequeña niña tenga un destino femenino (con aquello de que "la dona e mobile"), habrá de realizar mutaciones y transformaciones o virajes: uno de órgano genital (del clítoris masculino a la vagina "propia-

mente femenina"), y el otro, de objeto (de la madre al padre). "La eliminación de la sexualidad clitoridiana -afirma Sigmund Freud contundente- es un prerequisite ineludible para el desarrollo de la femineidad" (9, Consecuencias psíquicas de la diferencia sexual anatómica; p. 2904). Personalmente hallo que esta última afirmación más que anatómica o psíquica, la encuentro ideologizante y cuestionable. ¿Femineidad es entonces concepto culturizante? Piera Aulagnier-Spairani, psicoanalista francesa contemporánea, afirma que "la femineidad es ante todo cuestión de hombres" (27; p. 66), ya que la cultura, la ideología y el poder están dichos por boca de los hombres y manejados también por ellos mayormente. Con todo, creo que la teoría psicoanalítica debiera idealmente alejarse de cánones establecidos e indagarlos. Posiblemente (e insisto que esta es una postura personal) Freud, en ese respecto, estuvo contaminado de la ideología dominante de su época -a más de ser él mismo hombre y desde allí trataba de entender "¿qué quiere la mujer?" Pero él y los hombres, ¿qué quieren que quiera la mujer?

Por otra parte, el mismo Freud pensaba que para la niña es fundamental la importancia que va a tener para ella (y que en esos momentos tiene) la primera vinculación preedíptica con la madre; "importancia que hasta ahora no se le había asignado", nos dice en Sobre la sexualidad femenina (9; p. 3077). Dada la prolongada vinculación de la niña con su

madre, esta vinculación será piedra angular de lo que posteriormente le acontezca en sus relaciones de objeto subsecuentes. Durante esa primera relación, refiere el mismo S. Freud, la niña tiene temor de ser muerta o devorada por la madre -como proyección de las restricciones impuestas por esta última- y "los fines sexuales de la niña en relación con la madre son de índole tanto activa como pasiva y se hallan determinados por las fases libidinales que recorre en su evolución" (9, Idem; p. 3084). Al parecer la niña tratará de hacer activamente lo que pasivamente padece y así, en la fase oral habrá en ella un deseo de devorar y de darle muerte a la madre; en la fase sádico anal habrá agresividad y furia, o si ésta se suprime, aparecerá la angustia. En cuanto a la fase fálica pasiva, la niña acusará a la madre de ser seductora con ella, lo que posteriormente le transferirá al padre al apartarse de la madre. Estando aún muy vinculada a la madre, su masturbación posiblemente esté asociada con fantasías hacia ella y aparecerá el deseo de darle un bebé. Al decir de Freud, la niña abandona la masturbación para no recordar la "superioridad" del hombre y con ello su propia "inferioridad", además de por su intento de desprenderse de la madre (y esto no con poca hostilidad), aumentando así los impulsos sexuales pasivos y decreciendo los activos. Y del otro extremo del Edipo, podríamos decir, está el padre y "el camino a la femineidad se halla ahora abierto a

la niña, salvo que haya sido impedido por los restos de la vinculación preedípica a la madre que acaba de ser superada" (9, Idem; p. 3086). Freud mismo aclara que el viraje al padre dependerá de la ayuda de las "tendencias pasivas" en la medida que hayan escapado al aniquilamiento. Acceder pues a esta transferencia de cargas afectivas de objeto y de órgano será acceder a la propia femineidad en cada mujer -desde esta mirada.

Me parece que hasta aquí y desde la teoría, la niña parece estar en varios aprietos: por una parte, dado que nunca tendrá lo que desde siempre no ha tenido anatómicamente, sólo podrá sustituirlo por medio de un hijo. Por otra parte (y por los mismos razonamientos), estará envidiosa (pero tal vez lo esté porque así es mirada y descalificada), y finalmente (y mirada hasta el final a través de estos lentes):

"¿Qué quiere la mujer?" "Ser reconocida en su identidad sexual", responde S. Leclair. Oscar Massota, por su parte, habla de la mujer femenina y de sus atributos diciendo que: "Los atributos femeninos no son ni un invento de la sujeto, ni una propiedad biológica de la femineidad: revelan a cualquier nivel y en todo momento del análisis la ubicación de los sujetos en el interior de la estructura del significante*

* (Deteniéndonos un poco, podemos averiguar qué es el significante. Recorro para ello a H. Bleichmar, quien aclara lo que es para los lacanianos: primero, dice, es una traza material, una huella acústica, es una imagen visual, algo del
(Continúa en la página siguiente)

y de la dialéctica intersubjetiva (Edipo del sujeto: pero también Edipo de la madre) que está en juego" (21, Introducción a la lectura de Jacques Lacan, p. 56).

Teniendo en mente la idea de que en lo real a la mujer no le falta nada, Lacan dice que frente a una mirada que la descubrió privada de lo que creía tener, la mujer va erigiendo una pantalla, un escudo de femineidad que la cubre de su carencia. Freud por su parte (y con esto regreso a él y sus conceptualizaciones sobre la maternidad), afirma que el mayor reproche de la niña a la madre es: "no haberle dado un órgano genital completo" (9, Compendio del psicoanálisis; p. 3410). Es en este contexto en donde la ecuación simbólica propuesta por Freud, aparece como una ecuación igualmente compensatoria frente al no tener. Posiblemente por entender lo así, y como efecto de recibir y de dar, pensaba que niño=pene. Y con el transcurrir del tiempo, cuando la mujer no sea más niña sino madre, la relación que establezca con el hijo le dará a cambio gran satisfacción ya que: "lo único que produce en una madre una satisfacción completa es su relación con el hijo; es en general la más completa relación

(Continuación de la página anterior)

orden de lo sensible o capaz de convertirse en perceptible. Segundo, en el significante y por medio de él algo queda inscrito, algo que es de otro orden: el significante inscribe algo que es una ausencia; aparece en el lugar de la cosa, en sustitución de una ausencia. Y porque la falta se inscribe como presencia es que se puede producir la ilusión, ilusión de que si está, no falta nada).

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

entre seres humanos y la que está más libre de ambivalencia" (9, Nuevas lecciones introductorias; p. 3177). "La madre (continúo citando a Freud) puede transferir al hijo la ambición que se ha visto obligada a reprimir en sí misma, y espera que él satisfaga todo lo que ha permanecido en ella de su propio complejo de masculinidad". Y no tendrá que reprimir, ni mucho menos, su actividad al ser mamá, ya que: "la madre es activa en todos sentidos en cuanto al niño" (9, Idem; p. 3166). Aunque... "pudiéramos pensar en caracterizar psicológicamente la femineidad por la preferencia de fines pasivos" (9, Idem; p. 3166). Y "el matrimonio mismo no queda garantizado hasta que la mujer ha conseguido hacer de su marido su hijo y actuar con él como madre" (9, Idem; p. 3177). "Ahora bien, no debéis olvidar que sólo hemos descrito a la mujer en cuanto su ser es determinado por su función sexual. Esta influencia llega, desde luego, muy lejos, pero es preciso tener en cuenta que la mujer integra también lo generalmente humano" (9, Idem; p. 3178).

Estas son prácticamente las últimas palabras con que Sigmund Freud termina su ensayo sobre la femineidad; sobre eso que los hombres llaman "el enigma de la femineidad", como él mismo dice. Evidentemente que no me resultó "grato" -como incluso él mismo señala-: "Esto es todo lo que tengo que decir sobre la femineidad. Es, desde luego, incompleto y fragmentario, y no siempre grato". Y no me es grato

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

porque pienso que, también como él marca, lo encuentro "socialmente impuesto". Misterio, enigma, que por lo demás -ahora dirá Lacan- "no es inútil observar que el develamiento del significado más oculto, que era el de los misterios, estaba reservado a las mujeres" (lo cita P. Auglagnier en su libro, 27; p. 66). Acaso el misterio, al no poder dar cuenta de ello, en última instancia, más bien sería el de la procreación y no realmente el de la mujer misma.

S. Leclair será quien dirá que "Freud descubrió la interpretación de los sueños, dio su estatuto al inconsciente y formuló en términos edípicos una ley primera del deseo; pero conservó siempre inquisitiva otra Esfinge: "¿Qué quiere la mujer?" (18, Matan a un niño; p. 99). A lo que él mismo responde (como empezáramos a señalar un poco previamente), que lo que una mujer quiere "en primer lugar, es ser reconocida en su identidad sexual... Lo que una mujer quiere, ante todo, es que el hombre reconozca su habla de mujer... de goce" (18, Idem; pp. 93-95). Y sí, no me cabe la menor duda de ello, puesto que teniendo un destino paralelo al del hombre, las diferencias no serán ya de represión (a no ser la originaria que marca el inconsciente). Pero, si socialmente se imponen otras versiones, éstas sólo cambiarán por nuestro deseo consciente de que las cosas no sigan igual y se transformen con y por nosotras y también por ellos, por los hombres; por nuestra mutua acción.

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

Si bien ni la femineidad ni la masculinidad son puras, como dijera el propio Freud, sino "construcciones teóricas de contenido incierto", resulta inquietante observar cómo lo social puede imponer cadenas o estereotipias generacionales, en ocasiones nada inciertas, alienantes sí, limitantes y de lo más represoras sobre las mujeres y/o sobre la idea que se tiene sobre nosotras. Esto implica que social y culturalmente será tentativamente más fácil y más factible intentar transformaciones, si la especificidad de la mujer se diferencia de otra, de la de la maternidad, y también de la femineidad. Me atrevería a decir ahora que ser mujer, es tener una anatomía específica y diferenciada; mas esto no necesariamente confluye en ser femenina, o con tener una femineidad; ni tampoco con ser madre o tener una maternidad. Las tres categorías evidentemente que podrán confluír, pero el que no lo hagan -como es el caso del aborto y de la no maternidad- no significa el acceder a la femineidad (tampoco lo contrario, dependiendo por tanto, de cada caso).

Al parecer, a partir de la anatomía la sujeto mujer irá teniendo una imagen corporal de sí, la cual aceptará o no, dependiendo del proceso que pueda construir primero con su madre-modelo (o con la sustituta de ésta), así como con las fantasías y expectativas de la madre. Después aparecerán otros modelos y por consiguiente sus identificaciones podrán confirmarse o bien variar, hasta que finalmente, la sujeto misma sea su propio modelo. Allá y entonces, mirándose

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

la hija-niña en la madre-mujer (femenina o no), sabrá que es tá constituida, corporalmente, como su madre y por tanto como todas las demás mujeres. Su madre, a su vez, se mirará en la hija y reconocerá que ambas son iguales, o más bien que ambas llegarán a ser iguales, una vez que la hija deje de ser niña. Pero, ¿eran iguales realmente o no en aquel momento? (con la salvedad de la diferencia en desarrollo biológico). Tentativamente sí, pero además de la diferencia generacional y por tanto de lugar que hay entre una y otra (la una madre, la otra hija), resulta que la madre tiene algo que la hija no posee: a los hijos y al padre hacedor de estos (y poseer, quisiera aclarar, está dicho en el sentido sólo de tener acceso a, y no en el de ser propietario de). Posteriormente, la actual mujer, ya siéndolo a niveles biológicos, podrá tomar opciones alternativas de identificación y así, asumirá su propia identidad sexual, psíquica, pero también social y cultural.

A partir de una diferencia anatómica que se instala con y en el cuerpo, devienen otras diferencias que muchas veces se reinstalan en el cuerpo (embarazo en la mujer, amamantamiento y crianza en la maternidad de la mujer-madre, valga la redundancia). Pero en cuanto a lo femenino, esta condición, por encontrarse no sólo en la mujer, tal vez por esto "no deja de ser más que una mera construcción teórica", como Freud dijera (y a veces, como mencionara yo, ni en la mu-

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

jer llega a encontrarse...) Mujer, serlo anatómica y socialmente implica pues hacerse oír, asumir la palabra de mujer (como dice Leclair); palabra que denota y connota actitudes, percepciones, pensamientos y afectos, que todos juntos, conllevan a actos. Se asume pues una identidad y las acciones son las que nos hablan de ello, acciones que resueltamente no se limitan a la maternidad.

Si la mujer tiene un lugar señalado o asignado de antemano, pienso que esto sólo implica una diferencia de sexualidad anatómica en relación al hombre, y no de valores y de represiones impuestas sobre ella. Así, querría plantear que la mujer, a través del aborto producido, señala su decisión de primera instancia a niveles corporales, pero, finalmente, también sociales: la de su determinación de no llegar a ser madre. Si bien biológicamente la posibilidad corporal de serlo está en ella y es una realidad ya la de procrear (al estar embarazada), ella ha decidido no reproducirse, lo cual en sí mismo, pienso que no la hace ni más femenina, ni tampoco menos femenina, sí más consciente y capaz de optar por su propia decisión; alternativa que si la ha tomado con su pareja, seguramente le será más fácil de asumir. Su palabra, habrá pues surgido y su voz podrá ser escuchada más ampliamente, menos represivamente.

V. MASCULINIDAD

"La anatomía es el destino".
Freud, La disolución del
complejo de Edipo (p. 2750)

Masculino: "Dícese del ser
que está dotado de órganos
para fecundar." Diccionario
de la Real Academia

Freud, en sus Tres ensayos para una teoría sexual, toma en cuenta multiplicidad de factores que, en su interacción, dan cuenta de la sexualidad del sujeto humano, la cual se va construyendo para y en el sujeto. Así, en primer lugar jerarquiza a los factores accidentales (sucesos infantiles determinantes en la dirección de la libido), "mientras que las disposiciones quedan en el fondo" (9; p. 1170). Asimismo, da preferencia a la evolución ontogenética sobre la filogenética (a través de elección de objetos y de la significación de las zonas erógenas). De cualquier forma, el elemento sexual resulta el privilegiado o primordial, y si bien el objeto es contingente, lo sexual tiene el papel estelar "tanto en la vida psíquica del ser normal, como en la del enfermo" (Idem; p. 1171). Y el objeto -aclara Freud- es independiente de la función sexual, no está predeterminado, de ahí su búsqueda metonímica inagotable. Hay pues un objeto del deseo,

pero también hay una fuente y un fin sexual. Hay también una cultura que preexiste al nacimiento del sujeto y antecediéndole, desde antes, le otorgará un lugar sexual de hombre, o bien de mujer, a eso que se asumirá como humano sexual a partir de un pedazo de carne. El sujeto, en otras palabras, no nace hombre (o mujer) y por tanto, tendrá que asumirse como tal.

Y bien, niño y niña serán iguales de principio: con las huellas de un narcisismo fundante, con una identificación primaria y una represión también primaria, y como viéramos un poco antes, con un solo órgano genital para ambos, como sostiene Freud. Pero un buen día, al mirarse mutuamente a los genitales, el niño descubre que él sí tiene y sabe extraerles sensaciones placientes y hasta se le pone erecto. En cambio, ella no tiene. Eso está muy bien, podrá pensar el niño y muy rico, pero ¿y si lo llegara a perder como la niña, como las mujeres? Se aterra -dice Freud- frente al espectáculo que sus ojos no pueden dejar de ver. Hay una señal de alarma frente a la ausencia, un alto.

Nosotros también nos detendremos para esbozar aquí cómo hasta ese momento de la fase fálica han estado los vínculos del niño con sus padres, y cómo estos lazos influyen y van marcando su sexualidad, siempre en proceso de construcción. En cuanto a la madre, ese primer objeto amoroso para el niño, continúa siéndolo (y lo seguirá hasta que sea reem-

plazada por otro objeto esencialmente similar o derivado de ella). Freud nos dice que entre los dos y los tres años del niño, éste busca seducir a su madre, "mostrándole su miembro viril, cuya posesión le produce un gran orgullo; en una palabra, su masculinidad precozmente despierta lo induce a sustituir ante ella al padre" (9, Compendio del psicoanálisis; p. 3407). Poco después, sucede un cambio importante en la conciencia del niño; se agudiza, y "al tornarse más apasionados sus sentimientos por ella, así como al profundizarse su comprensión de las relaciones entre el padre y la madre, aquel debe convertirse por fuerza en su rival" (9, Sobre la sexualidad femenina; p. 3077). Sabemos, pues, que el niño rivaliza con su padre, como si dijera "o yo, o tu", pero también sabemos que fracasa para su posterior buena fortuna. Pero para el niño, en un primer momento, el padre aparece como el triunfador, y ello a niveles simbólicos, puesto que esto no puede ubicarse en parte alguna, como tampoco puede ubicarse al padre simbólico en parte alguna.

En cuanto a la relación hacia la madre, si bien es básicamente amorosa, no es de una sola pieza y por consiguiente también hay una poderosa ambivalencia. Esta se explica por la existencia de varios factores encontrados, como son el hecho mismo del intenso vínculo entre madre e hijo, aunque también ciertamente, y topándose con esto, está una prohibición, misma que se les impone a ambas partes; y por

último (last but not least), está el hecho de que ella comparte su amor con otro, con el padre -rival del niño. Ahora bien, la dificultad de la ambivalencia, no obstante, llega a resolverse: "el niño puede resolver su ambivalencia contra la madre transfiriendo su hostilidad al padre" (9, Idem; p. 3084). En definitiva y a la larga -y desde este enfoque- el niño resulta "más afortunado que la niña porque ni cambia de objeto, ni tampoco de órgano en su evolución sexual. Lo que ocurre es que "la visión de unos genitales femeninos le han revelado que el miembro que tanto estima él no es, como suponía, inseparable de todo cuerpo humano" (9, Nuevas lecciones introductorias al psicoanálisis; p. 3172).

Es el temor a la castración por tanto lo que parece que produce un alto en el pequeño; una especie de ruptura temporal que, aunada a los vínculos familiares, marcarán su desarrollo sexual específico, tanto en su posterior relación afectiva, como en su evolución sexual, corporal y psíquica de esos momentos, y también de los posteriores. En fin, irrumpe el temor a la castración y asimismo, se instala un sometimiento al que habrá de plegarse el niño o, en su defecto, habrá de enfermar. Pero someterse ¿a qué? A la relación entre sus padres, a que es el padre quien "posee" a la madre, al falo que promete dar, a su palabra portadora de la ley. Visto así, el niño a estas fechas está en desventaja, entre otras, física. Pero, "es en tanto que su propio pene

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

está impugnado momentáneamente, que el niño puede alcanzar una función paterna plena, ser alguien que se siente legítimamente en posesión de su virilidad" (14, Lecciones de 1956).

La simbolización de pérdida de pene temprana permitirá posteriormente que el sujeto llegue a tener una relación anaclítica y heterosexual con una mujer -dirá Freud. La identificación habrá jugado un papel fundamental en el Edipo positivo, una identificación con el padre y con ello, identificación también con la función paterna. Pero el hombre temerá luego ser debilitado por la mujer, dice Freud, temerá "ser debilitado y contagiarse de su femineidad y mostrarse luego incapaz de hazañas viriles" (9, El tabú de la virginidad; p. 2447). Aterrado por todo este panorama hondo y "separable" del cuerpo, el niño decidirá protegerse de no tener igual destino que el de las mujeres, y por ello abandona sus impulsos libidinales hacia su madre, y también renuncia a su onanismo. Pero, ¿qué hacer?, ¿a quién más recurrir? Ah, ¡padre! Qué padre y qué bien que éste imponga la Ley; qué bien poderse identificar con él. Después de todo, la prohibición encierra protección y promesa. Así, el padre -modelo de los ideales, se hará escuchar y el hijo podrá responder, pero si y sólo si la madre ha abierto ese espacio, afirma contundente la teoría lacaniana.

Pero, ¿cómo es visto y entendido el niño desde esta otra mirada teórica? Podemos escuchar directamente a Lacan

diciendo en sus Lecciones de 1957 que para el muchachito la cosa es muy diferente (que para la niña): "el Edipo debe permitirle la identificación con su propio sexo. Es acceso a la posición paterna. Lo que el niño tiene como pertenencia, deberá provenir de algún otro; es esto lo que hemos llamado la deuda simbólica, que inscribe la castración en el nudo de la formadora crisis edípica. De entrada vemos al niño ingresar en el complejo de Edipo por una rivalidad casi fraternal con el padre, él testimonia su agresividad comparable a la que se manifiesta en la relación especular (o yo o el otro), pero el padre aparece en este juego como el que tiene el triunfo mayor y que lo sabe; en pocas palabras, como padre simbólico" (14). Aclara Lacan, como viéramos antes, que el padre simbólico debe ser concebido como "trascendente", que no está en parte alguna; es el que apuntala o apoya la función simbólica de la castración, de la ley que prohíbe pero que también promete y otorga dones, y funciones. Podríamos pensar, a través de este párrafo, que Lacan excluye o deja de poner énfasis en la envidia, por tanto en la "inferioridad" supuesta de la niña, y en cambio, enfatiza términos tales como ser, tener, recibir y dar a cambio: significantes simbólicos que marcan que todos los seres, trátense de varones o de mujeres, son seres castrados, incompletos y supeditados a estructuras simbólicas y normativas que están más allá de cualquier sujeto de carne y hueso, y un pedazo de...

En fin, un pedacito de más, o de menos no parece realmente ser lo que haga la diferencia, sino el cómo se valoriza esto.

Parece pues que la virilidad y la femineidad, por su parte, no se refieren a la esencia ni del hombre, ni de la mujer, sino que se refieren a la compleja relación del sujeto con el deseo (y éste siempre es "deseo de otro", y siempre está además, mediatizado y alienado por el lenguaje). Desde esta perspectiva, Lacan dice que: "al promulgar" soy un hombre en su pleno valor: "soy semejante a aquel a quien, al fundarlo como hombre, doy fundamento para reconocirme como tal" (Escritos II, 14; p. 81). Lo visible resulta pues, imaginario y engañoso, pero no obstante necesario para la construcción de una identidad. Hombre y mujer son entes distintos, pero en sí mismos, uno no define a la otra: los diferencia sexualmente. Y con este enfoque "del sexo que impone el trabajo psicoanalítico -dice Leclaire- lo que importa es que la determinación sexual es un hecho de discurso, una posición subjetiva radical que revela que no hay discurso asexuado" (18; p. 38).

Ahora que, en cuanto a la palabra de la mujer -dice el mismo Leclaire- "contra la función de represión del discurso del hombre la protesta de la mujer no carece de fundamentos cuando denuncia su tendencia hegemónica; pero se trata del discurso de la represión, discurso del poder sin duda alguna" (Idem; p. 37). Y si bien por el discurso del hombre

se lo oye, a veces también puede escucharse su "espíritu", siempre que se lo permita, pero esto parece difícil de alcanzar en nuestra cultura represora, estereotipada y machista?

Aunque por otra parte, continúa Leclair, el discurso del hombre se constituye "como discurso de la represión secundaria (represión en el sentido corriente del término), se organiza claramente como rechazo de la castración, desconocimiento del inconsciente y, por ende, modo de exilio del goce" (Idem; p. 36). Por su parte, Oscar Masotta, en su Introducción a la lectura de Jacques Lacan, con gran interés señala que entre los términos complementarios de Freud (envidia y castración), "la distinción entre 'envidia del pene' y 'amenaza de castración', ésta no alcanza menos a quien lo tiene" (21; p. 57).

Por mi parte, tratando de preguntarme cómo es la masculinidad en el hombre, y recordando el señalamiento de Freud sobre aquello de que los destinos posibles en la mujer frente a la castración son tres (el de la inhibición de la sexualidad, el de la masculinidad, y el de la femineidad propiamente), se me ocurre que, análogamente, tal vez podríamos pensar en los equivalentes para el hombre. Esto sería así: inhibición, feminización y masculinidad propiamente. Con esto, pareciera por una parte, que el grado de sexualización va de menos a más en ambos casos, y por otra parte, pareciera también que la cualidad bisexual de ambos aparece

en medio de estos dos caminos, en la forma de masculinización en la mujer, y feminización para el hombre, lo cual en sí mismo es equivalente a la no represión y a la no renuncia de esa otra parte de la sexualidad de cada uno de los sexos. Pensándolo en estos términos, tal vez podría plantearse en una ecuación en donde la sexualidad sería "Sx". Esta "Sx" tendría sus tres momentos: 1) \emptyset Sx (no sexualidad, o sexualidad vacía); 2) -Sx (sexualidad negativa u homosexualidad); y 3) +Sx (sexualidad positiva o masculinidad propiamente). Si bien esto no aclara la interrogante de qué es la masculinidad, sí intento añadir un posible inciso a la otra parte de la "media naranja", y así darme cuenta que entonces la masculinidad es una cuestión, una interrogante, tanto de hombres, como de mujeres, y quizá sólo entre ambos se vaya esclareciendo más esta problemática. Pero tal vez hay aún un cuarto camino (aún no mencionado aquí); otra especie de posible destino, que al parecer sólo aparece en el hombre. Me refiero al fetichismo y al momento en que algunos hombres erigen -según nos ha enseñado Freud- el falo faltante en las mujeres a través del fetique que "subsiste como un emblema del triunfo sobre la amenaza de castración y como salvaguardia contra ésta... El fetichista no haya dificultad alguna en lograr lo que otros hombres deben conquistar con esfuerzos" (Fetichismo, 9; p. 2994). De cualquier manera, especificar qué es y en qué consiste la masculinidad no es tarea sencilla.

lla, dado que sin duda existe una ideología rígida y predominantemente superyoica que imprime patrones difíciles de modificar y, por consiguiente, hace difícil el transmitir ideales diferentes como hasta la fecha se han venido haciendo y transmitido.

Pero retornemos a Freud y a La disoluci3n del complejo de Edipo: "el complejo de Edipo ofrecía al niño dos probabilidades de satisfacci3n, una activa y otra pasiva. Podía situarse en actitud masculina en el lugar del padre y tratar como él a su madre, actitud que hacía ver pronto en el padre un estorbo; o querer sustituir a la madre y dejarse amar por el padre, resultando entonces superflua la madre... La aceptaci3n de la posibilidad de castraci3n y el descubrimiento de que la mujer aparece castrada, puso pues fin a las dos posibilidades de satisfacci3n relacionadas con el complejo de Edipo" (Idem, p. 2749).

Realmente aquí es cuando ocurre la transformaci3n: Edipo se convierte, por así decirlo, en supery3 (o éste es creado o heredado por aqu el). Es entonces cuando el individuo se incluye propiamente en la comunidad cultural, al introyectar las normas y la prohibici3n del incesto, la represisi3n. Dir  Freud que en el niño "la autoridad del padre o de los padres introyectada en el Yo, constituye en él el n3dulo del superyo que toma del padre su rigor, perpetúa su prohibici3n del incesto y garantiza así al Yo contra el re-

torno de las cargas de objeto libidinosas" (Idem, p. 2750). Edipo, después, habrá sido reprimido; más aún, destruído. Y la desaparición del complejo estará marcando el límite entre lo normal y lo patológico. Pero... "en el hombre también subsiste (como en la mujer) residuos de la influencia ejercida por el complejo de castración, cierta medida de menosprecio por la mujer, a la que se considera castrada" (Sobre la sexualidad femenina, 9; 3080). Porque "con el descubrimiento de la falta de pene, la mujer queda desvalorizada para la niña, lo mismo que para el niño y quizá posteriormente para el hombre" (Nuevas lecciones introductorias al psicoanálisis, 9; p. 3173) (Lo subrayado es mío)... ¿Por qué habrá pensado Freud que la "previsora Naturaleza", como él dice, ha dotado justamente a ese órgano "de una porción de narcisismo" privilegiado? (Fetichismo, 9; p. 2993). ¿Naturaleza y hombre pueden unirse en el desprecio y sociedad apoya? Pareciera que sí, pero entonces no es naturaleza sino cultura la encargada de ello. Transformar esto, sin duda que es difícil.

Volviendo a pensar que si el hombre sólo sabe distinguir generalmente entre lo visible y lo invisible de la castración, desconoce inevitablemente -en principio por su anatomía y tal vez por lo que la cultura ha puesto en él, y por lo que espera y exige de él- la falta de falo que lo constituye como hablante y como deseante. Para él permanece oculta y desconocida "la otra cara", "la que permite articular

la lógica de lo no representable, la diferencia entre los elementos invisibles y el ojo horadante/penetrado que los organiza cual centro de perspectiva, entre los representantes inconscientes y el falo". Leclaire, hombre y psicoanalista, habla así del hombre en su libro Matan a un niño (18; p. 40). Sugiere asimismo como posible solución para el hombre el que: "sólo animado por una pasión de clarividencia", sólo conservando algún vigor extra, sólo conservando "alguna ironía frente a actividades tan perfectamente 'viriles' como la de todos los constructores de familias... de represas"; sólo conservando "la sed de conocer la otra cara de la verdad, la que no puede alcanzarse a solas ni en la ilusión compartida de una colectividad homosexual o de una sociedad sin sexo"; sólo con la mujer en el amor (Idem, pp. 40-41); habrá de alcanzar lo no visible de su propia castración.

Sí finalmente, dada la incompletud, el deseo es el de completarse aunque sea momentáneamente, ¿cómo pues alcanzar por un momento el falo?, ¿cómo conocerlo? El conocimiento del falo sólo puede alcanzarse a través del goce: "el sexo es su camino absolutamente imperioso, camino en el cual la mujer amada le abre al hombre el espacio de esa otra mirada sobre lo invisible en la que se separan y se organizan, en su nacimiento, brote, despliegue y fulguración, la tierra, el agua, el aire y el fuego" (Idem, p. 41). (Hombre y mujer que en el goce, sabemos, no necesariamente tienen que verse

con la "seriedad de la función reproductora"; hombre y mujer, cargados de mitos pero también de realidades). Pareciera así que se trata del retorno más original en el hombre, si es que puede nombrarse de esta forma, en donde hoy, parece haber perdido ese origen, no sólo como hijo de una determinada madre y de un determinado padre; el hombre parece haber extraviado el origen mítico, el de los cuatro elementos naturales. Cubierto y recubierto por trajes visibles, por presiones y represiones; revestido de un discurso de poder parece que no puede retomar lo suyo si no es con una otra: con la mujer. Pero para ello se necesitaría desprender de su "omnipotencia secundaria" -fenómeno por lo demás harto difícil y al parecer amenazante.

En cuanto a la paternidad, Lacan refiere que: "el padre sólo está presente por su ley, que es la palabra, y únicamente en la medida en que su palabra (o habla) es reconocida por la madre cobra valor su ley". De aquí que la paternidad pareciera y apareciera como función simbólica más que otra cosa dentro de la estructura familiar y cultural. Y como función, puede llevarse a cabo por el padre real o por otros, quienes en un momento dado, pueden fungir como tales, y repitamos: es que el padre simbólico -dice Lacan- no está en parte alguna; es el primordial o padre prehistórico, es el padre castrante simbólicamente, que priva y promete. Y el hombre-niño, al haberse identificado con su padre, se

identificó con la función paterna y contrajo así la deuda simbólica: de allí que necesite el habla para transmitir la ley del deseo y de la falta. Salvo que, como vemos, el riesgo es que su discurso se quede estacionado en la represión y en el poder, acaso el mayor: el de no poder hacer distinto.

"Del lado del Otro -dice Lacan, desde el lugar donde la palabra se verifica por encontrarse con el intercambio de los significantes, los ideales que soportan, las estructuras elementales del parentesco, la metáfora del padre como principio de la separación, la división siempre vuelta a abrir en el sujeto en su enajenación primera de ese lado solamente y por esas vías que acabamos de decir, el orden y la norma deben instaurarse, los cuales dicen al sujeto lo que hay que hacer como hombre o como mujer" (Escritos II, 14, p. 385). Pero el hombre -repetamos- para serlo no requiere de la paternidad por fuerza -como tampoco ésta en sí misma le garantiza su masculinidad.

Suspenderé ahora este capítulo con dos discursos, de otros textos y acaso sólo aparentemente en otros contextos. El primero es del poeta Octavio Paz, quien habla de sí y también de otros hombres para decir que: "No quiero ser a tientas, no quiero regresar, soy hombre y el hombre es el hombre, el que saltó al vacío y nada lo sustenta desde entonces sino su propio vuelo, el desprendido de su madre, el desterrado,

el sin raíces ni cielo ni tierra, sino puente, arco. Tendido sobre la nada, en sí mismo anudado, hecho paz, y no obstante, partido en dos desde el nacer, peleado contra su sombra, corriendo siempre tras de sí, disparando, exhalando, sin jamás alcanzarse, el condenado desde niño, destilador del tiempo, rey de sí mismo, hijo de sus obras... El hombre sólo es hombre entre los hombres" (Libertad bajo palabra, 23). Y el otro texto, tanto menos poético y tanto más ¿racional? es de Nietzsche, quien decía en Así hablaba Zaratustra que "El verdadero hombre es el que ama dos cosas: el peligro y el juego. Por eso quiere a la mujer que es el juguete más peligroso" (22; p. 57).

En cuanto al aborto, parece que la anatomía del hombre y lo que de él se espera desde la cultura -como se ha venido señalando- le permiten permanecer "al margen", siendo central más bien su función paterna posterior (de haber un hijo).

VI. PRE-PATERNIDAD: NO NARCISISMO
CASTRACION

"El espejo quebrado en que Narciso se bebe y no se sacia".

... "Estoy con uno como yo, que no me reconoce y me muestra mis armas; con uno que me abraza y me hiere -y se dice mi hijo- con uno que huye con mi cuerpo; con uno que me odia porque yo soy él mismo".

Octavio Paz,
Libertad bajo palabra

"Las fantasías de castración testimonian, rinden cuenta del origen de la diferencia de los sexos".

Anika Rifflet-Lemaire,
Lacan

Narciso, el pobre, tuvo que morir -eso cuenta la mitología. Atrapado por su propia imagen, imagen que venía del reflejo del agua de un estanque, digamos que se estancó. Narciso, pues, no fue capaz, no pudo cargar libidinalmente a otros, y esa energía se le regresó a sí mismo y estancándose en su yo, lo enfermó. De eso da cuenta Freud. Luego Lacan -mirando entre espejos- sugirió diríamos, que la representación imaginaria, imagen en la que el sujeto se enajena, llevó a Narciso más allá de la imagen, justo hasta el espejo... de agua e ilusionó; se hundió. Fusión totalizadora ésta y sin distan-

cias, ya que "en cada espejo yace un doble, un adversario que nos refleja y nos abisma". Esto lo dice no un psicoanalista, sino un poeta, Paz (23). De la separación nos hablará Lacan, y de la castración ya veremos a "otros".

Si bien Narciso muere, podríamos decir que deja una herencia suya en vivo, el narcisismo. Hemos visto previamente cómo el narcisismo primario es fundamental para la estructuración del sujeto. También hemos anotado que posteriormente y ya como secundario, persiste a través del ideal del yo. Y es aquí en este punto donde se intersecta con otro, el de la paternidad. Oigamos si no a Freud: "Considerando la actitud de los padres cariñosos con respecto a sus hijos, hemos de ver en ella una reviviscencia y una reproducción del propio narcisismo abandonado mucho tiempo ha" (Introducción al narcisismo, 9; p. 2027).

El marcar que el narcisismo ha sido "abandonado mucho tiempo ha", nos remite a la idea del tiempo: continuo o discontinuo; transformando o reproduciendo en otro momento, en otro espacio y en otro sujeto, aquello que aconteció previamente, tiempo también de lo que ahora pasa (o no pasa). Si bien esto puede enunciarse así, el sentido no vendrá a dársele sino retroactivamente, y Freud lo hace diciendo que: "el amor paternal, tan conmovedor y tan infantil en el fondo, no es más que una resurrección del narcisismo de los padres que revela evidentemente su antigua naturaleza en ésta su

transformación en amor objetal" (Idem; p. 2027).

Podríamos pensar que en este proceso, más que transformación, hay una repetición (a no ser la del lazo afectivo y no del sujeto mismo), hay una especie de eco que quedó suspenso y en silencio por un tiempo y que muchos después resurgió y se escuchó de nuevo. De ser así, ¿en dónde aparecería entonces la transformación? Pienso que por una parte, en el sentido que Freud le da a la paternidad, pero también -y esto es lo que le importará al sujeto- en el sentido que él mismo le puede dar a su historia previa, y también a la de ese nuevo producto que es el hijo: historia nueva y distinta que se irá narrando y la cual irá repitiendo ecos, transformándolos y produciendo nuevas voces de significación. Otro cambio podrá ser incluso el no tener hijos. Pero detengámonos aún un poco más en la cara de esta moneda expuesta por Freud, la del narcisismo:

"El individuo tiene dos objetos sexuales primitivos: él mismo y la mujer nutriz, y presuponemos así el narcisismo primario de todo ser humano, que eventualmente se manifestará luego, de manera destacada en su elección de objeto" (Idem; p. 2025). Este primer narcisismo corresponde pues, a una etapa de la evolución sexual intermedia entre el autoerotismo y el amor objetal, pero para constituirse "ha de venir a agregarse algún otro elemento, un nuevo acto psíquico", aclara Freud (Idem; p. 2018). Ya después se traspasará este

primer narcisismo y se cargará a los otros objetos, y no ya al propio Yo del sujeto y con este viraje se hablará de amor anaclítico. De no ser así, será narcisístico.

Pero aquellos momentos normales de la vida del niño, cuando siendo tratado como un soberano, "His majesty the baby", posiblemente él se lo creía -omnipotentemente- y ellos los padres, se lo confirmaban a través de su deseo y de su tendencia a "suspender para el niño todas las conquistas culturales"... Y "la enfermedad, la muerte, la renuncia al placer y la limitación de la propia voluntad han de desaparecer para él y las leyes de la naturaleza, así como las de la sociedad deberán detenerse ante su persona" (Idem; p. 2027). Pero un día a este deseo, insostenible desde las mismas leyes de la naturaleza y de la realidad social, se le exigirá un cambio al pequeño narciso.

Podríamos decir que ese deseo de absoluta protección, sólo acontece por un tiempo breve, tiempo en el que "incidentalmente se relaciona con esto la repulsa de la sexualidad infantil", como refiere Freud. Pero el que con hombres anda, acotaría por mi parte, a hablar y a reprimir se enseña, lo enseñan, o bien enferma. Y es que los padres, antes de serlo, han tenido que imponerse diques, restricciones y transformaciones y renunciadas a ese narcisismo primario. La cultura así lo exige y las "conquistas culturales", tienen un precio. No pagarlo, no acceder a las leyes de la sociedad, con

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

lleva un costo demasiado elevado, que llevaría al sujeto hasta la "luna", o hasta la férula de mamá, lo cual tal vez sea lo mismo. Así, y desde todos los aspectos, es necesario renunciar finalmente al narcisismo primario, aunque éste siempre pueda estar intentando resurgir de una manera u otra. Pero también y al mismo tiempo, para que el niño pueda constituir su yo, es necesario que haya alguien que le refleje su amor libidinal y entonces él se reconozca a sí mismo como el objeto de la libido del otro; pero sólo por poco tiempo. Luego esto deberá de cambiar, y para ello se requiere de un tercero que marque las diferencias y restrinja y prohíba las igualdades-fusiones. Y si bien la madre (o su sustituto) erogenizó al niño, se requiere de ese tercero, el padre (o sustituto), para que, siendo portador-soporte y portavoz de la cultura, permita y ayude a que el niño se relacione con lo diferente a sí mismo y así, se pueda insertar en la cultura. Ya lo dijo Freud, "el pequeño ser primitivo ha de convertirse, al cabo de unos pocos años, en un ser humano civilizado, deberá cubrir, en abreviación casi inaudita, un trecho inmenso de la evolución cultural humana" (Compendio del psicoanálisis, 9; p. 2404). Es pues indispensable un tercero, el padre. Y con esto, nos encontramos frente a la marcada importancia que representa la función paterna o de la separación. Veamos pues un poco al respecto.

Oscar Masotta acota la función que el padre simbóli-

co tiene y enlaza para ello conceptos originarios de Freud, con los subsiguientes de Lacan. Dice entonces que "el Padre simbólico es en primer lugar el padre muerto y corresponde al mito de la filogénesis levantado por Freud en Totem y tabú. Es preciso, escribe Lacan, unir la "aparición del signifiicante del Padre en tanto autor de la Ley, con la muerte, incluso con el asesinato del padre, demostrándose así que si este asesinato es el momento mortífero de la deuda a través de la cual el sujeto se ata a sí mismo toda su vida a la Ley, el Padre simbólico, en la medida en que significa la Ley, es en realidad el Padre muerto" (Introducción a la lectura de Lacan, 21; p. 95). Así, la "normalización" del hijo supone que éste pague la deuda al padre y en última instancia a la cultura. Recordemos que lo que el niño tiene como posesión, deberá provenir de algún otro y -a saber de Lacan- la deuda que entonces adquiere es insaldable. De cualquier manera, el niño, al simbolizar al padre real, accede a la metáfora paterna: "Nombre-del Padre, es decir, cosa nombrada que en cuanto que ejerce la función de la prohibición y puede castrar al sujeto, lo humaniza; accede a la ley cuyo fundamento es el Nombre-del Padre y se instala en el registro simbólico" (27; p. 264). Resulta así que para el niño el separarse de la madre es instalarse en principio en la cultura, teniendo por tanto que haber dejado el trono de "his majesty the baby".

Pero, ¿qué significa, más específicamente, el narcisismo para Lacan? El mismo O. Masotta es quien dice que para aquél, "es una estructura del yo del sujeto (estructural en el sentido de constitutiva y de relacional). Pero si por una parte supone una distancia especular en el interior del yo y la constitución, en el interior de esa distancia, de una imagen del cuerpo propio, supone al mismo tiempo las funciones de desconocimiento que definen el registro de lo imaginario: ese desconocimiento, lo hemos dicho, es esencial en la constitución de la estructura" (Introducción a la lectura de Lacan, 21; p. 54). Esto es que lo imaginario sería pues el registro de lo dual especular, y lo simbólico, el registro de la estructura y del sistema cultural. Y la estructura exige al sujeto una serie de desprendimientos y de restricciones, de incompletudes innegables y de búsquedas inagotables.

Pero regresemos de nuevo a Freud para que sea él quien primero nos conduzca, por así decirlo, al camino del concepto y de la conceptualización de la castración, la otra cara de la moneda-hendidura que quizás no sólo a los hombres pueda aterrar, sino también a nosotras las mujeres -y no precisamente por diferencias anatómicas. Y posiblemente asusta (o incluso aterre) no por aquello que no está, sino por otras carencias que paradójica o ilusoriamente, faltando, no aparecen como ausentes -traspasando lo corporal para ir más

allá, a lo psíquico y con ello, a lo transindividual, transmitido generacionalmente en determinada forma ideológica. Vayamos pues con Freud.

El niño, hemos visto a través de Freud "sufre el trauma más poderoso de su joven existencia al observar que la niña no tiene pene". Con ello padece la amenaza de la castración y frente a la posibilidad fantaseada de perder su órgano genital narcisizado, no sólo reprime el Edipo, sino que lo "desintegra literalmente". Esto es que "sus catexias libidinales son abandonadas, desexualizadas y en parte sublimadas, sus objetos son incorporados al yo, donde constituyen el núcleo del superyó" (Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia sexual anatómica, 9; p. 2902). En cambio, la castración posibilita a la niña a iniciar su Edipo. Su destino frente a la castración es otro, ella no puede temer lo mismo que el niño teme, puesto que no posee lo mismo: "ella acepta la castración como un hecho consumado"... "y su complejo de Edipo culmina con el deseo retenido durante mucho tiempo, de recibir del padre, como regalo, un niño, tener un hijo de él" (La disolución del complejo de Edipo, 9; p. 2751). Esto ayudará a preparar a la niña, afirma Freud, a su ulterior papel sexual, inhibiendo y restringiendo su masculinidad. Consumada la castración simbólica, los objetos del deseo sólo ocuparán el lugar del objeto perdido, nunca llenarán la falta creada por la entrada del lenguaje. Pe

ro recordemos que la castración se hace representable por las pérdidas, por las separaciones y abandonos; pérdidas previas que serán marcadas por las posteriores: nacimiento, des_{de} tete, heces, pérdida de amor, renunci_{as} de los objetos amoros primero permitidos y fundamentales y después, para siempre, prohibidos -y también, para siempre, perdidos. Y la cadena de sustituciones, de duelos por las pérdidas, de repeticiones compulsivas, de culpas por deseos de transgredir la ley y por los deseos de destruir y matar a los rivales; y la represión y los mandatos superyoicos, ¿no es esto todo el precio y la garantía de ir construyendo una subjetividad?, subjetividad corporal y simbólica, social.

Pero veamos qué acontece con la pequeña, ¿deseosa acaso de más amor por ser más temerosa a perderlo? La niña no tiene pene, pero podría recibir un equivalente: renunciando al falo, como pertenencia, podrá recibirlo como un "don" del padre. Pero la ecuación niño=falo sólo toma su sentido, afirma Lacan, por referencia a la castración, a la falta y a la renuncia. El niño, en cambio, lo que tiene como posesión deberá provenir de algún otro. A él también le falta el falo completud y por tanto está castrado. Y la castración -afirma Lacan- siempre es simbólica y constituye la crisis esencial en la que el sujeto encuentra su lugar en el Edipo: para que el sujeto acceda a la madurez genital es menester que haya sido castrado. "Es, por tanto, la asunción de la

castración lo que crea la carencia de la que se instituye el deseo. El deseo es deseo de deseo, deseo del Otro, está sometido a la Ley" (27, citando a Lacan; p. 263).

En cuanto a la Ley del Padre, ésta opera la castración simbólica (nos dice Masotta), "al separar al niño del falo" (en ese segundo tiempo del Edipo). "Es así como la relación dual de tres términos se transforma en una relación triádica de cuatro términos, siendo el cuarto el padre simbólico. El nombre del padre hace nacer la división inaugural del sujeto entre un Yo imaginario, y el Otro, lugar del inconsciente, estructurado como un lenguaje. El niño, al interiorizar la Ley, se identifica con el padre y puede producirse la ruptura de la continuidad de la relación especular con la madre" (21; p. 207). Y justamente aquí estriba la importancia fundamental del padre que, al separar al niño de su madre a través de su amenaza simbólica, priva sí, pero permite que el deseo del sujeto se formule ya como deseo propio y se nombre. Y el deseo entonces, sólo puede estar si hay una carencia, un espacio vacío que si bien no se colma, empuja a ir en su búsqueda.

Seguiremos con Masotta, adentrándonos más en la castración (como una invitación a la carencia). Dice: "la castración simbólica significa al sujeto en cuanto marcado por la carencia del complemento materno; esta carencia de ser hace que el sujeto sea significado por la Ley del Padre como

no siendo el falo. La carencia de ser constituye al Otro y funda al inconsciente, instituyéndose como el lugar de la identidad imposible, el advenimiento del sujeto al lugar del otro instituye el deseo por oposición a la virtualidad de la fusión narcisística"... "El deseo sigue una carrera metonímica que es inagotable, pues remite a la carencia generada por la castración" (Idem; p. 208).

Masotta enfatiza en otro texto, en sus Ensayos lacanianos, que la castración aparece con una doble cara (¿águila y sol?) paradójica, a partir de lo que a cada sexo "le toca": esto es, envidia del pene para la niña, y temor de pérdida del pene para el niño, y es preciso acceder a este temor, nos dice Masotta. Por otra parte, y además de manera fundamental, hay otro temor mayor -acaso por más real- el de la posibilidad, o no, de separarse de la madre y darse objetos fuera de ella. La madre, objeto primordial e incestuoso, matriz libidinal, fálica, a ella es preciso acercarse y separarse de esta ligazón libidinal. Y aquí, en esta coyuntura de unión-desunión, de desprendimiento (y por tanto de amenaza, de temor de abandono y de pérdida por renuncia), aquí y en estos momentos, el padre -amenazador y rival- tendrá que fungir como el ejecutor simbólico de ese corte. Prohibirá doblemente, a la madre y al hijo de permanecer en una relación simbiótica-narcisística, y en última instancia mortal para el sujeto (niño-falo) deseante. Pero, si esa madre fá-

lica que colma su deseo en el hijo (y éste en ella), no permite que el padre ejerza su autoridad familiar y cultural; si no intenta colmar su deseo fuera del hijo en y con ése que es (o representa) al padre del hijo, entonces ese padre no lo será, no tendrá ese lugar y esa función. Así, toda búsqueda metonímica posterior para el sujeto será inmovilizada y quedará paralizada en una ilusión narcisística e inerte. (De suyo ella no tiene el falo y el hijo por consiguiente no es su falo, pero otra es la ilusión). Y el padre sólo podrá ejercer su función si tiene por una parte la autoridad (como recién señalara) y por la otra, si él a su vez, como nos dice Masotta, es capaz de acceder a la autoridad social que lo circunda. Y esto en otros términos, es acceder a la propia castración, es acceder a representar a la legalidad que normatiza, pero no a serla: ésta nos trasciende a todos en definitiva.

En cuanto al sujeto (hijo o hija), tendrá pues un doble temor: "temor a aquello que es preciso acceder (y temor por) retención de lo que hay que abandonar para acceder al objeto (Idem, 21; p. 171). Y este movimiento de corte no es nada menos ni nada más que la posibilidad de la inserción del sujeto en el sexo, así como el pasaje a los "objetos múltiples de toda socialización del deseo" (Idem; p. 171).

Separarse y cortar con esa madre primitiva y primordial, fálica, devoradora, terrorífica, dadora de vida y/o

muerte (física y no físicamente), madre también del deseo... Separarse de ella, sin duda que desde esta mirada teórica, aparece como una lucha que el sujeto tendrá que vencer (en el mejor de los casos), con el decidido auxilio de un padre -quien de suyo fue a su vez objeto privilegiado, falo de su propia madre. Y entendido así el pasaje de la castración, de la renuncia a la completud incestuosa, ¿quién pues no temerá acceder a ello? Y, desde otra perspectiva teórica, la que brinda Helen Deutsh, ella asegura que las mujeres, en lugar del temor a la castración propio del hombre, tenemos los temores relacionados con el parte y con relación al hijo, ambos temores de muerte... Pero, ¿y si no hay hijo?

Después de estas múltiples afirmaciones teóricas, me quedo pensando en qué es lo que yo puedo decir, o más bien cómo puedo decirlo: recorrido de dos caras, águila y sol de una misma moneda: completud y carencia; narcisismo y castración. Sin una no hay ninguno. Y tal vez esta constante oposición de contrarios que se encuentran y se topan, tal vez también pudiera ser explicada a través de aquello de la doble inscripción existencial señalado -y formidablemente señalado por cierto- por Freud en su Introducción al narcisismo y que reza así: "el individuo vive realmente una doble existencia, como fin en sí mismo y como eslabón de un encadenamiento al cual sirve independientemente de su voluntad, si no contra ella. Considera la sexualidad como uno de sus fi-

nes propios, mientras que, desde otro punto de vista, se advierte claramente que él mismo no es sino un agregado a su plasma germinativo, a cuyo servicio pone sus fuerzas, a cambio de una prima de placer, que no es sino un sustrato mortal de una sustancia inmortal quizá" (9; p. 2020).

Doble existencia... Resurrección del narcisismo de los padres ("tan conmovedor") puesto en aquel que "deberá realizar los deseos incumplidos de sus progenitores y llegar a ser un grande hombre o un héroe en el lugar de su padre o, si es hembra, a casarse con un príncipe, para tardía compensación de su madre" (Idem, p. 2027). Y por otra parte (¿a-temporal?), la existencia del ideal del yo -otra forma más de resurgir el perdido narcisismo- que al parecer no acaba de morir una y otra vez, espectro incomparable. Pero ¿y con el aborto producido?, ¿se interrumpen estos eslabones?; ¿pueden converger -si ello es posible- todos los narcisismos (perdidos y recuperados) y aquellas castraciones (faltas-enser) con la pre-paternidad? Porque si aquí con el aborto no se produce la revivencia del antiguo narcisismo, ¿a dónde o en quién se coloca? Si la pérdida de la representación narcisística primaria es constitutiva de la castración, como refiere Leclair, al matar a ese niño tiránico en nosotros que no se le llega a matar: vive y revive, pero ¿sucede igualmente con el aborto? ¿Podría ser que el águila y el sol del narcisismo y la castración engarcen o se anuden en la pater-

nidad, pero que se estanquen en la pre-paternidad devorándose mutuamente como serpientes? Dicho de otra manera, ¿podría ser que los ideales y las carencias se equilibren en la paternidad lográndose una ecuación equitativa o equilibrada (en el mejor de los casos), y no así en la pre-paternidad? ¿Es que aquí no resurge ave fénix alguna porque no resucita el narcisismo y sólo se muestra aún más, o sin menos ilusiones, la castración? Parece que los ideales de muchos (tal vez especialmente de los que censuran al aborto) no sólo no se los reproduce ni se los revive, sino que en un momento dado se los impugna.

Desde la teoría algo conocemos de los significados de la paternidad, así como de las expectativas valorativas al respecto, pero ¿y de la pareja con su pre-paternidad y su no procreación? Aquí estamos en un punto de reunión o de posibles discrepancias, pero desde donde nos ubiquemos, lo que en definitiva está detrás, es el fenómeno mismo de la reproducción humana. Y la procreación, no podemos olvidar, aparece enmarcada, apoyada y protegida por la familia, y ésta a su vez, por los que sustentan el poder. Allí, en la familia, es también en donde se lleva a cabo la reproducción de la "pareja legalizada" en y para la familia, de las expectativas y de los valores que la sociedad misma produce, demanda y reproduce. Pero, independientemente de la ideología personal que pueda asumirse, sabemos que, hoy por hoy, la familia

y en ella la pareja es la única hacedora de niños; matriz de esa doble existencia a la que Freud hizo mención; espacio indispensable para que el triángulo del Edipo se forme y marque así al padre, al hijo y a la madre. Y si el poder apoya esta reproducción escalonada, ¿el aborto se opone a los ideales culturales y por eso se lo critica, por no reproducir a la familia? Posiblemente, pero recordemos a Maud Mannoni diciendo que la familia: "no es sin duda un 'grupo' en el sentido que se atribuye a esta palabra en la explicación psicológica. Lo que tiene importancia no es la vida colectiva, sino las estructuras ocultas que esta vida impone a todos" (20; p. 139). Y ¿no son estas estructuras ocultas, en gran medida, las reproductoras de los ideales que se juegan en la pareja de padres parentales que, antes y a su vez, fueron también en otro tiempo los ideales de sus propios padres y que bien podrían seguir siéndolo -eco, calca- si no intentáramos algo distinto?

Resulta claro reconocer que insertos en la sociedad-conjunto universal y matriz diseñada y estructurada por determinados valores, normas y expectativas- los humanos somos producto y reflejo de ella; lo es asimismo la familia y la pareja. Pero, con todo, el sujeto -individual o grupalmente- podría tratar de desalienarse y dejar de ser eco del deseo de los otros, del de sus padres y de los modelos de sus primeras identificaciones y así buscar una palabra, un acto

y un deseo menos repetitivo, que le pueda hablar más de un sentido de sí y de su historia, al menos un tanto menos ecológicamente. Acaso el aborto producido conscientemente, parcialmente -al menos en algunos casos- intenta decir algo de esto. Posiblemente con otras voces escuchemos otros ecos y otros discursos y no el que repite -incluso en y con el silencio del tabú, o bien con los gritos de la ira- que el aborto es crimen, duelo patológico, o moderada y solapadamente que, sencillamente no es ideal, anti-ideal sí, que por ello parece ofender y no ofender al narcisismo de lo establecido. Pienso que el cuestionar puede traer consigo otras luces, otras águilas y otros soles sobre la antigua y milenaria moneda o fenómeno del aborto. Y no es que con esta posibilidad pudiera producirse algo nuevo, sino tal vez una relectura. Bien dice Jaime Labastida que: "lo único nuevo en el mundo es la manera de entenderlo", y que "en sus términos más generales, toda concepción del mundo viene determinada por la manera como la sociedad se apropia, transformándola, del mundo que la rodea: sobre esto se elevan las relaciones sociales" (17).

Por lo demás, se entiende bien que perpetuar una y otra vez a otro Adán y a otra Eva, a la pareja, es perpetuar la ilusión de algún paraíso perdido, pero esperanzadamente recuperable. Perder esta ilusión del todo sería como añadir otra pérdida más; sería -por así decirlo- remorir a Narciso,

al narcisismo y a los ideales tradicionales, en vez de revivirlos. La pareja debe perdurar y coexistir, debe perpetuar a la especie; el aborto, se comprende, podrá resultar por tanto amenazante, non "grato" en los términos consensuales. Y en los psicoanalíticos: sin un narcisismo parental generacional.

VII. EL HIJO

... "Llévame solitaria,
 llévame entre los sueños,
 llévame madre mía,
 despiértame del todo,
 hazme soñar tu sueño,
 unta mis ojos con tu aceite,
 para que al conocerte me conozca".

Octavio Paz,
Libertad bajo palabra

"Un ser humano, desde su vida prenatal, está ya marcado por la forma en que se lo espera"... "¿Qué lugar ocupa el niño en el mito familiar para estar condenado hasta ese punto a un rol, del que nada ni nadie puede desalojarlo?".

Maud Mannoni,
La primera entrevista psicoanalítica

Antes de entrar al texto de este capítulo más rigurosamente, deseo transcribir algunas ideas que me han venido surgiendo como pretexto (en más de un sentido) de esta parte de mi trabajo que lleva por nombre "El hijo". Juego de palabras sí, y con ellas también intento de que se juegue mi propia posición ¿ideológica? He venido observando que se habla de la paternidad -desde Freud- como una manera de revivir el propio narcisismo de los primeros años de la vida. Desde Lacan como una función, la de erogenizar (¿narcisizar?) y de prohibir, y así, insertar luego al "infans" que no habla, al mun-

do de los hablantes marcados y escindidos. O bien, desde otros textos, he observado que el hijo es mirado como mano de obra, o bien como obra maestra. De alguna forma, decía, al leer poemas, al mirar a los padres con los hijos que procrean y también a los pre-padres con los prehijos que abortan; al hacer esto en la forma limitada de mi experiencia, de cualquier manera, he venido resintiendo a la teoría como una manera incompleta y parcial de comprensión. Me explico: el mundo de los afectos me parece demasiado abundante, matizado, multifacético y contradictorio, como para poder ponerlo -o pretender hacerlo- en ninguna fórmula. Confieso que ésta es una respuesta individual que anoto aquí porque a menudo me surge. Puedo entender que simplifico; puedo asimismo comprender que una palabra (o muchas), un concepto, no intentan decirlo todo. Pero tal vez la forma en que yo pudiera señalarlo, es que no alcanzan las palabras para contar sobre los afectos; que los textos pueden ser incontables, pero que seguirán siendo cortos para intentar decir, no sólo lo que es un hijo, sino lo que éste pueda significar. Y además, este significado o este intento de definirlo, nunca podrá ser ni único ni estático. Pudiera ser que hasta perogrullo sepa de esto, pero yo no, no con estas palabras al menos; así no lo sabía.

Desde otra mirada y en otro momento, también me he preguntado qué es lo que se reproduce a través de la fecundi

dad o procreación: "¿fuerza de trabajo?" Pudiera serlo en algunas circunstancias, pero entonces el hijo, el nuevo sujeto a fuerza de mucha más labor, buscará un proyecto de vida y de trabajo que le signifique algo más que ser otra cifra más en el ciclo generacional de vida-muerte; algo más que el "conmovedor narcisismo" primario de los padres puesto en él. En fin, lo que quisiera no callar es que un hijo -dependiendo claro, de cada madre y de cada padre- representa y significa algo que tal vez incluye una parte de lo que no puede decirse, acaso algo de lo indecible, de "misterio", de no concepto. El hijo: ¿completud imaginaria?; tal vez sí, para algunos, pero para otros también lo no deseado y, con ello, lo no valorado y/o también lo no nombrable por no haber un lugar para él; pero también puede ser -de ocupar lugares y funciones distintas a las de hijo- lo multinombrable. Pudiera ser que, dicho en otra forma, siempre hay algo que no se alcanza ni a aprehender ni a comprender del todo. Tal vez ese algo sea lo que se asocia con el secreto y con el misterio mayormente de dos y en dos momentos opuestos y encontrados: el del nacimiento y el de la muerte; momentos que se corporeizan, por así decirlo, en el hijo. Pero bien sabemos por otra parte, que puede no ocurrir esto. En fin; hasta aquí mis palabras de mujer como diría Leclair -y como ya ahora estoy diciendo yo misma. Ahora iremos por la definición desde la Lengua.

"Hijo, hija", dice el Diccionario del que tantas veces he echado y seguiré echando mano, el de la Real Academia, es la "persona o animal respecto de su padre o de su madre" (6). Ahora bien, podríamos decir que, a grandes rasgos, hay hijos deseados, otros añorados, y otros más, rechazados. Recurriremos a expresiones del lenguaje común para apoyar esta denominación tentativa. Y bien, empezaremos por ese dicho que dice que "todos somos hijos de Adán y Eva, sino que nos diferencia la seda". De allí que nos encontremos con hijos de diferentes orígenes, más que textiles, textuales: así que los hay, nos dicen, quienes siendo "sangre de mi sangre", "carne de mi carne", no son pues "cualquier hijo de vecino". Hay asimismo, hijos "de Dios", "del diablo", y hasta "de la chingada". También se dice que hay el hijo "espurio", incluso los hay de "su padre o de su madre", o bien sin esta última... Hay, pues, de todo en la viña familiar. Pero, en el caso del aborto, ¿podemos hablar de hijos propiamente? Parece claro que no, pero trataremos de averiguar más sobre esto después. Vayamos primero ahora con el niño nacido; el hijo de sus padres.

El recién nacido para tornarse en sujeto, se constituye humano a través del lenguaje, lo hemos visto, y será aquí, a este orden simbólico y estructurante adonde el niño vendrá a insertarse... ¿Cómo leer esto? Antaño, dicen, en tiempos de Sófocles o antes, los sinos lefan el destino pre-

destinado de los sujetos y este destino venía de los dioses a los hombres -súbditos de aquéllos, desconocedores de su de signio que sólo el tiempo y la experiencia -actos, acciones, relaciones con otros y consigo- revelaban el desconocimiento para tomarlo luego en reconocimiento. Esa fue una lectura. Y actualmente, ¿cómo puede o podría leerse? Se dice que la estructura cultural simbólica (política-económica) es el equivalente de los dioses. Y que la cultura, como señala Hornstein, "es un fenómeno enteramente simbólico y se puede definir por un conjunto complejo de representaciones organizadas por un código de relaciones y valores que impregna al hombre y dirige su comportamiento" (12; p. 197). Hijo, así, es símbolo valorado por el código. Pero esto es sólo una forma de comprender o de leer el texto. Hay muchas más, sin duda. Veamos si no, otro ejemplo. Se afirma -Melanie Klein lo hace- que el bebé es aquel que nace con dos instintos, el de vida y el de muerte y que la acción interna de este último produce el temor al aniquilamiento, causa primaria de la ansiedad persecutoria. En fin, que la vida emocional del be bé está vinculada a sus ansiedades, a sus defensas y a las relaciones que ese hijo tiene con aquéllos, sus padres. Que en el yo hay una falta de cohesión, que el niño introyecta, proyecta y reintroyecta sus propias ansiedades y que teme retaliativamente ser respondido. Que en esta fase temprana, la escisión, la negación y la omnipotencia desempeñan un papel similar al que cumple la represión en una época poste-

rior del desarrollo del yo. Que en estados de frustración o de ansiedad incrementada, el niño se ve obligado a huir hacia su objeto interno idealizado como medio de escapar de los perseguidores y que con esto, el yo puede sentirse del todo subordinado y dependiente del objeto interno. Que la fuga producirá más escisión en el yo, con una batalla entre las partes que intentan unirse al objeto ideal y las otras, que luchan por hacerle frente a los perseguidores internos. El resultado, se afirma, es un intenso sentimiento de desintegración que sólo la gratificación y la presencia de un objeto bueno -a través de un reverie- permitirán una superación de esos estados esquizoparanoides. Esto y más apunta Melanie Klein en El primer año de vida del bebé. Niño-hijo, pues, es un ser con ansiedades y con vínculos que lo irán constituyendo intrapsíquicamente -desde esta mirada.

También se dice, lo hace Helen Deutsch, que en el embarazo el hijo es representante de la "hipervaloración que en otro tiempo (la mujer) aplicó a su padre y (que el hijo) posee también todas las virtudes de que su padre carecía" (5). Que el hijo "como materialización de su yo ideal anteriormente desarrollado" por la actual madre es, pues, cúmulo de virtudes. Pero también, "a la ilusión de que el niño esperado estará dotado de todas las virtudes y talentos se opone la idea dolorosa de que será un monstruo, un idiota, un inválido" (Idem; p. 146)... "Es difícil decir -prosigue la

Dra. Deutsch- cuál es el motivo más constante de todos estos temores -sentimientos de culpa, perturbaciones masoquistas de los goces esperados, influencias de los antiguos deseos incestuosos. El análisis psicológico descubre todos estos determinantes. Los temores son siempre conscientes, y fácilmente son comunicados a otras personas. En cambio las ideas extravagantes no son divulgadas, y tan sólo en los casos de psicosis del embarazo suele oírse decir: "Un salvador se halla dentro de mi cuerpo." (Idem; p. 147).

En fin... Hijo promesa, decía Freud; hijo de la deuda simbólica, siguió diciendo Lacan; hijo nacido que como "todo ser humano está marcado por la relación real que tiene con su padre y su madre, por el a priori simbólico que hereda en el momento de su nacimiento, aún antes de abrir los ojos" (20; pp. 28 y 29). Hijo con y de un árbol genealógico; estirpe, que de cualquier manera en que se presente, "los padres necesitan asumir a los hijos" (Idem; p. 109). Y si no, su destino estará forcluido: como hijo y como ser deseante. "Los símbolos envuelven en efecto la vida del hombre con una red tan total, que reúne antes de que él venga al mundo aquellos que van a engendrarlo "por el hueso y por la carne", que aportan a su nacimiento con los dones de los astros, si no con los dones de las hadas, el dibujo de su destino, que dan las palabras que lo harían fiel o infiel, la ley de los actos que lo seguirán incluso hasta donde no es todavía y

Dra. Deutsch- cuál es el motivo más constante de todos estos temores -sentimientos de culpa, perturbaciones masoquistas de los goces esperados, influencias de los antiguos deseos incestuosos. El análisis psicológico descubre todos estos determinantes. Los temores son siempre conscientes, y fácilmente son comunicados a otras personas. En cambio las ideas extravagantes no son divulgadas, y tan sólo en los casos de psicosis del embarazo suele oírse decir: 'Un salvador se halla dentro de mi cuerpo.' (Idem; p. 147).

En fin... Hijo promesa, decía Freud; hijo de la deuda simbólica, siguió diciendo Lacan; hijo nacido que como "todo ser humano está marcado por la relación real que tiene con su padre y su madre, por el a priori simbólico que hereda en el momento de su nacimiento, aún antes de abrir los ojos" (20; pp. 28 y 29). Hijo con y de un árbol genealógico; estirpe, que de cualquier manera en que se presente, "los padres necesitan asumir a los hijos" (Idem, p. 109). Y si no, su destino estará forcluido: como hijo y como ser deseante. "Los símbolos envuelven en efecto la vida del hombre con una red tan total, que reúne antes de que él venga al mundo aquellos que van a engendrarlo "por el hueso y por la carne", que aportan a su nacimiento con los dones de los astros, si no con los dones de las hadas, el dibujo de su destino, que dan las palabras que lo harían fiel o infiel, la ley de los actos que lo seguirán incluso hasta donde no es todavía y

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

más allá de su misma muerte" (14, Función y campo de la palabra)... Y palabras van y palabras vienen, de padres a hijos, de hijos a otros hijos más. Y desde la teoría, se trata de conceptualizar las más palabras posibles en un concepto que -no estático- intente dar cuenta del sujeto eslabón y cadena, especie e individuo. El hijo: estirpe, doble existencia del sujeto: Yo análogo a otro yo, narcisismo perdido y revivido; ideal o incluso monstruo. Todo esto se dice desde la teoría sobre el hijo dado a luz y a la cultura.

Estas son pues algunas formas de conceptualizar al hijo vivo y existente. Pero sabemos que también se llega a hablar del no vivo. Y así, en el otro polo, en cuanto al hijo añorado, muerto, se dice, desde la literatura de Pirandello, por ejemplo (en la boca de la madre); se dice que: "La vida que le he dado yo (al referirse al hijo recién muerto), sí, siempre. ¡Esa no puede acabársele mientras la vida me dure a mí... Mientras yo viva, mi hijo debe vivir aquí, con toda mi vida, que es suya, y nadie puede quitársela" (24, La vida que te doy, obra de teatro)... El hijo es entonces ¿lo que yo, padre, yo madre, le de en mi mente?; es ¿propiedad privada pero no de una persona determinada, sino, en última instancia, de los fantasmas, propios y ajenos y, por tanto de nosotros? ¿Es derecho de vida, de muerte?; ¿de quién? ¿Hijo de la especie para la cultura?, ¿para el narcisismo revivido de los padres?

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

Se dice también (de todo hay en la viña familiar, ya dijimos), lo dice Fages en Para comprender a Lacan, que "el niño, al principio, no desea sólomente ser acariciado, amantado, cuidado por la madre. Desea ser su todo o más exactamente su complemento; desea ocupar el lugar de lo que a la madre le falta: el falo. Se vuelve, por así decirlo, deseo del deseo de su madre" (7; p. 15). Se podría decir que estamos aún en el orden imaginario y dentro de una relación dual narcisista, de indistinción y de alienación; que ya vendrá el padre y con él el corte y que: "la relación del chico a la madre jamás es absoluta -en más de un sentido- ni tal vez tampoco es primera... Lo que hay que pensar es la relación primaria del chico a la madre en el interior del triángulo edípico"... y (pasando así del dos de la relación especular primaria, al tres de la simbólica), se comprenderá cómo el sujeto es efecto del significante y cómo está constituido por el discurso. Y -seguirá diciéndolo Masotta- "el postulado que engloba todos los teoremas del álgebra lacaniana afirma que el pasaje del dos al tres (o a un tres que incluye al dos) arrastra un cambio de registros: el abandono del registro de lo imaginario por el registro de lo simbólico" (21; p. 27).

Pero es que -y también es parte de lo que se dice- el sujeto "infans", no dispone del lenguaje (así habla A. R. Lemaire), "y no está, pues, establecido en el circuito lin-

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

guístico del intercambio más que al ser nombrado en el diálogo de sus padres y al recibir un nombre. Por ser nombrado en el diálogo padre-madre se convierte de cero en 'él', pero también por ser designado como 'hijo', 'Juan', por una palabra del padre" (27; p. 119).

Y con otra perspectiva y por consiguiente también dicho de manera bastante diferente, Helen Deutsch decía que "si la relación positiva con el hijo como una realidad futura satisface la vida afectiva de la mujer, los procesos fisiológicos pierden su anormal carga psíquica" (expulsión-retención): "las heces ya no representan al niño, la repugnancia que conduce al vómito se reduce a las náuseas matinales orgánicamente determinadas de los primeros meses, etc.... Pero si las ideas opuestas infantiles son muy fuertes, o si las esperanzas para el futuro son perturbadas por la relación negativa de la mujer hacia su maternidad, el proceso fisiológico pierde la adecuada moderación" (5; p. 133). El hijo, pues, puede ser orgullo de logro, o resultado de "estabilizar" un matrimonio; bienestar o no; proyecto que se ajusta a la realidad; tantas cosas...

Pero, ¿qué ocurre si los pre-padres, el hombre y la mujer, esto es, una pareja, no desean llegar a ser padres? ¿Qué ocurre?; si el padre, quien "representa y soporta una legitimidad de la ley", pero que por tanto no es la Ley ya que "ningún hombre puede sostener por sí mismo el peso del

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

símbolo mayor, los emblemas de la ley", como dice Masotta (21; p. 51), que, ¿si no desea ser padre? ¿Qué ocurre si la mujer a quien un hombre preñó y a quien escogió como objeto de su recíproco deseo, no desea ella, y/o ambos no desean a ese pre-hijo que nunca verá la luz, ni hablará ni nombrará deseo alguno, ni será jamás sujeto eclipsado o tachado, ni "hijo de la fortuna" (Edipo) ni hijo, punto? Por una parte, ¿por qué seguir llamándolo, diciéndole, nombrándolo hijo-hija, si no es, ni está, respecto de los que nunca llegarán a ser padre ni madre de ese "pre-hijo"? ¿Es cuestión de un problema moral? Eso no es, ni llegará a ser; posiblemente sea sólo símbolo-ausencia para otros, no para sí y por tanto definitivamente no será: ni sujeto, ni hijo. Y por otra parte, "el derecho de vida y muerte" como está puesto en la Historia de la sexualidad (dicha, transmitida y explicada por M. Foucault), este "derecho", ya no es un privilegio absoluto; está condicionado por la defensa del soberano y su propia sobrevivencia". ¿Acaso son los padres soberanos y es clavos de sí y de los otros y su "derecho" de dar a luz se oscurece por un inconsciente dicho por "otros, por nosotros y por quién sabe qué otras voces? Al fin de cuentas, ¿a cuál voz oír, a la del inconsciente o a la consciente? Al final, un aborto provocado es un acto consciente y decidido que no nombra a un hijo porque justamente ha decidido no nacerlo la pareja.

Sólo la historia individual de cada pre-padre y de cada pre-madre puede decir algo sobre el producto abortado. Y yo, acaso sólo intento decir -después de estos rodeos- que, si bien "hijo puede ser un concepto -desde la teoría-, el producto abortado no es igual al concepto hijo. Por ello, pienso que cuando más, podría sólo hablarse de pre-hijo. Resulta evidente pues, como Helen Deutsch afirmaba, que "un embarazo sano no siempre es prueba de tendencia maternal" (5). Y ¿entonces?, ¿podremos realmente generalizar sobre lo que es un hijo? Parece a todas vistas que el hijo puede representar para los padres historias múltiples dependiendo de la historia previa de ellos, dependiente asimismo del momento específico en que se presente el embarazo. Para decirlo de otra manera, puesto que existen las transformaciones y los desplazamientos, habría que saber el significado, o los significados que tienen el embarazo, el aborto y el hijo para los integrantes de una pareja. De allí que uno se pregunte, una y otra vez, qué puede representar -pero exclusivamente para los pre-padres- un pre-hijo que no llega a ser nacido y por tanto sólo pre-hijo; qué les produce a ellos en particular. Porque la teoría, por su parte, puede enfocar y privilegiar distintamente. Pero para la pareja decidida a abortar, ¿de qué se trata?: ¿de narcisismo no revivido o representado?; ¿de completud no buscada por medio del hijo-falo?; ¿del fruto del incesto -y la consiguiente culpa- que se lo

expulsa?; ¿de la identificación de muerte con el feto y, entonces, que él muera y no yo?; ¿del rechazo a repetir y reproducir la procreación y así interrumpir la cadena generacional?; ¿robo a la madre?; ¿persecutor expulsado?; ¿regalo que se trueca por alguno otro diferente del hijo? Es probable que pueda tratarse de alguna o algunas de estas alternativas (o incluso de algunas otras). Pero finalmente, el pre-hijo al no llegar a ser ni a tener ni imagen, ni simbolización propia, tal vez sí sea signo, mas no generalizable.

Sabemos asimismo que para algunos otros el tener un hijo no va con su proyecto de vida, y entonces hijo no sería ni concepto, ni proyecto, ni proyección de sus ideales. ¿Por qué entonces hablar de hijo?

En cuanto a la situación más particular del hombre en torno a la reproducción y a los hijos, de nuevo introduzco a Helen Deutsch para ver cómo entiende ella esta situación. Señala ella que: "el impulso a la reproducción como una fuerza filogenéticamente determinada, se agota en el hombre con la secreción de esperma y la descarga sexual. En cuanto a su papel ontogenético como padre -protector de la vida de sus descendientes- se distribuye en el curso de la filogénesis hacia diversos objetivos fuera de la reproducción: ha aprendido a dirigir su impulso para engendrar objetivos indirectos" (5; p. 167) (el subrayado es mío). El hombre aprende pues, aprende tanto sobre su rol, como sobre las

expectativas que se espera tenga (análogamente como la mujer aprende también sobre su papel). Y más adelante continúa diciendo la Dra. Deutsch que, "renunciar al hijo significa mucho menos para el hombre que para la mujer..., aun cuando hay mitos de renacimiento del padre en el hijo, del abuelo en el nieto, etc." (Idem, p. 168). Por tanto, si bien la sociedad nos enseña pautas a seguir, sabemos que podemos cambiarlas y aprender distinto. Y si bien sabemos que, al menos conscientemente, la opción de dar vida o no -y con ello el de tener un hijo o no tenerlo- es una elección, este conocimiento de suyo nos remite a contestar la pregunta "¿quiere una mujer?" en el renglón sobre la maternidad o la no maternidad. Ella, la mujer, responderá y lo hará consecuentemente a partir de su decisión tomada. Por su parte y respecto a la paternidad, lo mismo habrá de ocurrirle al hombre... ¿Será entonces el aborto una cuestión más de mujeres que de hombres? Es cierto que éste, ocurre exclusivamente en el cuerpo de la mujer, pero pienso que habría que diferenciar entre el esquema corporal que la mujer pueda tener de sí misma, y el de la función de reproducir a la especie; diferente también de la función de erogenizar al hijo. En cuanto al hombre, parece ser que solamente si llega a ser padre, su función de portar el código verbal habrá de otorgarle el reconocimiento posterior del hijo, hasta que la madre le haya enseñado al infante a hablar y le haya señalado a su padre. Después de meses enteros, el padre escuchará al hijo

llamarlo: "padre" -quizá sólo a media lengua. De cualquier forma, con hijo, o sin él, en el cuerpo del hombre no ocurre cambio alguno, de allí que el pre-hijo sólo sea idea, abstracción, posible proyecto, y no más que eso. En principio, parece pues, que el cuerpo hace diferente en la mujer y en el hombre, y que con ello (y debido a ello), sientan también distinto la una del otro. Así es que se comprende la distancia y la diferencia que puede haber entre lo que ocurre en el propio cuerpo de la mujer, y lo que éste cuerpo pueda decirle al otro cuerpo, al del hombre, sobre el aborto (incluso podrá haber diferencias en lo que la mujer misma pueda decirse en tiempos distintos a sí misma). Los lenguajes son pues diferentes, son sexuados, distintamente y por ello hablan y dicen y hacen percibir diversamente.

En cuanto a la estructura familiar, si el padre es el que protege la vida de sus descendientes y los norma (o bien el que no lo hace); si madre, la que da a luz un descendiente y luego lo cuida, erogeniza y permite que el padre haga un corte de separación entre ella y el producto de ambos (o bien no lo permite); si hijo es el resultado primero fisiológico y luego cultural de unos padres; si la familia es una estructura y una formación constituida por padre, madre e hijo (independientemente de la manera específica en que se la conceptualice y/o se la cuestione), insisto una vez más, "por qué llamar y pensar asimismo a los que no llegan a formar tal estructura trian

gular? En cuanto a que si el aborto tiene o no efectos sobre el hombre y la mujer de una pareja, eso es otra cuestión, tal vez más de representaciones que de lugares edípicos; estos, en definitiva, no llegan a formarse y reformularse de nuevo.

Por otra parte, si el sujeto humano es aquel que en un momento dado está cautivado por la imagen de su Yo en el espejo, y al mismo tiempo es también aquel que está en el intercambio lingüístico de sus padres, quienes hablan de él y lo nombran, ¿no resulta realmente un sin sentido hablar y pensar en sujeto-hijo con el aborto?

Ni nace ni llora ni lleva nombre alguno, ni se mira ni lo miran; tampoco llega a tener Yo alguno ni a pronunciarlo; ¿por qué o cómo entonces hablar de filicidio en el aborto? Posiblemente en términos tanáticos pudiera hablarse de dar muerte al proyecto de tener un hijo, o bien de no darle vigencia y vida a ese proyecto, pero eso solamente. En dado caso, sólo podría hablarse de hijo en sentido figurado, y hasta donde yo sé, los fantasmas son eso solamente; fantasmas que si "hablan", sólo lo hacen si ya han vivido previamente (bien lo entendió Hamlet y/o Shakespeare).

Caso diferente es "hablarles" o "escribirles" a los hijos que no se han tenido, como lo es también, el matar a los padres que no se ocuparon de reconocer al hijo como propio y no todos los que han corrido con tal destino llevan por nombre "Edipo". El caso, vuelvo al inicio, es que si bien en

la viña familiar hay de todo, ¿por qué llamar padres e hijos a los que no lo son ni estando despiertos ni dormidos?

NOTA: En cuanto a la adopción, pienso que ésta hace las veces de consanguineidad.

VIII. EL ABORTO

"En mi opinión, toda mujer tiene el derecho de lograr la maternidad y de renunciar a la maternidad, y toda mujer normal parece hacer uso de ese derecho emocionalmente, sea o no legal".

Helen Deutsch
Psicología de la mujer

Empezaré directamente este capítulo con el auxilio del Diccionario de la Lengua Española, partiendo de la definición que allí aparece sobre "abortar": "parir antes de tiempo en que el feto puede vivir./Producir o echar de sí alguna cosa sumamente imperfecta, extraordinaria, monstruosa o abominable./ Fracasarse, malograrse alguna cosa o proyecto". Aparecen otras acepciones más pero hasta aquí la cita, recurriendo ahora a otro diccionario, el Salvat, que añade algo más a lo ya definido. Abortar, señala, viene del latín "abortare" y significa "parir antes del tiempo en que el feto pueda vivir fuera de la madre". (6) Y hasta aquí con esta segunda definición, tal vez protectora del hijo y que en dado caso, incluye más de carne y hueso, por así decirlo, a la madre.

A través de estas definiciones que de sexo o de sexualidad nada incluyen (¿se sobreentienden?), podríamos

aprehender a la madre como la productora y también como la prestadora (¿depósito, albacea y matriz?) de un producto que requiere de determinado tiempo físico, entre otras condiciones, para poder sobrevivir; que requiere además mucho más tiempo para ser y para identificarse como humano con un determinado sexo (pero esta es otra cuestión, referida a la identificación y que reseñamos ya aquí previamente). Así que ahora veamos un poco más sobre el tiempo del feto: bien sabemos que éste requiere de un lapso de varios meses dentro de la matriz para poder vivir después fuera de la madre. Pero de no ser así, nada habrá para su posible destino, malográndose o fracasando en la empresa de vivir. Y con esto, tan breve como este pensamiento, acabaría su historia que de hecho no llegaría a ser, situación específica que justamente así acontece con el aborto.

Pero, ¿qué es el aborto o cómo se lo puede entender en una sociedad como la nuestra, en donde la sobrepoblación es un fenómeno común y cotidiano, en donde la tasa de población ocupa uno de los primeros lugares a nivel mundial, con un incremento anual de casi 3.5 por ciento? ¿Qué es el aborto aquí en México en donde es utilizado por muchas personas como método anticonceptivo -con 1.5 o 2 millones de abortos registrados anualmente? Y Además, ¿qué resulta ser aquí visto desde la ley? En México, la legislación de 1931 con vigencia hasta la fecha, medio siglo después, señala en su ar-

título 329 que: "Aborto es la muerte del producto de la concepción en cualquier momento de la preñez". Tanto la mujer que aborte como el abortero, serán castigados con el rigor de la ley. El tono es contundente y acusatorio: muerte en cualquier momento de la preñez y castigo a los involucrados al respecto. Ciertamente que esta definición incluye ya a la sexualidad (llamándola concepción), a diferencia de lo que vemos con los diccionarios de la lengua; cierto también -así lo podríamos pensar- que incluye la protección del feto en cualquier momento de su gestación, lo cual no deja de ser interesante, ya que legalmente, el feto tiene destinado un lugar "simbólico" desde antes de nacer dentro de la Constitución Mexicana. Pero el padre, procreador y para nuestros propósitos también abortador, ¿dónde aparece? En el Código Civil Mexicano no aparece, se le desconoce y solamente se lo viene a reconocer cuando asume su rol de paterfamilias, momento en el que él a su vez reconocerá (o no) a su descendencia. Su "ausencia" legalmente, no deja de llamar la atención, especialmente si recordamos cómo desde la teoría psicoanalítica -como hemos visto- él es el mediador y el portador de la cultura, la representa, pero requiere indispensablemente para poder ejercer su función paterna, de la mujer, de la madre. Sólo así puede cobrar vigencia y sentido su función, misma que surge y se inserta en los tres tiempos del Edipo lacaniano (como rival, prohibidor y promesa para el hijo con

sus propios deseos). Pero el padre no es omnipotente en sí mismo, no es el falo; es sí portador de una función que lo trasciende. Consecuentemente, sólo a través de la mutua asunción de los respectivos roles de padre y de madre, el niño podrá nombrar su deseo, el falo, y quedar entonces posibilitado para obtener su individualidad. Juego todo esto de metáforas o de sustituciones, en donde el falo es el objeto de la carencia en ser -reprimido para siempre-, pero también objeto del deseo, y por ello, falta y fuente. Esto parece pues implicar que el hombre tiene una función paternal, más no pre-paternal. Posiblemente de allí su omisión en el aborto.

Todo eso y más -o menos- es la función del padre entendido desde la teoría lacaniana. Sabemos que el hombre, el pre-padre, corporalmente, no puede estar de carne y hueso ni en el embarazo, ni en el aborto. Afectivamente, en cambio, estará o no, y de estar, su presencia será significativa para el buen desarrollo del embarazo en la mujer. En cuanto a su acción, ésta lo fue corporal por un momento, en los instantes del coito y del goce. Su presencia volverá a corporeizarse -por así decirlo- hasta después de meses enteros y sólo si llega a haber un hijo: entonces él ejercerá su función paterna. Y no es que durante todo ese tiempo haya desaparecido; simbólica y afectivamente siempre habrá estado allí, pero corporalmente, su ausencia ha estado presente, co

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

mo entre bambalinas, fuera de la escena corporal (en relación a la gestación misma del producto)... Con todo, en el Código Civil nuestro, no está el hombre como pre-padre. Esto nos permite ver cómo la ley pretende excluirlo, a él, que en cierta forma viene a representar, por una parte a la propia ley, y por la otra, al complemento necesario para que el feto se geste, y desde luego, para que éste desaparezca (no tanto en lo real, como en lo imaginario de la pareja). La omisión lo "protege" legalmente por consiguiente.

Pero... no desanimarse, las cosas cambian: las mujeres y los hombres, a fines de 1979, presentaron a la Cámara de Diputados un proyecto de ley con el propósito no sólo de legalizar el aborto en México, sino además, de hacerlo abierto para cualquier mujer que así lo solicite, despenalizando lo obviamente, y lo que es más, haciendo de él un servicio gratuito de salud pública. Podiéramos sospechar, pero sólo en apariencia, que esto no tiene que ver con el aborto desde un punto de vista psicoanalítico. Pero si pensamos que en el Yo siempre están "otros", que el proceso de identificación se va construyendo a partir de los ideales -primero de los padres y después de los educadores, de los gobernantes y en último término, de la opinión pública-, entonces, todas estas gestiones legales, toda esta movilización (o el intento de ello), irán imprimiendo huellas en el individuo primero y luego en la sociedad. Desconocemos los resultados futu

ros, pero seguramente las cosas sí cambian, lo hemos visto y podremos también intentar hacerlo. Cómo cambiarán no lo sabemos y sólo con el paso del tiempo podrá responderse y saberse.

Por de pronto, quisiera anotar ahora algo de mi experiencia pasada, con el fin de tratar de articularla con el momento presente. Releyendo el texto de mi tesis anterior de Licenciatura, he podido observar, o he entrevisto, que en general, autores allí citados como son Helen Deutsch, Marie Langer, Rascovsky, F. F. Reichmann y Julio Aray, psicoanalistas todos ellos y posiblemente también todos ellos seguidores o simpatizadores de la corriente kleiniana, mayormente refieren el aborto o como un trauma y un proceso castrante (como un duelo con culpas, con identificaciones proyectivas cargadas de destrucción); o bien como un acto filicida, cuyos orígenes -ya sea una cosa o la(s) otra(s)- proceden de las primeras relaciones objetales. Relaciones mayormente conflictivas, dicen, del hijo o de la hija con sus padres que vienen a revivirse o a presentarse de nuevo con y a través del aborto. Para lograr pues este propósito de articulación del que hablaba, transcribiré aquí algunas de las citas de antes sobre estos autores, empezando con una de Frida Fromm Reichmann, quien afirma lo siguiente: "He visto abortar", dice, "a pacientes sin ninguna razón física y la labor psicoanalítica reveló que era motivado porque la maternidad

les parecía intolerable debido al intenso odio, no reconocido, de la embarazada por su propia madre" (10, Principios de terapia intensiva; p. 228).

Por su parte, M. Langer en Maternidad y sexo, dice que "la mujer embarazada que teme ser destruida por el feto, experimenta a menudo el embarazo como una trampa peligrosa tendida por su madre y el mismo embarazo se convierte también en castigo" (15; p. 186). Asimismo, el embarazo aparece como un robo a la madre, robo de los contenidos valiosos de ésta. De allí que el feto sea vivido después (con esta misma perspectiva) como algo peligroso y por ello hay que eliminarlo, "dice por tanto el inconsciente en tales casos" (5; p. 140). Y "si predominan tendencias de expulsión, puede producirse el aborto" (Idem; p. 128).

En cuanto a Julio Aray y de acuerdo con su práctica clínica, él concluye que: "en la génesis del aborto encontramos: a) un trastorno derivado de la acción de objetos internos e internalizados (básicamente la pareja de los padres) que lleva a la búsqueda de relaciones objetales externas que concluyen con embarazos complicados; b) trastornos sufridos con la identificación con estos objetos que podríamos denominar 'pareja parental filicida'; c) trastornos que aparecen en la relación con el feto, derivados de ideas inconscientes surgidas en la temprana infancia sobre lo que es un embarazo, situación toda que sin duda influye en la mujer, en su pare-

ja y en su mundo objetal y conductual en general" (2; pp. 261 y 262). En otro párrafo, el mismo Aray afirma que el aborto es producto de una identificación tanática "que concluye en una muerte parcial o en un suicidio parcial: en aborto" (Idem, p. 186). En resumen, lo que para Aray es el aborto es muerte: para la mujer misma y filicidio; luego entonces doble muerte.

Entendido al aborto como trauma, H. Deutsch señala que "a pesar de la oposición consciente, tales preñeces cumplen, de todos modos, antiguos deseos; son avanzadas de la maternidad como las hemos llamado, y por esta razón, su interrupción debe constituir un trauma cualquiera sea la realidad... Así el cuadro psicológico se complica; se interrumpe un antiguo cumplimiento de deseo, el trauma de la concepción es tan sólo aparentemente reparado por el aborto, pero de hecho es complicado por un nuevo trauma" (5; p. 175). Esta misma idea de que el aborto es un trauma, también es sostenida por Aray y por Marie Langer, dicho con palabras más o menos diferentes, pero en dado caso, con esa misma visión. J. Aray, sostiene que el aborto "es un trauma para la personalidad total" y que es sentido "como un verdadero ataque en todos los niveles de evolución psicosexual: uretral, anal, oral y fetal. Esto genera a su vez angustias persecutorias y confusionales que parten de dichos niveles, y que se suman a las específicamente genitales" (2; p. 279).

Tanto para Aray como para A. Rascovsky, los mecanismos de defensa que se pueden presentar en la mujer y también en el hombre, durante o después del aborto, son defensas de tipo maniaco. Ambos autores aseveran que la negación, la idealización, el sentimiento de omnipotencia, el desplazamiento y la escisión, son las formas que más se presentan, siendo predominante la negación. Rascovsky interpreta contundentemente, que la negación, "constituye un aspecto sobresaliente en nuestra cultura filicida" (28; p. 143). Al mismo respecto, Aray señala enfáticamente que "es la expresión más frecuente de la castración femenina". A. Rascovsky también asegura que "el aborto tiene un evidente significado castratorio, al haber una destrucción de la integración genital objetivando las fantasías en términos de vaciamiento y destrucción del interior del cuerpo de la mujer" (Idem, p. 146). El mismo autor refiere que este daño y su magnitud permanecen relegados en el inconsciente. Pero, ¿es válida tal generalización?

Por otra parte, en cuanto al duelo que supuestamente conlleva el aborto, Helen Deutsch piensa que la falta de elaboración posterior de éste, puede producir diversos trastornos en la pareja, y que al no ser elaborada toda la situación posterior al aborto, puede quedar enquistada, y siendo maniacamente negada, removerá duelos previos que podrán ocasionar, para decirlo en una palabra, una conducta abortiva.

La misma Dra. Deutsch nos dice que: "la relación de pareja, si antes del aborto era armoniosa, puede sufrir perturbaciones por culpas de haber destruido al feto; una sensación de vacío, de autodevaluación, de humillación, de lamentaciones, sentimientos de inferioridad y finalmente, de una buena dosis de venganza reprimida hacia la pareja" (5, pp. 177 y 178).

Por lo pronto, hasta aquí de estas citas tomadas de la tesis previa que más adelante retomaré. ¿Qué decir de todas las citas tomadas de estos diversos autores? En términos generales, podría decir que se puede ver en ellas una fuerte tendencia hacia la generalización, pero más que a eso, mi objeción se centra en la idea -así lo percibo- de valorar privilegiadamente a la paternidad parental como antiguo deseo de cumplir. Pero, ¿y si el deseo de la pareja actual es otro? Ahora y a continuación, seguiré con otras citas más recientes para mí y con ellas, regreso al tema de la mujer y de la sexualidad. Y hago una pausa.

Sabemos a "ciencia cierta" de la interrelación del aborto con el sexo, y en este sentido, resulta interesante correlacionarlo con el discurso.* Michel Foucault, en su Historia de la sexualidad, analizando cómo el sexo es puesto en el discurso, señala cáusticamente y en interrogantes sobre la puesta en discurso del sexo. Dice nuestro autor:

*Recordemos que según S. Leclaire el sexo es "un modo de entrar en el discurso", y que "la determinación sexual es un hecho de discurso". Por esto, "no hay discurso asexual" (18, pp. 37 y 38).

"¿acaso la puesta en discurso del sexo no está dirigida a la tarea de expulsar de la realidad las formas de sexualidad no sometidas a la economía estricta de la reproducción: decir no a las actividades infecundas, proscribir los placeres vecinos, reducir o excluir las prácticas que no tienen la generación como fin?" (8; p. 48) (el subrayado es mío).

Desde este ángulo de captación, la "prima de placer" sin fruto, no es ni aceptada ni aceptable socialmente; pero sí aseguramiento, como dice el mismo Foucault, de "montar una sexualidad económicamente útil y políticamente conservadora" (Idem; p. 49). Me parece conveniente citar a M. Foucault más extensamente, porque resulta un punto de vista radical y cargado de sugerencias (además de lo lindo que personalmente me resulta el observar cómo inicia series de preguntas que no cierra). "Toda esa atención charlatana con la que hacemos ruido en torno a la sexualidad desde hace dos o tres siglos, ¿no está dirigida a una preocupación elemental: asegurar la población, reproducir la fuerza de trabajo, mantener la forma de las relaciones sociales, en síntesis: montar una sexualidad económicamente útil y políticamente conservadora? Yo todavía no se si tal es, finalmente, el objetivo" (Idem; pp. 48 y 49). (Yo tampoco, pero lo subrayado es mío).

Por otra parte, tengo la sospecha de que el peso o la ligereza que pueda representar para los sujetos un aborto,

creo que se correlaciona con lo que se espera de una pareja y pareciera que con esto, la situación es distinta para el hombre y para la mujer. Y es que como viéramos antes, con el aborto el cuerpo de la mujer es el que recibe y produce cambios; la mujer es pues quien en cuerpo propio se somete o es sometida a una intervención quirúrgica para no tener un hijo. La mujer, sujeto, individuo, vive en una sociedad masculina que norma conductas, expectativas, roles y prohibiciones. Entre los individuos y la sociedad hay un nexo, y como señala Hornstein, estos no implican una antinomia, sino que un individuo-sociedad "son términos de recíproca y necesaria complementariedad que se definen justamente por su relación mutua" (12; p. 17). La mujer, individuo de una determinada sociedad, es embarazada por un hombre en un determinado momento; y él a su vez también es un individuo de esa misma sociedad y es quien embaraza a la mujer que lo "acepta". El coito previo se realizó entre dos cuerpos, pero sólo en uno de ellos es en donde se lleva a cabo la gestación. Esto, sin duda, acontece a niveles biológicos, y la anatomía marca las diferencias, las enmarca. Pero ¿y la ideología?, ¿cómo traduce, interpreta y marca a esos dos individuos?

Recurriendo al texto de Hornstein vemos cómo él explica y define este concepto y encontramos que dice que las ideologías, "son formaciones complejas de representaciones y comportamientos que gobiernan las actitudes de los hombres

en su relación con la existencia social e impregnando todas sus actividades. No son combinaciones caprichosas sino sistemas con una lógica propia que influyen en el proceso histórico al estar ancladas en los intereses de las distintas clases sociales. Los sistemas ideológicos incluyen las ideas políticas, morales, económicas, religiosas, estéticas, filosóficas, profesionales de los hombres y ofrecen una coherencia imaginaria a la representación del mundo de cada individuo. Estas representaciones de la realidad trascienden las formas individuales al tener leyes constitutivas simbólicas que asignan a cada sujeto su lugar, convirtiendo a los sujetos en sujetados por determinaciones estructurales inconscientes. Las ideologías constituyen códigos interiorizados desde los cuales se fundamenta la aprehensión del mundo y tienen todas las percepciones de un individuo" (Idem; pp. 22 y 23) (lo subrayado es mío). Un poco más adelante señala el mismo Hornstein con gran precisión que "la reproducción del sistema capitalista requiere que los distintos agentes del proceso de producción se sometan al orden establecido ligándose al rol que deben desempeñar en la sociedad. La reproducción de una formación social se hace en la superestructura y se logra por una impregnación ideológica que hace que el individuo viva como del orden natural su condición y ocupe los puestos que la división técnica-social del trabajo le ha asignado" (Idem; pp. 23 y 24) (de nuevo, lo subrayado es mío).

Pero pudiera pensarse que qué obteto tiene mencionar aquí y ahora a la ideología. Nada menos ni nada más: el de señalar que a través de los aparatos ideológicos del estado "y desde las prácticas concretas en que un individuo se inscribe en el proceso de producción, se determina un universo de significaciones que hacen impacto en el sujeto, que a su vez las elabora a nivel imaginario con su estructura psíquica, dando como resultado una ideología internalizada", como dice nuestro mismo autor (Idem; p. 25). Y con todo esto, vemos que para conformar una historia personal (con todo y las deformaciones), tenemos pues un procesamiento de lo ideológico a nivel subjetivo y una sujeción de todos y cada uno de los individuos para poder convertirse en sujetos de deseo; tenemos roles asignados, lugares a ocupar. Historias personales con memoria y con amnesias; historias de formaciones sociales que enmarcan a estas otras historias subjetivas. Y tenemos al final, que el conocer algo más sobre todo esto requeriría, pienso, el acudir directamente a sujetos concretos para confirmar, corregir o descartar algunos puntos, acaso ciegos y/o ideologizantes -en torno al aborto, en nuestro caso específico. Detectar diferencias o bien confluencias desde la práctica, es la interrogante a dilucidar entre unas y otras parejas, para que la teoría continúe conceptualizando e incluso cuestionando en un momento dado. Sabemos que a la práctica psicoanalítica, como a algunas otras técnicas socia

les, se le demandan respuestas desde los grupos sociales, respuestas que al darlas, no dejan de ir influenciando y hasta determinando puntos de vista "consensuales". Apareciera así una retroalimentación no visible, en donde los sujetos preguntaran sobre una determinada problemática, y un grupo de técnicos respondiera desde la teoría y desde la práctica una serie de respuestas "objetivas". Ahora bien, si la propia teoría no asume una posición de cuestionamiento y de apertura, la intervención que pueda tener sobre otras prácticas y sobre sí misma, ¿no sería entonces eco de la ideología predominante y también dominante? Entiendo que desconociendo la relación ideología-psicoanálisis, hay el riesgo de negar la influencia de lo ideológico y de pregonar (o puede hacerse) una "neutralidad" de los terapeutas "sin poner en cuestión los supuestos ideológicos que los determinan" (Idem; p. 29). Además, se obturaría a la teoría misma y a sus posibles efectos. "Únicamente mediante la fuga teórica fundada, que precisamente no sea una fuga consagrada siempre a aquello de lo que se huye, sino una fundación radical de un nuevo espacio, de una nueva problemática, que permita plantear el problema real desconocido en la estructura del reconocimiento de su posición ideológica", como cita Hornstein a Althusser, podrá pues reconocerse la estrecha relación entre los sujetos ideológicos y analíticos y no analíticos, todos sujetados, pero con acceso a la opción de someterse o no al sistema.

Baste lo anterior para marcar con la intensidad y la precisión con que lo hacen Foucault y Hornstein, el peso de lo ideológico, lo político y lo social que se filtra en esa valoración moralizadora, y en última instancia limitativa, que carga a la decisión del aborto de dimensiones que no necesariamente siempre tiene.

Este ha sido sin duda un largo preámbulo, un ir y venir, un no llegar a definir algo más específico sobre lo que "es" (o ¿debiera? ser) el aborto. Si así lo he logrado transmitir, entonces se ha cumplido mi propósito, ya que estos especies de circuitos en que me he ido metiendo, así como el no definir unívocamente, creo es acceso a un repasar y repensar, sin la pretensión de mi parte -evidentemente- de saber la respuesta, y sí con el empeño de ir indagando. Con todo, hay algo que sí podría remarcar sin dudarlo, y es el que no pienso que los aprioris sean válidos y mucho menos eficaces en una práctica como la del psicoanálisis. Si el analizando llega a saber más de sí y de su historia -y de sus vivencias conectadas en relación con el aborto en particular-, lo hará no desde el saber del otro (analista o entrevistador, según sea el caso de que se trate). Cada sujeto, dentro del espacio transferencial, alcanzará a develar sobre sí y su verdad, la historia propia que podrá significar y re significar. Reformular los problemas es posibilitar el dar nuevas respuestas, y a su vez, éstas, traer nuevas preguntas

posibles y nuevos (diferentes) pensamientos a los sujetos. De esta manera pienso que pueden irse forjando posiciones sobre quién es el sujeto, qué quiere, cómo lo quiere. Por su parte, el psicoanálisis desde su espacio y desde su campo de acción tratará de dar luz o de aclarar cómo se estructura el sujeto en y con la estructura del Edipo, cuáles son sus vicisitudes en el triángulo familiar. Esta es una de las respuestas-esclarecimientos que puede brindar, siempre y cuando no obture su propio proceso teórico-práctico y por ello, no centrándose en el poder del "conocimiento". "El psicoanalista lacaniano -dice Roustang, y sería deseable que no fuera exclusivo al lacaniano- no trata de reintegrar al analizado a la sociedad-ambiente tal y como ésta funciona. En efecto, piensa que esta sociedad funciona a partir del desconocimiento del deseo del sujeto... Quien dice adaptación dice, por desgracia, adopción a la ideología ambiente y de los principios admitidos comunmente por la medida de los ciudadanos" (Un funesto destino, 29; p. 32).

Y ahora, para simplificar, anotaremos que, en general, mayormente se habla de dos clases de abortos, los "espontáneos o naturales" y los "provocados". Pienso que naturalmente ambos son provocaciones para intentar pensarlos en otros términos no muy diferentes quizá, pero que podrían nombrarse, en vez, como abortos producidos inconsciente y conscientemente respectivamente. Pero, y si el deseo es incons-

ciente, y es deseo de otro, ¿con qué nos quedaremos?, ¿con cuál "naturalidad"? ¿Por qué entonces no mejor seguir denominándolos como se lo ha venido haciendo en el habla común? Posiblemente porque advierto que lo "natural" es que hay una tendencia a inculpar o señalar al "provocado" y con ello a lo consciente. En otras palabras, existe una tendencia moralizante que apunta a condenar al aborto provocado, y no sólo desde el código legal, sino también desde el habla. Pero si en vez de ubicarnos desde una mira moralizadora que condene o acuse, o bien que apruebe, si nos situamos en una posición de lugares y de espacios, podríamos comprender al aborto en general como un espacio o un lugar que se llegó a ocupar y que posteriormente fue desocupado. Pero este lugar, ¿ocurrió sólo en el cuerpo de la mujer, o también pudiera sospecharse que sucedió en el espacio psíquico de ella y también en el de él, el hombre que la preñó? ¿Espacio de ensayo y corte?; ¿rechazo de una escena que en la construcción de la historia no se edita pero que deja rastros? Tal vez sí, pero no siempre y en todos los casos. La realidad biológica del itinerario del aborto, se puede decir que empezó a partir de una relación sexual específica entre un hombre y una mujer. Ella se embarazó luego que él dejó salir de su cuerpo, en un momento de goce, semen que puso en ese otro cuerpo, en el cuerpo de mujer. Biológicamente empezó a llevarse a cabo un proceso de gestación: la mujer, por así decirlo, con

tuvo, a manera de recipiente o de continente, una sustancia vital distinta a todas las suyas anteriores y entonces, uniéndose, conjugándose su propia sustancia con esa otra, diferente y nueva, empezó la formación de un nuevo producto, deseado así -o no. Ese fue el origen biológico de la reproducción de la especie humana y de la producción de un producto del todo original: no ya aquella sustancia de ella, tampoco la de él; síntesis, sí, de ambos y algo más también. Y eso que sucedió desde "siempre", vuelve a acontecer cada vez que ocurre un embarazo. Y es que un hombre, con una historia, con sus escenas reales o fantaseadas (que en definitiva igual da); un hombre con su estructura de sujeto que habla, desea y teme; un hombre que después del transcurso de un largo tiempo en donde -en el mejor de los casos- ha pasado de ser "his majesty the king", al falo de la madre, al rival de su padre y de su semejante, hasta llegar a ser incluso un desconocido de sí mismo, ése se va construyendo. Ese hombre, identificado con la masculinidad seguramente después de no pocas visicitudes y a partir de una disposición bisexual; él, buscando objetos "adecuados" que satisfagan ciertas de sus necesidades, de pronto, un buen día, unido o junto a una mujer (o acercándose a ella y/o viviendo con ella y formando así una pareja), él, en un determinado momento en su empresa de vivir, se le replantea su larga historia. Pero esa no es la única historia que se replantea. Otra más

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

se plantea para sí, y para otros: la de llegar a ser o no, padre. El proceso recorrido y de recorrido podría denominarse como aquel que va de la masculinidad a la paternidad. Viaje éste, que toma ese posible viraje nuevo, que va desde el ser hombre "masculino", hasta el ser padre (o bien no ser lo por elección y decisión a la que "individualmente" arribó). Y este es un momento central, ya que marca y señala una diferencia entre ser masculino y ser padre. Ambos puntos pueden confluír o no. De hecho con el aborto provocado conscientemente, observamos de suyo que ambos puntos no confluén.

Paralelamente a este planteamiento, podemos pensar en la travesía recorrida, por otra parte, por una mujer. También ella habrá de llegar a un punto en donde se le, o se planteará a sí misma, el paso tal vez inconsciente de la femineidad al de la maternidad consciente. Y este planteamiento, curiosamente, muchas veces podrá o no ocurrir frente a la paternidad paterna en un embarazo común, pero no así frente al aborto. Con el aborto producido siempre aparecerá el planteamiento último, el de la paternidad de ambos integrantes de una pareja -si bien éste, no siempre está presente tanto en la mujer como en el hombre en forma de una cuestión que les ataña como pareja. De cualquier manera, conjuntamente o no, con el aborto, se planteará el asunto de llegar a ser padres, y de decidir no serlo -por el común acuer-

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

do de ambos, o no.

Sabemos además que los dos, hombre y mujer, son cada uno el producto individual de otra mujer y otro hombre, producto de sus respectivos padres que fueron una pareja parental. Esos padres, con su sustancia germinal masculina y femenina, en un punto de intersección previo, en otro coito, produjeron a su vez ese producto nuevo, llamado hijo o hija. Luego el ciclo a veces se reproducirá, pero no necesariamente se repite al pie de la letra: se interrumpe o se descontinúa justo con el aborto, quedando sólo en pre-paternidad y no en post-paternidad.

Henos así frente a una situación de división de sexos que asegura la sobrevivencia de la especie humana, y división también de esto mismo, ya que si bien el sujeto es el único producto producido de su especie (lo cual en sí mismo tiene precisamente el sentido de preservarla), individualmente, requiere llegar a tener un sentido de sí y de su historia, que le es del todo exclusiva. Por él y en él sobrevive la especie, pero aislado y solo, tiene que asumir por sí mismo una identidad y una transitoriedad que lo marcan como hombre o como mujer, además de como mortal. Con todo esto, sexar aparece como aquello que está ligado tanto a dar posible vida, como a sellar una muerte; ligado también a una serie de asunciones, la de una identidad sexual (asumiendo ser hombre o bien ser mujer) y después, la de ser pa-

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

dre o ser madre, o en su defecto no serlo.

Podríamos decir que un primer paso se dio en relación con los padres, y que un segundo se dará, o no, en relación con el hijo. Entonces es como si un interjuego de lugares, de papeles y de funciones inter y transubjetivo, se echara a andar, se gestara, y posteriormente, una vez en movimiento, se tornara en significativo, en donde lo posterior, vendría a significar a lo previo. Un triángulo, vemos, surgió a su vez de otro, y esto puede detenerse allí con el aborto. (Y abortar un pre-hijo acaso no sea obligadamente una empresa compleja en un momento específico para los prepadres). No obstante, parece y aparece entretelado este momento, con y entre otra serie de movimientos previos, que pueden hablar de la vida y de los posibles sentidos y sinsentidos de ésta. Pero pienso que el único cristal, no obstante, a través del cual se puede mirar, será el del sujeto mismo y el de sus significados específicos; cada vez estoy más convencida de ello. Cualquier otra mirada, sería desvirtuar los significados; sería ideologizar selectivamente, el o los sentidos.

Y después de anotar todo esto, y sólo ahora, puedo decir que me sitúo en un punto convergente con la posición asumida por H. Deutsch citada en el epígrafe que abre este capítulo, esto es, el de aceptar o renunciar a la maternidad y a la paternidad. Pero ahora, ¿qué pensar de lo que Freud

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

avaló cuando afirmaba que "nos han causado asombro los efectos insospechados que pueden emanar de la provocación de un aborto al cual se había decidido la sujeto sin remordimiento ni vacilación algunos"? Y luego, cuando añade que "parece como si las noticias que nuestra conciencia recibe de nuestra vida erótica fueran especialmente susceptibles de ser mutiladas o falseadas". Creo que más categórico, difícilmente se pudo haber tornado Freud allá por los años veintes, en su artículo Sobre la psicogénesis de la homosexualidad femenina (9, pp. 2557 y 2558). No obstante esa postura, de pronto también dice un poco después que "el conocimiento de las premisas no nos permite predecir la naturaleza del resultado" y que "no sabemos nunca de antemano cuáles de los factores determinantes resultarán ser los más fuertes y cuáles los más débiles" (Idem; p. 2559). El propio Freud reconoce no saber y parece aceptarlo. Y justamente el poder aceptar abre el paso a la investigación y no a la obturación. Investigando -y desde el desconocimiento- acaso podrían encontrarse sí, efectos insospechados después del aborto, más no alguno en particular. Sólo podrán conocerse los efectos de los integrantes de la pareja (conflictivos o no) a través de su discurso.

Pero, ¿será por esa posición de "efectos insospechados" que algunos seguidores posteriores de Freud, apoyados posiblemente en los "remordimientos", encuentran tantas cul-

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

pas y duelos en el aborto? (Me refiero especialmente a Aray y a Rascovsky). Veamos ahora más de cerca y de nuevo lo que Aray dice. Afirma por ejemplo, que el duelo que se hace por un aborto es diferente a otros duelos, ya que éste es siempre patológico, teniendo características propias que no se dan en otros duelos. Es así como menciona una serie de factores que perturban el duelo en el aborto, mismos que a continuación enumeraré:

1. Relación previa con el objeto muerto, esto es, la ambivalencia entre darle o quitarle la vida. Una vez decidido esto último, la falta de visión del objeto será también un factor perturbador en el duelo. (¿No es esto quedarse con lo especular? Y ¿real y necesariamente hubo ambivalencia? Habría que ver cada caso).
2. Duelo por el objeto. Aquí Aray equipara al feto con el doble de los padres, y con ello y por lo mismo, una parte de su personalidad, afirma, muere con el feto, indefenso del todo. Consecuencia de esta indefensión, sugiere nuestro autor, hay un triunfo maniaco de los padres sobre el producto. Afirma que en todo aborto habrá negación maniaca en mayor o menor grado (¿será?).
3. Otro factor perturbador dice, es el que se refiere al daño corporal y psicológico en la mujer: al

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

dañar al feto, por identificación, se daña a sí misma y a su yo. (Pero, ¿hay tal identificación?, ¿en qué sentido(s)? De nuevo, podrá haber daño o no y no sólo en ella porque sucedió en su cuerpo. También pudiera encontrarse en él y no por motivos corporales).

4. Dice Aray que otro factor perturbador, es la intensidad y la calidad de la culpa debida tanto al daño ocasionado al yo, como al objeto. (Pero si frente a una pérdida el superyó "castiga", pareciera que más bien depende del idel que el Yo haya podido constituir. Y esto remite no sólo a los padres como primeros modelos conformativos del Yo del sujeto, sino a la ideología, en términos más generales. Y pienso que esto puede cambiar y que además se necesitaría cuestionar y no reproducirlo como calca de generación en generación, al menos no entre las generaciones de psicoanalistas).
5. El quinto factor perturbador del duelo en el aborto que señala Aray, es la reactivación de fantasías primitivas; reactivación de la imago parental filicida. Aray asegura que los padres que abortaron en algún momento dejaron una huella imborrable y que frente a eso, los hijos pequeños

siempre lo percibieron, por más intentos que sus padres "filicidas" hayan tratado de hacer para ocultarlo. (Aray señala, por cierto, que la génesis del aborto está justamente en las primeras relaciones del niño o niña con sus padres. ¿Qué pensar entonces de los pre-padres que abortan y cuyos padres no lo hicieron y/o a la inversa?).

6. Por último, otro factor perturbador consiste en que, frente a la pérdida del feto, y por identificación proyectiva, los padres se identificarán con su propia vida fetal. El resultado final de todas estas perturbaciones será el sentimiento de muerte, así como una posible neurosis de fracaso, regresión, e incluso un modelo conductual abortivo en otras áreas. (De nuevo, esto podría suceder, pero también podría no suceder así).

Deseo aclarar que los motivos por los que he citado tan ampliamente a Aray, se deben a que él es autor de un libro sobre el aborto desde un punto de vista psicoanalítico. Y esto en sí mismo no es nada común. Si bien su libro me resultó de mucha ayuda -estímulo disparador para que me haya lanzado en esta empresa dentro de mis posibilidades-, por otra parte me resulta perturbador. Me refiero con esto último a que siendo tan contundente y aseverativo, me parece que

no se permite ni siquiera el beneficio de la duda. Temo que esto puede ser eco para otros y de otros. Me parece evidente además, que para él el aborto en resumidas cuentas, tiene "efectos destructivos", como él mismo dice, variando en grado; dependiendo de las series complementarias de los sujetos involucrados. Sobresalen con todo, interpretaciones del aborto como "filicidio" con efectos de culpa y de castración general, con la aparición de síntomas de ansiedades persecutorias, catastróficas y confusionales; con fobias (claustro y agorafobia, porque el Yo, dice, se identifica con el feto abortado). En resumen, podría decirse que para Aray, el saldo que queda con el aborto es más bien lúgubre y de duelo, filicida y acaso mayormente imaginario. Y ¿no es esta una postura ideologizante, representativa de un peligro para el psicoanálisis?

Por su parte, y cambiando de autor, Marie Langer -he visto- consideraba en su libro Maternidad y sexo las causas por las que una mujer puede abortar, en general, como las siguientes: el temor al embarazo, a la muerte, a la femineidad; temor en fin, a que la madre -retaliativamente- le quite el hijo a esta madre potencial por celos y por enojo (proyección ésta, de las primeras identificaciones persecutorias de la niña con su madre). Resultante de todo esto es la culpa. Y dejo aquí de enumerar los "efectos destructivos", subrayando, que para esta autora, "el aborto provocado siempre signi

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

fica un trauma grave para la mujer". Y es que "en el fondo, la madre se siente una asesina por sus fantasías maternales... y al hombre, lo siente cómplice del crimen que pretende quedar impune" (15; p. 146). Concluyo en resumen, que si para la Dra. Langer -al menos antes, hace 20 años- el aborto representa esta serie de negatividades, es debido, pienso, a que en principio ella considera que "el embarazo implica un logro" de la femineidad de la mujer en nuestra sociedad "anti-instintiva y anti-maternal", como ella la denomina: logro, creo entender, privilegiado -aunque no único (Idem; p. 146). Y acaso maternidad y femineidad no sean una unidad. Y acaso tampoco sean privilegiadas y sí estudiadas.

Y antes de tratar de ver lo que para otra autora -para H. Deutsch- significa el aborto, me parece pertinente citar a León Grinberg, refiriéndose aclaratoriamente y en particular a la culpa. Dice él que "para M. Klein, la esencia de la culpa reside en la sensación de que el daño hecho al objeto amado tiene por causa los impulsos agresivos del sujeto" (11; p. 85). Pienso que situar a la culpa en relación con el objeto amado, puede ayudarnos a comprender -en términos generales- la valoración "ideal" depositada en la maternidad, más que en la paternidad, generalizando que el hijo representa en todas las mujeres un objeto amado y un deseo abrigado desde épocas tempranas. Si bien esto aparece comúnmente, pienso que no necesariamente tenga que ser así y de

suyo, no siempre lo es, y que dependerá seguramente de los valores y de los ideales que se hayan internalizado y de los que hoy y mañana se lleguen a asumir. Y con esta idea, pase mos ahora a la Dra. Deutsch.

Sí bien para esta autora la idea del niño es algo integral en la mujer y "en la vida psíquica de todas las mujeres, la idea del niño desempeña un importante papel, y esto es cierto en todas las fases de su desarrollo y madurez" (Idem; p. 111); me parece que con todo, ella es mucho menos radical que Aray. La misma H. Deutsch es quien, más adelante, señala sobre el hombre que: "en la idea de órgano, el hombre conecta ya el gozoso y siempre esperado placer con el oscuro e inconsciente impulso a la reproducción; y el temor a la pérdida del órgano -el temor a la castración- relaciona estos fines" (Idem; p. 111). Pero, también afirma que: "en mi opinión una mujer puede poseer completamente la tendencia maternal y gozar de ella, aunque no haya concebido ni haya dado a luz". "Es erróneo hablar de tendencia maternal sublimada, de amor maternal, pues aún cuando esté muy cerca del instinto, es por sí misma, una sublimación" (Idem; p. 160). Y "como un todo el trauma del aborto provocado no es irremediable, a no ser que provoque un daño orgánico" (Idem; p. 178). Resumiendo, pienso que para esta autora el aborto "provocado" dependerá de los motivos individuales que existan para la mujer y para el hombre al llevarlo a cabo. Sí bien

observa también ella efectos de culpa, de temores y de pérdida (en el Yo de la mujer y de la pareja misma), me parece que no tiende a la generalización, y sí al "uso de ese derecho emocional", como señaláramos antes en el epígrafe.

Podríamos empezar a concluir viendo la confluencia de narcisismo, de "inmortalidad" o de la idea de "continuidad" en este conjunto, como los factores centrales que al parecer y como en un bloque, echaran a andar a la pareja en la reproducción, como ideal y meta. Y con esto, en el otro polo, aparece contrastando entonces el aborto. De cualquier manera, la sexualidad -desde esta mirada- se muestra como un fenómeno interconectado en un grado mayor con la maternidad, y menor con la paternidad. Por otra parte, hemos visto ya cómo la Dra. Deutsch afirma y apoya finalmente el derecho que puede asumir la mujer de lograr la maternidad, o bien de renunciar a ella. Y la posición que toma es también la que la lleva a decir que "los intereses raciales, políticos y sociales, no siempre coinciden con los derechos del individuo. Quizá en un futuro cercano encontraremos un equilibrio razonable entre esos dos derechos de la mujer -el derecho a la maternidad, fortificado por una mayor protección de ella, y el derecho al control o a la renunciación voluntaria a la maternidad" (Idem; p. 179). Y por último, recordemos sus palabras cuando dice que "el aborto provocado es más o menos un acto voluntario, muchas veces un buen ajuste a la realidad"

(Idem; p. 179).

Bien podría terminarse este capítulo con dos salvedades más: una en relación con el duelo, y la otra con la repetición. En el primer caso, y recordando a Freud, quisiera subrayar lo dicho por él en Duelo y melancolía, y que en relación al primero dice que: "el duelo es, por lo general, la reacción a la pérdida de un ser amado o de una abstracción equivalente" (9; p. 2091). Señalo esto porque creo entender que no siempre el pre-hijo representa a un objeto amado, y posiblemente sea, entre otras, una de las razones por las que se llegue a abortar. Por otra parte, en cuanto a la compulsión a la repetición, habría que investigar si el aborto es algo que se ha venido repitiendo o no, para entender de acuerdo a esto, si estamos o no frente a esa forma de destrucción en donde "la obsesión repetidora", como advierte Freud, "sustituye el impulso a recordar" (Idem; p. 1685). Pero habría que investigarse si se presenta o no tal compulsión.

Con todo lo observado puedo entender que el aborto, en sí, no es, repito, salvo lo que represente para los individuos a quienes les acontece, justo por esa decisión propia a la que llegaron optativamente. En cuanto al pre-hijo, pienso que de la misma manera dependerá sólo de lo que para el hombre y para la mujer pueda representar y simbolizarles la idea. Y si bien toda acción y toda idea oculta un univer

so de fantasías estructurantes de la vida psíquica enraizadas en experiencias corporales -como sugiere Hornstein-, éstas se sustentan a su vez en los ideales. Dentro de la transmisión que de estos se hace, pienso que el aceptar o el renunciar a la paternidad y a la maternidad es algo que no debiera prescribirse como norma de salud mental, como dice Helen Deutsch, sino como un intento de entender la diversidad de posibles opciones (que por lo demás solamente son dos en este caso; ser o no padres).

En cuanto a la diferencia que puede haber frente a las vivencias experimentadas en la mujer y en el hombre en torno al aborto, tal vez parten de que sólo es en el cuerpo de ella donde ocurre el fenómeno, pero sin duda que la ideología pauta expectativas. Y éstas, sabemos, no son inmutables. Mujer y hombre podrán compartir la decisión de abortar y con ello compartir su deseo de no tener un hijo (con las fantasías y efectos compartidos o no), pero el fruto, el producto abortado no es propiedad privada de una, ni del otro, es producto de los dos (de la misma manera que si no hubiera habido el aborto). Posiblemente la cultura apoya que la mujer se sienta dueña de vida o bien de muerte -en tanto que potencialmente puede darla o quitarla- y con ello resulta terrorífica a fin de cuentas. Ella, consciente o no de tener esta fuerza, a veces excluye al hombre, acaso a manera de retaliación por su generalizada opresión (no siempre, claro). Aca-

so el conocimiento de esta fuerza, el concientizarla, la haga desistir a ella de su supuesta posesión, y al hombre -a su vez- de su supuesta ausencia. Hijo, pues, es producto de y por ambos; análogamente no hijo es asimismo producto de una mutualidad. Hombre y mujer sujetos ambos, y no máquinas obligadamente hacedoras de niños; opción ésta, física y emocional de ellos para decidir un sí o un no. Mujer y hombre, no; tampoco seres "económicamente útiles y políticamente conservadores" -como dijera Foucault-, pero no siempre ni necesariamente sólo eso. ¿Mujer-madre o caja, no ya de Pandora, sino caja fuerte de la especie humana, hoy por hoy? ¿Caja que guarda al esperma y luego al embrión y al feto pero que si decide dejar de hacerlo, entonces es caja vacía, castrada-castrante y de muerto?*

Hombre que abre y penetra y aguarda a dar su nombre o se desentiende, duerme, como en el Popol Vuh. Mujer que es continente penetrado, que guarda, que recibe y que a cambio podrá o no dar un hijo. Dos cuerpos que en unos instantes de goce -en el mejor de los casos- pueden hacer germinar un nuevo producto, pero que si no lo desean optan por esa de cisión y abortan. Itinerario de lugares que van ocupando y

*Pandora -recordemos que cuenta el mito- fue la primera mujer creada por Hefestos; Atenea la dotó de todas las gracias y todos los talentos y Zeus, justamente le regaló una caja. Los bienes y los males de la humanidad estaban encerrados en la caja. Pandora, depositaria de una gran carga, fue puesta por Zeus sobre la tierra junto a Epimeteo, el primer hombre. El abrió la caja y su contenido se esparció por el mundo. En la caja de Pandora, sólo quedó la esperanza, ocupándola.

desocupando en esta empresa de vivir y de morir. Ellos, hombre y mujer serán los que signifiquen la experiencia del aborto, y sus síntomas -si estos aparecen- serán los que hablarán de posible conflicto. Ahora que si no ocurriera, ¿por qué habría que seguir insistiendo en ver al aborto como conflicto?

Es probable que la insistencia parta del efecto que produce la labor de una investigación, que bajo el efecto de la "lente de aumento microscópica", multiplica las dimensiones del fenómeno, facilitando así su análisis y con ello su comprensión. Las conclusiones a las que llegue la labor de producción de conocimiento, deberán verse en toda su magnitud en aquellos casos en los que los efectos del aborto produzcan perturbaciones similares a las llamadas "patológicas". En cambio, en aquellos otros casos en los que la decisión de suspender el proceso de crecimiento del producto (sea cual fuere la representación simbólica que ésta tenga para cada uno por separado y para los dos como pareja), se requiere que dicha decisión sea tomada así, si sus efectos no dejan huella significativa que cambie el rumbo de los sujetos; entonces las conceptualizaciones teóricas deberán regresar a su dimensión natural o neutral. Con ello no anulamos su necesidad y posible certeza. Hablamos del efecto relativamente pequeño -cuantitativa y cualitativamente- que tiene, dadas las estructuras psíquicas de cada uno de los componentes,

y del resultado que su entrecruzamiento tiene en la formación de la pareja.

IX. CONCLUSIONES

"En sus términos más generales, toda concepción del mundo viene determinada por la manera como la sociedad se apropia, transformándola, del mundo que la rodea: sobre esta base se elevan las relaciones sociales... Lo único nuevo es la manera de entenderlo".

Jaime Labastida,
Producción, ciencia y sociedad:
de Descartes a Marx

Llegar al final de este trabajo es una meta a la que, incluso antes de iniciarlo, esperaba arribar; y desde esta perspectiva me resulta alentador. Desde otra, acaso no me lo resulte tanto, en la medida en que haber realizado esta tesis implicó el haber tomado una mayor conciencia del amplio espectro de fenómenos que se interrelacionan con el aborto; es como haberlo olfateado más de cerca y luego, es voltear a mirarme a través del texto de este trabajo y cuestionarme a qué resultados he podido llegar en estos momentos. Y bien, éstas que a continuación aparecen son pues mis conclusiones.

Recurso una vez más al Diccionario de la Real Academia para encontrar el último término que buscaré para esta tesis, esto es "clasificar". Es, dice: "ordenar o disponer por clases". (6) En cuanto a la clasificación sobre el abor

to, hemos visto que el consenso mayormente lo ordena en dos subdivisiones: en abortos espontáneos y en provocados. Reuniendo ambos términos y a partir de esta clasificación, con la unión de éstos, podríamos pensar ahora que espontáneamente (o no) un aborto se provoca por causas muy variadas, además de la de ser consciente o inconscientemente producido. (Ciertamente que este trabajo no ha tenido como uno de sus objetivos semejante ordenamiento y su mención, no es sino me ro señalamiento, para continuar posteriormente investigando. Por lo pronto, queda sí como indicación que me sirve para marcar otro ordenamiento; esto es que puede decirse que en cualquier clase de aborto que se investigue, se presentan mo mentos de éste y con ellos, sus protagonistas).

Podría pensarse -en términos escénicos- que al haber un aborto, previo y posterior a él han habido dos protagonistas centrales: un hombre y una mujer (ambos con una triangulación edípica particular), y que los cuerpos y en los cuerpos de ambos han existido momentos o situaciones distintas, las que a su vez perfilaban a posibles funciones o roles sociales, los de paternidad parental. Ahora bien, con el abor to, la pareja protagonizadora ha llegado a una pre-paternidad, la cual realmente no es funcional en sí misma, pero que nos puede remitir a una lectura interpretativa posible. Teniendo presente esta escenificación, señalaré pues que en cualquier aborto hay tres momentos que aparecen contiguos:

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

el del coito, el del embarazo y el del aborto propiamente dicho (sabemos que de suyo, estos momentos pueden tener significados determinados, y diferentes también, para los integrantes de la pareja, insertos ambos en un sistema sociocultural que los ubica -y en el que ellos a su vez se ubican- a la una como mujer, al otro como hombre, y a los dos como posibles padres "de familia"). En cuanto a los sujetos protagonistas, en el primer momento son y están la mujer y el hombre, constituyendo una pareja (y ésta dada por la situación sexual entre ambos). A continuación, después del coito, aparece un embarazo: hay esa misma mujer, ahora pre-madre de algo, de un pre-hijo; está la semilla germinativa del hombre y éste, pre-padre reciente y por poco tiempo, puede o no estar allí de cuerpo presente. Finalmente, en el tercer momento de nuevo está la mujer, sin maternidad; no estará más el producto del coito y estará otro (u otra), el abortero. En cuanto al hombre, sin paternidad, podrá o no estar física y/o afectivamente una vez más (En caso de que físicamente esté, su presencia estará dada a niveles afectivos o simbólicos, nunca corporales evidentemente. En realidad él no ha desaparecido en ninguno de los momentos, pero puede negarse -a sí mismo y a la mujer- psíquica o afectivamente en su participación, ya que ésta sólo fue, biológicamente hablando, instantánea). Esta enumeración exclusivamente señala o apunta a la corporeidad de los participantes y a las funciones

que con su relación y su producto empezaron a surgir entre ellos, esto es la paternidad, pero que la pareja, al decidir producir un aborto, no la aceptan y por tanto tampoco deciden asumirla.

En cuanto a la interrogante sobre los afectos en la mujer y en el hombre, me parece que esto nos sitúa en otro nivel, en el de los significados. A mi entender son exclusivamente individuales y por tanto, sólo cada sujeto podrá dar cuenta de ellos. Nosotros los sabremos a través de una sistemática y profunda indagación a partir de un auténtico desconocimiento, haciéndonos escuchas del discurso de los sujetos y no "conocedores" de su historia y de los efectos y síntomas del aborto. Bien enfatiza F. Roustang en su libro Un funesto destino cuando dice que "si la práctica analítica es eficaz es en la medida en que la generalidad de la teoría se pierde en beneficio de una particularidad no teorizable en principio", y luego un poco más adelante: "...no es la comprobación de la teoría lo que importa sino la intensidad de una particularidad incomprensible. Es sobre este modelo que se desarrolla un análisis y que participa el analista" (29 ; p. 78).

Además, pienso que en torno al aborto aparecen otros dos factores importantes y sugestivos: el de la numerosidad y el de la intensidad. Posiblemente con esto ya no pueda seguirse ningún ordenamiento desde la teoría, no sólo porque no

son observables ninguno de los dos, sino porque además, la intensidad en específico es de lo más variable, no únicamente de persona a persona, sino incluso en ésta misma (dependiendo, entre otras cosas, del momento y de las condiciones en que se encuentre psíquica y orgánicamente). En cuanto al factor numérico, sin duda que también éste será un elemento interesante y de lo más significativo para la comprensión que podamos tener de la situación, ya que de repetirse vez tras vez el aborto nos estaría sugiriendo una posible compulsión a la repetición y, con ello, de una determinada patología a investigar psicoanalíticamente. Caso muy distinto será entonces, si dicha repetición no aparece. Y todo esto me hace concluir que en definitiva, sólo después de analizar caso por caso, desde la teoría y con la práctica, podrán confirmarse o rectificarse algunos datos sobre los sujetos que integren una pareja. Así, podremos encontrarnos con posibles situaciones de duelo, de negación de éste, o de no duelo; con casos de manía o bien de melancolía, podremos hasta hallar duelos patológicos, o incluso probables episodios psicóticos; sí, pero cualesquiera posibilidad encontrada deberá ser sustentada a posteriori y no darse como diagnóstico previo. Desde mi comprensión, consecuentemente, los resultados a los que se llegue arrojarán conclusiones específicas, más bien por la historia particular y longitudinal de los sujetos que por el aborto mismo. En dado caso, integrando todos

los datos proporcionados por los miembros de la pareja que ha decidido abortar, sabremos si ellos (no nosotros) nos hablan de repetición, de intensidad específica, de síntomas que con el aborto se hayan podido disparar y/o reactivar, o no; en fin, que marquen conflicto (o ausencia de éste), que pueda ser formulado después de haber escuchado el discurso de la pareja (con sus posibles lapsus, con sueños, con síntomas que efectivamente se manifiesten afectando a la relación misma de la pareja, a su trabajo, a ellos mismos, o a áreas de la vida social). Por todo esto, concluyo que el aborto -sus efectos- no es un fenómeno que pueda generalizarse.

Ahora quisiera detenerme en otro punto, en el del duelo. Me detengo un poco más sobre esto porque en general, los autores estudiados por mí y quienes hablan en particular sobre el aborto, se refieren al duelo como un elemento que surge con el aborto. Pero, ¿en qué consiste el duelo? Sabemos que Freud en Duelo y melancolía lo definió como "la reacción a la pérdida de un ser amado o de una abstracción equivalente: la patria, la libertad, el ideal, etc." (El subrayado es mío). Y en esta misma línea de pensamiento, otro autor, León Grinberg, en su libro Culpa y depresión conceptualiza la misma idea aunque con palabras diferentes. Después de que señala que en el duelo hay una separación y un desencanto frente a la pérdida de un objeto (o incluso frente al mero recuerdo de tal objeto), afirma que en cualquiera de

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

los casos, se trata finalmente de situaciones "con contenido emocional muy valioso (que tienen) como base común la valoración afectiva que consciente o inconscientemente es atribuida a la pérdida" (11; p. 147). Me parece claro pues que para que podamos pensar en términos de duelo -independientemente de la clasificación de normal o patológico- habría que correlacionar y centrar el fenómeno en torno a la pérdida de un objeto amado, o de un sustituto equivalente ideal de éste, siempre y cuando se trate de un objeto representado y significado como amoroso para los sujetos en cuestión. (En el caso del aborto, pienso que se puede aplicar igualmente así para la pareja, pero sólo en el caso de que abortar un pre-hijo esté cargado amorosamente). Y con esto y también por todo esto, pienso que desde la teoría misma se puede concluir que el aborto no es un duelo necesariamente, ya que el embarazo y el aborto de un pre-hijo no por fuerza o por axioma implica y conlleva una valoración amorosa para los prepadres. (Y desde este ángulo de enfoque, el tema puede antojarse como para cuestionarse sobre el amor: qué es y qué un objeto amado. Si bien el tema es interesante y lleno de sugerencias, sólo me es posible señalarlo como un punto clave a dilucidar. Y después de este matiz, esto mismo me hace sentir de aquellos autores que acaso al no cuestionarse opinan lo contrario en este renglón. En especial tengo en mente a Aray y a Ravskovsky, representantes ambos de la idea de

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

filicidio y de duelo, incluso patológico. En torno a esto me parece importante enfatizar que desde el campo del psicoanálisis (como desde otros campos científicos), pueden darse respuestas categóricas y unívocas que, en última instancia, sean soporte de las ideologías dominantes y que incluso no aparezcan explícitamente como tales. Entiendo que siendo ésta una postura personal me lleva a entender que posiblemente lo que subyace a la afirmación de que el aborto implica duelo (o aún mejor, de los factores latentes que puedan estar subyacentes), sea resultado de una posición ideologizante y normativa que, finalmente culmina valorando o más bien sobre valorando al concepto abstracto de la maternidad, de la paternidad, de la familia y por ende, censurando en menor o mayor grado al aborto (en abstracto y en vivo). En dado caso, me parece que sería conveniente y prudente detenerse para no generalizar y para no normativizar el fenómeno del aborto. Seguramente que los resultados finales de las interpretaciones teórico-prácticas, insisto, arrojarían conclusiones más neutrales y por tanto, con menos reflejo de la particular ideología del investigador. De nuevo, me parece indudable el que sólo la historia y las circunstancias individuales de los integrantes de una pareja, insertos como antes señalara en una estructura social, producto pues de ella, pero no por ello obligadamente reproductores de ésta. Solamente ellos podrán significar lo que para ellos es el aborto.

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

En este sentido, pienso que si bien el aborto es un fenómeno que le acontece a la pareja, podrán compartirlo en la medida en que ambos produjeron un producto; mas entiendo que los significados pueden o no ser compartidos entre ambos. Dicho de otra manera, física y moralmente (en un sentido superyoico del deber ser y hacer), ambos coparticipan; pero el o los sentidos conscientes e inconscientes pueden ser muy distintos y distantes, y de ser así, no habría más una vivencia compartida en un nivel afectivo.

Por otra parte, recapitulando, diré que hemos visto cómo para los diversos autores aquí revisados, las causas fundamentales que encuentran para provocar un aborto van desde el odio de la mujer a la madre (Frida Fromm Reichmann); el temor de ser destruida por una madre persecutoria y destructiva (Marie Langer); el robo a la madre con la consecuente eliminación del feto, así como el trauma consiguiente (Helen Deutsch); el duelo negado y el énfasis en la pareja parental filicida interiorizada y transmitida generacionalmente, repetitivamente (J. Aray y A. Rascovsky); y el sometimiento al orden establecido finalmente (B. Hornstein). A mi entender, puedo concluir, que un aborto conscientemente decidido implica ya un estar en niveles de proceso secundario, y con ello, en principio, de menos conflicto. Y con esta recapitulación y a través de ella, sumariamente anotaré a conti-

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

nuación cómo entiendo que el aborto ha estado previamente articulado con fenómenos en última instancia tanto más amplios en sí mismos, y a la vez más específicos, situación que me parece central, incluso más que el aborto mismo. (Antes de- seo anotar a manera de posible aclaración que en este trabajo no intenté revisar posibles efectos posteriores que el aborto provocado pudiera traer a la pareja. Pienso que estos, en dado caso, dependerán más bien del proceso previo de la constitución de los sujetos (la una como mujer, el otro como hombre; más tarde ambos como pareja), que del producto actual, esto es, del aborto. Este proceso podrá tentativamente comprenderse y significarse retroactivamente, y así, dependerá de la historia previa de los sujetos, del momento en que decidieron abortar, de sus condiciones presentes y de sus proyectos al futuro. Asimismo, si bien no llegan a cristalizarse formalmente ni la paternidad, ni el hijo con el aborto, me parece pertinente incluirlos, pero como ausencias; de allí el pensarlos como pre-paternidad y como pre-hijo respectivamente).

Ahora sí diré que a lo largo de la tesis revisé algunos conceptos (a mi entender centrales), que pienso se articulan con el aborto, los cuales a su vez, forman los capítulos mismos de mi trabajo: Edipo, identificación, femineidad, masculinidad, narcisismo y castración. De manera sintética puedo entender que Edipo -correspondiente al capítulo dos-

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

marca lugares en la triangulación familiar; marca asimismo diferencias generacionales y norma a los sujetos (madre, padre, hijo) a través de la ley de la prohibición del incesto y también a través de las identificaciones-fruto o producto que trae consigo la estructura edípica. Así, si el complejo de Edipo marca roles y funciones diferenciadas en la triangulación familiar, y asimismo estructura al sujeto para que éste se constituya como tal, con una sexualidad y una identificación que intersubjetivamente se va construyendo, como hombre, o bien como mujer; podríamos concluir que con el aborto, al no haber un hijo, formalmente, no habrá tal triangulación (al menos no en ese momento). Por otra parte, si estructuralmente el hijo es quien imaginariamente colma a la madre de su incompletud, y al padre le permite representar la Ley, con el aborto esta estructura no llegará a estructurarse. En este aspecto, podría concluirse que el aborto producido por la pareja, no favorece a la formación de la estructura familiar (transitoria y/o definitivamente), e incluso que de alguna forma puede llegar hasta a impugnarla, de hacerse en forma sistemática y grupalmente consciente.

En cuanto al capítulo tres, ahí se revisó el fenómeno de la identificación. Vimos, a partir de Freud, que en la vida anímica individual, "el otro" aparece como modelo, como objeto, como auxiliar, o como adversario. Siendo los padres los primeros modelos para el hijo afectiva, psíquica

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

y socialmente, a través de la identificación, éste aspirará a conformar su yo análogo al de sus padres, tomándolos como modelos, como ideal a seguir y a alcanzar. Se podría pensar que en una pareja actual con hijos, la mujer y el hombre que la forman se parecen a sus progenitores, o que son como ellos en algunos aspectos y que por tanto, hay una identificación (parcialmente al menos, y referida ésta a la paternidad). En cambio, en las parejas que producen sus abortos, podría pensarse que no llegan a ser como sus padres, pero me parece que más bien no llegan a tener y a hacer una paternidad: faltos en ser, parecen no buscar colmarse con un hijo. ¿Implicará esto un rechazo a la identificación con sus primeros modelos paternos? Posiblemente sí, al menos en cuanto a tener o al hacer una paternidad y no así (no necesariamente), en cuanto a otros aspectos. Y digo posiblemente, porque en un momento específico una pareja puede decidir abortar, y en otro (o no, naturalmente), puede decidir en cambio llegar a tener un hijo y por tanto a tener paternidad.

Por otra parte, con relación al concepto de identificación proyectiva, me parece que de antemano no puede saberse qué es lo proyectado en el embarazo, en el pre-hijo y en el aborto. De primera instancia podría pensarse que los impulsos agresivos son lo proyectado, pero en definitiva sólo la pareja que abortó podría confirmar y/o refutar esta posible lectura interpretativa, una vez experimentado y vivencia

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

do el aborto por ellos.

En el capítulo cuatro y con el tema de la femineidad, posiblemente la polémica no dejó esperarse, parcialmente por que el tema en sí es controvertible, y además, por el hecho de yo ser mujer y como tal, reaccionar frente a lo que considero misógeno en Freud en especial. Y esto después de revisar cómo ve él a la mujer, y cómo sus seguidores lo siguen: entre considerar a la mujer como inferior en relación al hombre, y el hacer de la represión requisito previo a la femineidad -ambas posiciones propuestas por Freud- no me resta más que pensar que el destino que él veía para la mujer feminina era el de ser madre: tanto de los hijos, como del marido o compañero. Y devaluada desde esta perspectiva, con el aborto provocado, la mujer no resultaría femenina doblemente: ni frente al compañero, ni frente a la maternidad. Freud afirma que el matrimonio no queda garantizado hasta que la mujer ha conseguido hacer de su marido (yo añado de su compañero), su hijo, y actuar con él como su madre. En cuanto a la maternidad de la mujer femenina, al no sustituir el deseo de poseer el pene que no tiene, por el deseo de tener un hijo, pues fracasa en este sentido. Pero sospecho que la femineidad no necesariamente depende de la maternidad; que en dado caso pueden engarzarse, pero que la una no es condición de la otra. Acaso podría entender que la femineidad es un proceso a construir, y la maternidad un producto dentro de

ese proceso, pero sólo uno de los productos y asimismo, una función, generalmente procreadora, pero no obligada ni necesariamente.

Por otra parte, en el capítulo cinco intenté revisar otro tema complejo: el de la masculinidad. Freud, como sabemos, afirmó que ni la femineidad ni la masculinidad puras eran tan "puras": que no pasaban de ser construcciones teóricas de contenido incierto. El mismo pensaba que la masculinidad es sintónica al yo del hombre desde un principio, ¿acaso por la hipervaloración de los genitales masculinos? Pudiera ser, pero entiendo que esto es más bien un símbolo, un reflejo de una cultura masculina y represora que finalmente al oprimir a una (a la mujer), oprime al otro. Y de nuevo aquí nos encontramos con que el hombre -por su parte- puede ser masculino (o no), y que esto no lo equipara con ser paternal, esto es, con ser padre para así poder ser masculino. Posiblemente, dada la cultura en que vivimos y que nos han heredado, el hombre tiene que reconocerse a sí mismo como tal a través de su discurso de represión secundaria y de poder (producto del modelo familiar y social con el que, y en el que, al parecer sin mayores dudas, el hombre se ha constituido e identificado). Así, el pre-padre del aborto podrá, o no, sentirse y asumirse masculino, pero dependiendo no tanto del aborto-producto, sino más bien de su historia-proceso, la cual al final, puede transformar o bien repetir.

Fue el siguiente capítulo, el seis, en el que al revisar conceptos como el de narcisismo y castración, me hicieron pensar que si tomamos la paternidad como la actitud cariñosa de los padres por sus hijos (reviviendo y reproduciendo en ellos su antiguo y abandonado narcisismo), podemos entender que con el aborto buscado se impide esta reproducción (además de la de la especie). Al no permitir la reproducción narcisística, también se impide entonces la posible transformación del narcisismo en amor objetal por el hijo. De allí el nombrar al capítulo como "Pre-paternidad: no narcisismo", no narcisización. En cuanto a la castración (que también integra conceptualmente a este capítulo seis) -representado en la niña como envidia del pene o como temor de perder el amor de sus padres; representado en el niño como temor de perder el pene- entiendo que una vez adultos ambos (niña y niño), habrán de continuar temerosos e incompletos. Faltos en ser, sustitutivamente buscarán lograr el imposible de completud. Ahora bien, tradicionalmente la mujer buscará completar sus carencias con un hijo, y el hombre, lo intentará tapar con su discurso; lo intentará lograr actuando como portador de la Ley. Pero, en el caso del aborto producido, el falo no parece depositarse ni en el hijo, ni en la maternidad, ni en la posición paterna. Dicho distintamente, vemos que el posible "nuevo" triángulo familiar no se forma, se lo aborta.

"El hijo", es el nombre del capítulo siete de esta tesis. El hijo completud, falo imaginario (prohibido y prometido primero para la niña; permitido y luego nuevamente prohibido para la mujer); el hijo que llevará el nombre del padre y quien realizará los ideales del progenitor siendo un gran hombre y realizando grandes hazañas, éste, no aparecerá con el aborto. Coincido con M. Mannoni cuando señala que los padres necesitan asumir a los hijos, pero pienso que asi mismo, los pre-padres que no desean tener un hijo, también necesitan asumirlo (deseablemente con la menor ambivalencia y con las menos culpas posibles, esto es, con los menos efectos conflictivos posibles, con la libertad que su propia opción presumiblemente presenta y a la cual asumirán conscientemente).

Es en el capítulo ocho en donde se trató el tema del aborto propiamente, revisando para ello especialmente a autores como Aray y Deutsch. Entiendo que para ellos el aborto, como común denominador, aparece o bien como trauma, o como duelo, incluso patológico, tanto para el hombre como para la mujer. Por mi parte, repito que pienso que no es posible generalizar nada respecto al aborto -so pena de caer muy probablemente en juicios valorativos ideologizantes. Por otra parte, cuando afirman que (en el caso de la mujer que abor-ta) se rompe un antiguo cumplimiento de deseo, me parece que puesto así, más que tratarse de un deseo, se tratara de un

axioma (y/o dogma), y no de la opción que es en sí el aborto producido.

Por otra parte, afirmar que el aborto en una pareja es un fenómeno compartido por ellos (tesis ésta que presento como hipótesis de trabajo), pienso que efectivamente lo será siempre y cuando la pareja se asuma como tal, tanto a niveles conscientes como inconscientes. Y pareja, no es aquella "legítima y procreadora que dicta la Ley", como critica M. Foucault (o no necesariamente). Pienso también que un hecho en general (y el aborto en este caso en particular), puede a la vez ser necesario (en nuestro caso se referiría a las necesidades específicas de la pareja), y culpable según la ley o el consenso. En síntesis, pienso que el aborto puede ser vivido y representado de tantas maneras como parejas haya decidido a abortar: necesario para ellas y acaso culpable según algunos otros.

Finalmente, en este capítulo nueve es a donde arribo a algunas conclusiones, posiblemente tentativas, ya que sin duda el tema es complejo y se articula con otros más complejos aún. Concluyo que el acto de la reproducción de la propia especie (o el aborto de ésta), en definitiva, si bien es un acto biológico, también es un acto cargado de contenidos afectivos, tanto heredados generacionalmente, como fantaseados de manera individual, pero no de manera unívoca. Investigarlo pues, es todo un reto y toda una empresa ardua y labo-

riosa. Mi intento, es evidente, ha sido el aproximarme apenas, con la mira de continuar sobre esta veta, si no inagotable, sí de lo más fértil.

Hay un último punto que deseo concluir, referente éste a lo que considero el trasfondo común y al que hallaremos en todos los abortos y con el que nos toparemos: el de la paternidad parental provisoria que quizá vaya más allá del aborto propiamente, siendo éste un vehículo que nos habla de la paternidad que no aparece y de cómo ésta es valorada consensualmente. Meollo o núcleo, significante universal, podríamos denominar a la paternidad; pero con el aborto, cada vez y en cada ocasión en que ocurra, nos encontraríamos con una sola paternidad, la privativa del tiempo específico en que ocurra éste. Esto implica, desde mi comprensión, que antes o después de ese momento, los significados podrán variar, y con ello, las conclusiones a las que se haya arribado. Seguramente que esto obedece a que tanto la pre-paternidad como la paternidad parental no es significada de la misma manera por una pareja en los casos en que, por ejemplo, tengan o no hijos; en la etapa y el estado en la que se encuentren el hombre y la mujer en su relación intersubjetiva; o, los casos que deseen tener conscientemente un hijo o lo contrario. Dependerá, en fin, de las condiciones sociales, económicas, e incluso políticas bajo las cuales esté viviendo la pareja (sin olvidar la situación legal entre ellos, de salud y

otras). Entiendo que todos estos factores implican el que los significados y los posibles efectos variarán, de acuerdo a las combinaciones que existan en la mujer y en el hombre, entre ambos y en su relación e interacción con el pasado, con su presente, y también con su futuro de proyecto de vida y de realidad (en términos de expectativas, fantasías, temores). Indispensable será pues el continuar investigando ampliamente, tanto psicoanalíticamente, como interdisciplinariamente.

Placer y procreación, sabemos, pueden o no unirse. Freud ya nos lo dijo en su Compendio del psicoanálisis: "la vida sexual abarca la función de obtener placer en zonas del cuerpo, función que ulteriormente es puesta al servicio de la procreación, pero a menudo las dos funciones no llegan a coincidir integralmente" (9; p. 3384). Podríamos ampliar esta idea diciendo que embarazo y crianza pueden o no integrarse. Hombre y mujer reunidos -no siempre unidos- podrán alcanzar el placer en el mejor de los casos, pero, ¿es esto en sí mismo sinónimo del deseo de embarazarse?, ¿de hijo? Pienso que no necesariamente y que el corte lo vemos presentarse con el aborto producido conscientemente. Se me ocurre que si bien el consenso reza y repite el texto de "unios para que os reproduzcais", la experiencia cotidiana muestra también lo contrario con el aborto. Opino que si se diferencian más claramente las fases (placer-procreación y

embarazo-hijo), si no se espera que vayan forzosamente una atada a la otra, los resultados interpretativos y asumidos, variarán (ajenos, entre otras cosas, a problemas como los de estar de acuerdo o no a la legalización del aborto; al entenderlo como filicidio; al pensarlo como un duelo patológico. Juicios estos -a mi entender- normalizadores más que analizadores. De lo contrario, el riesgo que percibo es que la teoría, en última instancia, se alíe a la ideología predominante y dominante, no lo explicita y la reproduzca, y consecuentemente, se obture la posibilidad de cuestionarla para tratar de ver menos en y desde lo aparente).

Repetir que la maternidad y la paternidad implican el logro y el mayor desarrollo genital en las mujeres y en los hombres respectivamente, acaso es eco para la tranquilidad de las buenas conciencias de los padres, pero no así para la de los pre-padres. Por otra parte, vuelvo a pensar que si lo que no es y no puede llegar a ser, si lo que no está no podrá llegar a estar, ¿por qué entonces continuar hablando y pensando en hijo en el aborto? Porque, en última instancia, el hacerlo ¿no es hacer una especie de monumento y de fetiche en la ausencia de eso que ni es, ni está?

Me parece que la tendencia general que existe a inculpar al aborto producido por decisión propia -desde una parte del consenso y desde la ley en nuestro país- es acaso una actitud valorativa proveniente de la moral culturizante

y hasta institucionalizada, legitimada. Si bien, hasta hoy, es irrefutable (y tal vez por ello comprensible) que siendo la mujer la única hacedora de hijos, y el hombre el exclusivo poseedor de la semilla germinativa que deposita en la mujer por placer y para que la tierra siga poblada por la especie humana, la paternidad que entre ambos producen resulta evidentemente insustituible. Si es verdad que la pareja parental revive su propio narcisismo -perdido ya desde la infancia- a través del hijo, como Freud dice; justo el que la pareja no lo haga y aborte resulta ser de suyo otra verdad. Y a partir de aquí, sabiendo y reconociendo que existen verdades diversas y encontradas, pienso que el psicoanálisis puede indagar (con los menos a priori posibles, sin fusionarse con mitificaciones y/o verdades establecidas). Porque ¿qué tanto el aborto, además de todo, resulta amenazante para la privilegiada paternidad parental, para la igualmente privilegiada y apoyada familia? Dilucidar los posibles mecanismos conscientes e inconscientes, personales y grupales, es labor teórica y práctica del psicoanálisis y de otras disciplinas, cuyo interés nuclear sean el hombre y la mujer. Enriqueciéndose y ampliándose el conocimiento de este fenómeno humano tan importante tanto individual, como colectivamente, llegaremos a reconocer, como citara en el epígrafe de estas conclusiones, que "lo único nuevo es la manera de entenderlo". Pero así, "la toma del poder político y la transfor

mación revolucionaria {...} deberá ser seguida por una profunda revolución en la instancia ideológica" (4; p. 103).

BIBLIOGRAFIA

1. AUGLAGNIER-SPAIRANI, PIERA. El deseo y la perversión, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1978.
2. ARAY, JULIO. "Aborto. Estudio psicoanalítico", Ed. Paidós, Buenos Aires, 1968.
3. BLEICHMAR, HUGO, G. "Introducción al estudio de las perversiones", Helguero Editores, Buenos Aires, 1976.
4. BRAUNSTEIN, NESTOR et. al. "Psicología: ideología y ciencia", Ed. Siglo XXI, México, 1977.
5. DEUTSCH, HELEN, "La psicología de la mujer", 2a. parte, Ed. Losada, S. A., Buenos Aires, 1971.
6. Diccionario de la Lengua Española, Real Academia Española, Madrid, 1947.
7. FAGES, JEAN-BAPTISTE. "Para comprender a Lacan", Amorrortu Ed., 1973.
8. FOUCAULT, MICHEL, "Historia de la sexualidad", Ed. Siglo XXI, México, 1978.
9. FREUD, SIGMUND
 - a) "Nuevas lecciones introductorias"
 - b) "Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia sexual anatómica"
 - c) "La femineidad"
 - d) "Análisis terminable e interminable"
 - e) "Introducción al psicoanálisis"
 - f) "Psicología de las masas y análisis del yo"
 - g) "El Yo y el ello"
 - h) "Introducción al narcisismo"
 - i) "Sobre la sexualidad femenina"
 - j) "Compendio del psicoanálisis"
 - k) "El tabú de la virginidad"
 - l) "La disolución del complejo de Edipo"
 - m) "Fetichismo"
 - n) "Tres ensayos para una teoría sexual"

- o) "Sobre la psicogénesis de la homosexualidad femenina"
- p) "Duelo y melancolía"
- q) "Recuerdo, repetición y elaboración"

Obras completas, Ed. Biblioteca Nueva, Madrid, 1973.

10. FROMM-REICHMANN, FRIDA, "Principios de psicoterapia intensiva", Ed. Paidós, Buenos Aires, 1965.
11. GRINBERG, LEON. "Culpa y depresión" y "Teoría de la identificación", Ed. Paidós, Buenos Aires, 1976.
12. HORNSTEIN, LUIS B. "Teoría de las ideologías y psicoanálisis", Ed. Kargieman, Buenos Aires, 1973.
13. KLEIN, MELANIE, "El psicoanálisis de niños", "El primer año de vida del bebé", Ed. Paidós, Buenos Aires, 1976.
14. LACAN, JACQUES, "Lecciones" (mimiograficadas); "Escritos I y II", Ed. Siglo XXI, México, 1979.
15. LANGER, MARIE, "Maternidad y Sexo", Ed. Paidós, Buenos Aires, 1974.
16. LAPLANCHE, J. y PONTALIS, J. B. "Diccionario de psicoanálisis", Ed. Labor, Barcelona, 1974.
17. LABASTICA, JAIME. "Producción, ciencia y sociedad: de Descartes a Marx", Ed. Siglo XXI, México, 1974.
18. LECLAIRE, SERGE. "Matan a un niño", Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1975.
19. LILLE DE, LEONOR. "El aborto desde un punto de vista psicoanalítico", Tesis profesional, UNAM, México, 1978.
20. MANNONI, MAUD. "La primera entrevista con el psicoanalista", Granica Editor, Buenos Aires, 1973.
21. MASOTTA, OSCAR. "Lecciones de introducción al psicoanálisis", Ed. Gedisa, Barcelona, 1979. "Introducción a la lectura de Jacques Lacan", Ed. Corregidor, Buenos Aires, 1974.
22. NIETZSCHE, FEDERICO, "Así habló Zaratustra", Ed. Poseidón, Buenos Aires, 1947.
23. PAZ, OCTAVIO. "Libertad bajo palabra", Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1960.

24. PIRANDELLO, LUIGI. "La vida que te doy"; obra de teatro, Janés Editor, Barcelona, 1958.
25. "POPOL-VUH", leyendas del Quiché, Editores Oasis, México, 1965.
26. RAMIREZ, SANTIAGO. "Infancia es destino", Ed. Siglo XXI, México, 1977.
27. RIFFLET-LEMAIRE, ANIKA. "Lacan", Ed. Edhasa, Barcelona, 1971.
28. RASCOVSKY, ARNALDO. "Aborto, estudio psicoanalítico", Ed. Paidós, Buenos Aires, 1968.
29. ROUSTANG, FRANCOIS. "un funesto destino", Premia Editora, México, 1980.
30. SEGAL, HANNA. "Introducción a la obra de Melanie Klein", Ed. Paidós, Buenos Aires, 1979.
31. WINNICOT, D. W. "Realidad y juego", Ed. Granica, Buenos Aires, 1972.